

PQ  
8220.14  
067  
R46  
1990z  
Main

UNIVERSITY OF ARIZONA



39001033525802

ARMÁN DOROVÁR

# El Reprobo

Fuego bajo el hielo



PLANETA

 Nomealvides







PQ  
8220.14  
067  
R46  
1990Z

Armán Dorovar

# El Réprobo

*Fuego bajo el hielo*

Planeta



Colección:

*Nomeolvides*

Editorial Planeta del Ecuador S.A.  
Av. Orellana 1811 y Av. 10 de Agosto  
Edificio El Cid, Quito.

Diseño de la portada: Gerardo Villarreal  
Diseño de interior: Wladimir Fraga  
Impresión: Editorial Fraga C.Ltda.  
Checa 126 y Av. 10 de Agosto  
Quito-Ecuador

ISBN 997-882-367-0  
Impreso en Ecuador

## CAPITULO I

### EL LOTO NEGRO

“Perdí la sangre ... perdí mi virginidad.

¡Maldito lo que penetró en mi abdomen!

Perdí mi simplicidad, tenía que recoger mi dignidad destrozada.

De una noche a otra, fui lanzada al mundo de las mujeres ...”

- Tú no tienes educación -dijo un niño a su hermano- Tú mordiste el helado y te manchaste todo.

- Sí tengo educación -replicó el otro niño-. ¡Mira quién habla! ¿No sabes que es feo y de baja educación lamer el helado y enseñar tu lengua?

- Dejemos de discutir así. Preguntaremos a otros.

- Escuchen ustedes dos; -gritó el helado- no es que tenga voz para quejarme, pero si recibiera sus mordidas repulsivas o sus lamidas suaves, de ambas maneras me tragarían en sus estómagos ... Ustedes seguramente se olvidarán de mi sabor y yo seré quien irá a parar en las cañerías.

\* \* \* \* \*

Taulabé, Honduras, febrero 10, 1948. Angel Bustillo tenía un par de amigos invitados a una pequeña fiesta en su humilde cabaña; se había gastado lo último del poco dinero que tenía guardado para el sustento de su familia, comprando comida y alcohol para presumir ante ellos.

Su esposa, doña Zoila, no estaba en la casa, porque trabajaba como empleada doméstica y vivía en casa de su patrón, en Siguatepeque, aproximadamente a treinta kilómetros de Taulabé. Venía a su casa cada dos semanas.

- Mira ¡qué linda eres! -cumplimentó Osmín, uno de los amigos, a Claudita, la hija de Angel-. ¿Cuántos años tienes, hija?

- Diez -respondió Claudita, tímidamente, arrimada a la pared de bahareque- ¡Qué linda! -dijo Osmín, tocando su mejilla y besando su rostro ...; levantando su botella-exclamó: Salud!

La fiesta comenzó con los saludos y Angel quiso aprovechar al máximo lo que había gastado. Se apresuró a beber el licor, un vaso detrás de otro, sin dejar que nadie le ganara en esta frenética carrera hacia la borrachera. El ganó y de pronto, sus amigos también casi lo habían logrado.

- Tu hija está muy bonita, Angel -dijo Osmín-. ¿Por qué no nos trae más comida?

- Está cuidando a su hermanita -respondió Angel, balbuceando las palabras, con los ojos rojos y la boca torcida, bebiendo otro vaso de aguardiente-.

- Apuesto a que ella va a ser muy hermosa -insistió Osmín, abriendo sus brazos y formando un círculo, como si quisiera medir las formas y tamaño de los senos de Claudia-.

- Estás hablando de mi hija, ¡maldito! Sería mejor que cerraras la boca -respondió Angel, más bien en tono de broma-.

- Cómo me gustaría morder esas cerezas redondas de sus senos.

- Cuídate Osmín o te enseñaré a ... -Angel reaccionó enojado-.

- Cállate viejo vagabundo -gritó Osmín levantándose y golpeando a Angel con la botella en el rostro, noqueándolo.

- ¿Qué hiciste? -preguntó Romero Mendoza, el otro amigo- ¿Por qué lo golpeaste? ... Está muerto ... ¿lo está?

- ¡Cállate antes que también te mate! -dijo Osmín amenazándolo con la botella rota-. Yo dije que quiero morder sus senos y lo haré ... Trata de detenerme y te mataré.

- ¡Cálmate, cálmate! -pidió Romero, temeroso-. Por amor de Dios, ella no es sino una niña.

- ¿Una niña? -preguntó cínicamente Osmín- Su tipo me traga y traga también a una larga línea de tu tipo ... Su cuerpo está maduro y quiero saborearlo antes que lo hagas tú ... Tú no vas a tenerla ... -Osmín amenazó arrojando al piso a Romero-. Disfrutaré yo solo.

Osmín levantó la mano y tiró la botella rota contra la garganta de Romero. Cuando estuvo seguro de haberlo matado, gritó:

- Eso hará que jamás abras la boca.

Osmín entró a la otra habitación, donde Claudita y su pequeña hermana



permanecían despiertas sobre sus camas, temerosas e incapaces de pedir ayuda. Osmín agarró a Claudita, separándola de su llorosa hermana, la sujetó bajo sus brazos y, por la fuerza, la llevó hacia el campo.

Claudita movía sus piernas sin dirección, tratando de zafarse y escapar. Osmín, borracho y fuera de control por la excitación, la golpeó dos veces en la cara, corriendo con ella hasta llegar a un sitio distante y despoblado, donde nadie pudiera escuchar sus gritos.

- ¡Desnúdate! -ordenó Osmín después de lanzar con fuerza al piso duro el pequeño cuerpo de Claudia-.

- No me golpee, no me golpee, por favor -rogaba Claudita sollozante-.

- No te golpearé, cariño -dijo Osmín sonriendo maliciosamente y abriendo su cierre-. Solamente quiero que saborees lo delicioso que soy.

- No, no ... -Claudia sollozaba más y más-.

Osmín levantó la mano y nuevamente la golpeó en el rostro. El pequeño cuerpo giró y cayó de boca, provocando que la sangre comenzara a fluir, mientras sus pequeñas nalgas quedaban a la vista de Osmín. El se agachó, la sujetó por el estómago y la levantó hacia la posición.

- ¡Ay! ¡Mamá, papá -gritaba Claudia con desesperación-.

Osmín la agarró fuertemente por el cabello, haló su cabeza para atrás, haciéndola gritar de dolor y rápidamente quitó su calzoncito. Ella trataba de luchar contra esos enormes y fuertes brazos, que parecían más grandes que su cuerpo y desesperada lo mordió. Osmín la levantó otra vez y la lanzó contra una roca. Las fuerzas de Claudia, o lo que restaba de resistencia, desaparecieron. Nuevamente Osmín la sujetó por el cabello y se empujó él mismo detrás de ella. Claudia todavía se resistía a que la penetrara; pero cuanto más trataba de cerrarse, más dolor sentía entre sus pequeñas piernas, cuando él empujaba ...

El cuerpo de Claudia había sido violado y la sangre fluía hasta mojar sus rodillas. Sus ojos se nublaron y las lágrimas cubrían con un velo lo poco que ella podía ver ... Con cada empujón, ella sentía el pene en su estómago ... Abrió su boca sintiéndose sin aliento como si la muerte estuviera próxima bailando ante sus ojos e impidiendo que el aire entrara a sus pulmones, que también los sentía taladrados. No pudo llorar, gritar y ni siquiera rogar, pues Osmín

estaba empecinado. No paraba de castigar el pobre estómago de Claudia, que parecía estar cerca de hacerse un hoyo, por donde saldrían sus intestinos. Su cabeza daba vueltas y vueltas y solo deseaba que la muerte acabara con el dolor.

Todo apenas duró unos dos minutos, hasta que Osmín se sintió satisfecho. Agregando los insultos a la herida, Osmín forzó el rostro de Claudia hacia el penetrador y gritó:

- ¡Hazme feliz!, puta, bésalo ...

Claudita perdió la conciencia. Osmín pudo darse cuenta que ella ya no era capaz de darle más placer y entonces la abofeteó repetidamente. Una vez mas la levantó y la lanzó contra la roca ... Ella no mostraba ninguna señal de vida...

\* \* \* \* \*

## UN SABIO PROVERBIO DICE QUE UN RATON INTELIGENTE NO CAERIA DOS VECES EN LA TRAMPA

San Pedro Sula, octubre 2, 1948. "Sangre ... rocas volando y golpeando caras humanas ... sangre brotando de las rocas ... la cara de Osmín riendo a carcajadas ... la mano de Osmín levantada en el aire, bajando para golpear ... las palabras de Osmín: no te golpearé, cariño ... me vas a saborear ... te va a gustar ... un ¡splash! de sangre".

- No, no -Claudita despertó gritando de la pesadilla que la perseguía en sus sueños-. No, no ...

- ¿Qué pasó? ¿Estás bien? -preguntó ansiosamente doña Laila, entrando para averiguar lo que ocurría con su sirvienta-. Claudia, Claudia ... todo va a estar bien; estás bien -dijo abrazándola y acariciando su pelo-. Pobre niña, duerme ahora; no permitiré que nadie vuelva a golpearte.

Las caricias de Laila apaciguaron los temores y sollozos de Claudia, permitiéndole conciliar el sueño nuevamente. Doña Laila había contratado a Claudita como sirvienta, tres meses atrás; sabía de la violación que fue objeto y sentía compasión por ella y la tomó en su casa, como un miembro más de la familia.

- Mi mamá dice que fuiste tú quien gritaba anoche -dijo Imad, el hijo menor de doña Laila-. ¿Estás bien?

- Espero no haber molestado su sueño -respondió Claudia tímidamente, diciendo lo que doña Laila le había enseñado responder en esos casos-.

- No te preocupes, me alegro que estés mejor; mientras yo esté aquí, no permitiré que nadie te haga daño -dijo esto, tocándola ligeramente en el hombro-.

Había transcurrido un mes y las pesadillas se hicieron menos frecuentes en los sueños de Claudia. Doña Laila estaba allí para calmarla e Imad, siempre entraba para tocarla en el hombro.

Pasaron más días e Imad empezó a tocarla en la espalda ... Ella aprendió a confiar en él y hasta a quererlo ... Finalmente, llegó el momento en que Imad cogió una mano de Claudia y la besó.

- Eres muy bonita, Claudia y me gustas mucho -dijo besando su mano y siguiendo hacia arriba, hasta llegar a su boca-.

- Por favor, no, don Imad -pidió Claudia retirando su rostro-.

- Escucha -dijo Imad en tono suave-. Nunca te haré daño -la hizo volver el rostro hacia él-. Cierra tus ojos y trata de sentirlo.

La besó en los labios. La boca de Claudia no sabía qué hacer ... qué sentir. Y aunque ella tuviera un par de cerezas maduras, apenas tenía once años ... Los besos de Imad no la dañaban y tanto más la besaba, más segura se sentía con él.

Transcurrió otro mes y Claudia empezó a responder a los besos de Imad. Ella sabía que la amaba ... pues él así lo dijo. Además, él nunca la había empujado a hacerlo y tampoco se había enojado cuando ella no respondía. Imad era gentil, cariñoso y amable ... La entrenó bien para que confiara en él, aun cuando su mano tocara sus senos u otros sitios ...

Junio 18, 1949. Imad entró a la habitación de Claudia para decirle adiós. Según le dijo, tenía que viajar a México al siguiente día.

- No sé cuándo te volveré a ver -se lamentó besándola-. Vine para despedirme.

- Cómo quisiera que me llevara con usted ... -contestó Claudia tristemente- ¡Lléveme con usted!, por favor.



- Lástima que no puedo -dijo él alejándose lentamente unos pasos, dando patadas al aire, como si quisiera demostrar que no quería dejarla ... Corrió hacia ella, la abrazó y dijo:

- Cómo deseo que hagamos el amor ... Ser un solo cuerpo aunque sea por un instante.

“Hacer el amor ...” Probablemente Claudia no sabía lo que significaba esa frase; sin embargo, entendía una cosa: eso, que está colocado debajo del pantalón del hombre, es muy doloroso para ella y casi la mató. “Hacer el amor” con Imad en aquel momento, significaba que él suavemente comenzara a desnudarla y a acariciar su cuerpo. Imad puso el desnudo cuerpo de Claudia sobre la cama y empezó a abrir su cierre.

- Por favor, no lo haga, don Imad ... por favor no me golpee -pidió Claudia prorrumpiendo en llanto, recordando la imagen de Osmin y tratando de cubrir con sus brazos lo que él había dejado al descubierto-.

- No te preocupes -respondió él besándola-. Prefiero morir antes que golpearte. Yo solamente espero que no seas tan temerosa conmigo.

- Me da miedo -lloraba Claudia-.

- Está bien, está bien -dijo ésto mostrando su decepción-. Ya veo que me odias ... que piensas que soy un monstruo.

- Eso no es cierto -gemía ella-. Eso no es cierto, tengo miedo ... por favor, no se enoje conmigo.

- Sí estoy enojado y muy decepcionado de tí. Sabes que jamás te he hecho daño; ¿por qué lo haría ahora? Escucha, cierra tus ojos y deja que me encargue de lo demás. Bésame y cierra tus ojos. Confía en mí, que hacer el amor es sensual, excitante y muy lindo. Al principio tal vez te dolerá algo; pero mientras más lo hagas, más lo disfrutarás ... -Imad dijo esto tratando de lavar el cerebro de Claudia-.

Finalmente, Imad convenció a la niña con engaños para que hiciera el amor. Ella brincaba en el momento en que él la penetró, pero él la calmó con besos y frases dulces. También era doloroso para ella pero él la abrazaba, asegurándole que el dolor que experimentaba no era mortal. Calmada, lenta y pacientemente, Imad le enseñó que después de todo, hacer el amor no era tan malo y que ella, probablemente, iba a empezar a disfrutarlo algún día.



Ese “algún día” dio prueba que no sería en un futuro muy lejano, pues llegó al día siguiente. Imad vino a su cuarto y le anunció la buena noticia que habían cambiado sus planes. Otra vez la animó para hacer el amor y empezar a sentir su vibración. La resistencia de Claudia fue disminuyendo y, literalmente, empezó a abrirse.

Hicieron el amor aquel día, al día siguiente y el resto de la semana. Ella empezó a disfrutarlo tal como él se lo había dicho. Claudia también sabía que eso lo hacía feliz. Finalmente, eso, lo que quedaba debajo del pantalón del hombre, no era tan malo para ella. Imad le enseñó cómo “manejarlo” bien y mientras más hacían el amor, más le gustaba a ella manipularlo para conveniencia de él ...

Septiembre 5, 1949. Imad invitó a sus amigos a su casa y su padre anunció el noviazgo con su prima ... Claudia recibió la orden de servir a la gente.

- Creí que me amaba ... Me dijo que me amaba, mentiroso -dijo Claudia a Imad, corriendo hacia afuera-.

Decididamente, ella estaba despedida y tenía que buscar otra casa para trabajar. Por segunda vez, Claudia fue seducida ... los dos la violaron. El primero, en su cuerpo virgen y el segundo, en su corazón virgen. Las dos maneras eran diferentes, pero el resultado era uno solo: sus cerezas redondas y maduras, le habían causado doble daño.

Claudia se volvió huraña; raramente hablaba y cuando lo hacía, era con su prima Maritza, quien también trabajaba como sirvienta.

- Odio mi vida y odio a la gente -dijo una vez Claudia a Martiza-. Odio a la gente.

- ¿Apenas tienes doce años y te sientes así? ¡Vaya! La vida es maravillosa, llena de placer y éxitos.

- Tú no sabes nada -arguyó Claudia-. Me han hecho mucho daño.

- Escucha, chica, yo sé una cosa y la sé muy bien, que ayer yo era una bebé y mañana seré una vieja. La vida es muy corta y no desperdiciaré mi juventud en miseria. Quiero disfrutarla toda. Ya es suficientemente duro que deba trabajar para vivir y estar en este miserable lugar. Voy a buscar a alguien que baje la cabeza ante mis órdenes y que haga todo para hacerme feliz.

- Cómo quisiera decir lo mismo. Nadie me quiere. Nadie quiere verme feliz.

- ¡Tonta! -dijo Maritza sonriendo-. La gente jamás te hará feliz, nadie lo hará. Tú tienes que hacer que la gente te haga feliz y, francamente, veo que tienes lo que haría a los hombres agachar la cabeza ante ti -Maritza agregó esto poniendo sus manos en los senos de Claudia, haciéndole cosquillas-.

- Para, para ya -Claudia empezó a reír-. Estás loca.

- No, tú lo estás, cariño. Tienes que aprender cómo hacer dar vueltas a las cabezas. Los hombres te miran como si fueras una mujer y ellos abusaron de ti, también como una mujer. Ya es tiempo que realmente seas una mujer y les des el sabor de su propia medicina. Quédate conmigo y te enseñaré el arte de seducir y el placer de ver a un hombre arrodillándose, llorando su corazón para satisfacerte, sólo por un beso.

## CAPITULO II

### MATRIMONIO (marca registrada): hecho en el cielo, deshecho en la tierra, ensamblado en el infierno

Arriaga, México, 1951

Salim Mubarak regresó a su casa luego de un día de agotadora actividad en su granja. Había gastado mucho dinero y varias horas de arduo trabajo, arreglando la tubería de irrigación, instalando campanas en la cerca y elevando su altura. Era la segunda vez que algún toro o mulo había atravesado la cerca, destruyendo el reservorio de agua. Parecería que el animal tenía como único objetivo la destrucción del reservorio.

- Tu cena está lista, mi amor. -Claudia Bustillo, su esposa, lo saludó con su voz suave-.

- Maldición ... -Salim empezó a quejarse-.

- Todo va a salir bien, no te preocupes. -Ella le interrumpió con las frases y en la forma que había preparado todo el día y lo besó en la mejilla, instándolo para cenar-.

Salim y Claudia llevaban un año de casados; se conocieron en Honduras, donde ella nació; sin embargo, en vista que la familia de Salim no aceptó a Claudia, decidieron mudarse a México, e iniciar una nueva vida, lejos de toda hostilidad.

Salim era un comerciante sin escrúpulos, a quien no le interesaba sino obtener dinero a cualquier precio, llegando incluso, en algunas ocasiones, a contrabandear mercadería robada en Honduras, atravesando por las montañas; sin embargo, él decidió que al empezar su vida en México, lo haría de manera honorable. Su sueño había sido siempre poseer una granja donde su familia fuera receptiva tanto al valor de la vida, como al placer de disfrutar de la naturaleza y se había dicho a sí mismo: no más contrabando, no más policía ni temores. Lo único que le molestaba, era aquel maldito animal que ocasionaba tantos problemas, inquietándolo y perturbando su tranquilidad.

Salim durmió esa noche con la frustración de haber tenido un día

improductivo y la esperanza que a la mañana siguiente encontraría que el animal no podría cruzar la cerca o que caería en una de las trampas. Al clarear el día, cuando Salim caminaba rodeando la granja, encontró que el intruso, había dañado nuevamente el pozo. No podía dar crédito al hecho que todo cuanto había preparado hubiera fallado y caminaba de un lado a otro, ideando alguna trampa que no fallara jamás. Se le ocurrió la idea de conseguir una pareja de perros... ¡Doberman!.

El truco dio resultado, pues el animal no volvió a molestar el reservorio por algunos meses.

Claudia le dio la buena noticia que iba a ser padre en septiembre próximo, lo que hizo sentir a Salim que sus esfuerzos estaban rindiendo su fruto.

Por fin su vida se normalizaba e iba transcurriendo según lo planeado.

En septiembre 17, 1952, nació un varón. Salim estaba tan orgulloso y feliz que hasta invitó a sus vecinos para celebrar el acontecimiento; se asaron cientos de pollos, bebieron docenas de botellas de tequila e, incluso, hubo Mariachis tocando toda la noche. El ambiente en toda la casa era de gozo, gozo y gozo. Salim llamó Samuel a su primogénito.

Samuel, orgullo de su padre, recibía todo su amor y atención y Claudia, en ocasiones, se sentía relegada a un segundo plano, pues Salim pasaba gran parte de su tiempo jugando y prometiendo a su hijo lo mejor que la vida podía brindarle.

- Cuando crezcas -decía Salim a su hijo, haciéndole cosquillas y levantándolo en sus brazos- quiero que seas un doctor.

- Si lo mimas tanto -replicó Claudia en tono áspero- Samuel llegará a ser un vago.

- ¿Qué te pasó, mujer? Ultimamente tú no eres la misma -dijo Salim nerviosamente-.

- ¿Y qué soy yo misma? -preguntó Claudia con amargura y se alejó-.

- Yo sé que es difícil para ti acostumbrarte a ser madre; pero cuando tengamos un segundo hijo, te sentirás mejor y tendrás control sobre tí misma -bromeó él-.

- ¡Oh, no! Jamás volveré a tener otro hijo -dijo con todo aplomo-.

- Mi amor, yo estaba bromeando -dijo Salim para tranquilizarla-.



- Pero yo no -murmuró en tono sarcástico y se fue a la cama-. Mientras se cobijaba, se dijo: ¿Mi amor?.

Salim alcanzó a escuchar este comentario y, por primera vez, se preguntaba si en realidad era un buen esposo, pues en la réplica de Claudia había un dolor que parecía venir desde mucho atrás. Pero él quería saber por qué: ¿Qué más puede pedir una mujer, que tiene un esposo que la ama y un niño que da alegría y sentido a sus vidas?.

Claudia, antes de conocer a Salim, había llevado una vida de mala reputación, convirtiéndose en la comidilla del pueblo. Salim la había rescatado de ese medio, devolviéndola a una vida digna y con esperanza de un futuro cristalino, lejos del ambiente miserable de su pasado. Así creyó él o, cuando menos, así lo había expresado ella.

Dos semanas después del incidente, Salim caminaba por la granja, revisando que todo estuviera en orden. Sorprendido y aturdido, encontró que el reservorio estaba dañado otra vez. Enojado lanzó lejos sus guantes de trabajo y gritó: ¡Maldición! ¿Cómo puede ser esto posible? Y se alejó en dirección a la casa.

Pocos metros antes de llegar, observó que algunas ramas se movían irregularmente y de pronto se quedaban quietas, lo que indicaba que no había viento. En principio, él no dio importancia a este hecho; pero cuando entró a la casa, sintió una sensación sofocante. Su esposa todavía estaba en la cama, aparentando dormir profundamente, pero le llamó la atención que el niño apenas empezaba a tomar su biberón. Salim se dirigió al baño, contempló la escena por un momento y decidió volver a su trabajo.

Transcurrieron dos años. El niño caminó, empezó a hablar y Claudia demostraba una felicidad superficial con Salim. Ella había dicho a su esposo que lo amaba y él así lo creía. Súbitamente, Claudia empezaba las peleas con el más mínimo pretexto. En ocasiones, hacía el amor como una yegua salvaje y, de pronto, se tornaba como un témpano de hielo, considerando éste como un acto repulsivo. Cambios tan bruscos en el comportamiento de Claudia, desconcertaban tremendamente a Salim, quien no podía adaptarse una noche a una mujer ninfómana y otra a una monja frígida.

Anteriormente los pequeños detalles eran muy importantes para Salim,

como que Claudia lo saludara con besos muy efusivos, sin importarle que él estuviera sucio o maloliente; pero las cosas habían cambiado tanto que hoy, apenas si lo besaba.

Una noche, Salim regresó con dos horas de retraso, pues había ido al pueblo a comprar el chocolate favorito de Claudia. Quiso demostrarle que ella era lo más importante para él; pero, cuando abrió la puerta, Claudia asomó, señalándolo con el dedo y gritando: “Regresa a tu puta”.

- ¿Qué?, -exclamó Salim estupefacto.

- ¡Largo de aquí! -gritó una y otra vez Claudia, empujándolo.

Salim, tratando de evitar la discusión, dio la espalda. El sabía que algo había molestado a su esposa y decidió esperar a que se calmara y prefirió salir, convencido que en su ausencia, ella se tranquilizaría.

Se dirigió hacia la cantina del pueblo, pensando que a lo mejor él no le había demostrado suficiente amor. Se decía a sí mismo que no hay nada malo en mostrar algo de celos; pero se preguntaba ¿por qué está celosa?

Salim empezaba a libar una botella de guaro, cuando Suyapa, la mesera, se sentó enfrente suyo.

- Vaya, ¿no es nuestro querido vecino quien está aquí? ¿Qué puedo hacer por tí? -lo dijo moviendo sus hombros, atrayendo la atención de Salim hacia su bien formado cuerpo-.

- Nada que mi esposa no pueda hacer -dijo él orgullosamente, tratando de cortar la conversación-.

- Entonces, ¿Por qué estás aquí?. Sonrió burlonamente.

- No es tu asunto -contestó él-. ¿Cuánto debo?

- Cálmate, solamente estaba tratando de conversar; pero al parecer no soy de tu clase. -Dijo ella dejando la silla-.

- Oye, disculpa, ¿te gustaría tomar un trago conmigo?

- Yo no quiero que sientas lástima por mí.

- Francamente, lo que siento es lástima por mí mismo. Si no fuera casado, estarías por sobre todas las demás en mi lista.

- Si no estuvieras casado, yo estaría sobre otra cosa también. Sonrió y posó sus brazos sobre la mesa, poniendo su busto muy cerca de la cara de Salim.

- Voy a tomar por eso. -Lo dijo tragando su saliva-.

Salim brindó una copa a Suyapa y la botella se acabó rápidamente; fueron consumiendo otra botella entre gritos y carcajadas. Dos horas después, Salim sacudió su cabeza tratando de ponerse sobrio e indicó a Suyapa su deseo de no beber más.

- ¿Qué te pasó, cariño? -dijo Suyapa-. ¿Tienes débil el estómago?.

- No, pero mi esposa va tener más razones para enojarse.

- Como yo miro las cosas, ella no tiene ninguna razón para enojarse. Yo he visto muchos hombres que están a la caza de oportunidades como ésta para conquistar a otra mujer. Tu esposa debe sentirse suertuda.

- ¡Ojalá que ella dijera lo mismo!. Fíjate que ella estaba muy enojada hoy, pensando que yo tenía otra mujer.

- Y ¿la tienes?

- Ya deberías saber que no.

- ¡Pobre hombre! -dijo Suyapa palmoteándolo en la espalda-. Mi abuela decía que la gente que tiene huesos en el estómago, siempre acusa a los demás de sus eructos.

- ¿Qué quieres decir?

- No lo sé con certeza; pero cada ladrón juzga por su condición.

- ¡Cállate!. Mi esposa es ... -quiso decir honorable, pero su boca no pudo pronunciar ni una palabra más-. En ese momento apareció y desapareció como un flash en su mente, la imagen de Claudia en su pasado. Cogió una copa y la lanzó violentamente antes de salir corriendo de la cantina.

Salim caminó tambaleante en dirección a su casa, molesto por lo que Suyapa le había dicho irónicamente. Por un momento dudó de la fidelidad de su esposa.

La casa distaba del pueblo unos tres kilómetros; en ese trayecto él no pudo evitar que acudieran a su mente las páginas del pasado; ese pasado que trató de dejar atrás y que por un tiempo creyó haberlo conseguido. La visión de Claudia en su primer encuentro, en el club de baile en San Pedro Sula, Honduras, martillaba en su cabeza.

\*\*\*\*\*

Claudia tenía apenas trece años, aunque su cara y su cuerpo ya bien formado, daban la impresión que era mucho mayor. Acompañaba a su prima

Maritza, que fue invitada al baile por Salim. Sin embargo, Maritza no quiso asistir sola y llevó a Claudia para que Salim no alimentara falsas esperanzas. A primera vista, Salim se sintió fascinado por la rara belleza trigueña de Claudia. Su piel era una mezcla del café oscuro del indio y del bronceado brillante del moreno. Su largo cabello llegaba hasta más abajo de su cintura; sus ojos reflejaban la simplicidad de una paloma y la astucia del águila. Su mirada provocativa y sus labios abultados, instaban a morderlos. Pocos eran los hombres que podían resistirse a ese atractivo y uno también podía preguntarse si ellos eran realmente hombres.

Salim trató muy cortésmente de brindar atención a Maritza; pero no pudo sustraerse a la atracción que Claudia ejercía sobre él. Cuando ella se dirigió a la pista de baile, la mayoría de los hombres babeaba frenéticamente, como lobos hambrientos observando una presa. ¡Qué hermosa!, murmuraron algunos de ellos, apreciando la belleza de Claudia.

La cumbia, sus altos tacones y sus abultadas nalgas hicieron pensar a Salim en qué podría hacer para conseguirla. Ella sacudió sus caderas como una maestra dirigiendo una gran orquesta, con ritmo y autoridad, haciendo que las miradas se centraran exclusivamente en ella. Todos cuantos la observaban, incluyendo a Salim, habrían querido no solo mirarla; y Maritza percibió ese deseo en el rostro de Salim; se sentía insultada; pero, como las mujeres tienen su propia manera de expresar su orgullo, ocultó su disgusto. Maritza salió a bailar con otro hombre, insistiendo en que Claudia bailara con Salim, tratando de despertar celos en él; pero era demasiado tarde, pues Claudia lo había atrapado.

Bailaron por un par de minutos antes que sus miradas se encontraran y a partir de ese momento, la voluntad de Salim se doblegó. No pudo resistir más y tomando la mano de Claudia, la atrajo hacia sí, haciendo que el rostro de ella se pegara a su pecho, manchando su camisa con el rouge de sus labios. Claudia se separó de Salim y mojando sus dedos con saliva, intentó limpiar la camisa. El tomó nuevamente su mano y la acercó a su cara.

- ¿Te gustaría ir afuera para conversar? -dijo él-

- ¿Para conversar?, Sí, seguro. -Contestó ella con picardía-

Mientras se dirigían al jardín, Salim le rodeó la nalga con su brazo.



- ¡Qué buen inicio! -dijo ella con sarcasmo-. ¿Siempre hacen tus manos lo suave de la conversación?

- Cuando mi boca no puede expresar mis sentimientos, mis manos son mis salvadoras.

- Yo no soy ese tipo de mujer -replicó alejándose de él-.

- Ni tampoco yo soy ese tipo de hombre -dijo atrayéndola nuevamente-.

- Yo soy demasiado joven para ser tu tipo. Quiero más tiempo para buscar.

- Yo soy demasiado viejo para seguir buscando.

- Eres muy persistente.

- Y tú eres muy resistente.

Salim quiso acortar su sufrimiento, la atrajo hacia sí y la besó brevemente en los labios. Ella reaccionó con una bofetada. El devolvió el golpe y la besó nuevamente; Claudia se resistió empujándolo pero él la atrajo otra vez. Ella le dio de puñetes en los hombros y Salim la abofeteó una vez más, sujetando sus brazos hacia atrás, poniéndola contra la pared. Al dirigir su mirada a los ojos de Salim, Claudia demostraba que estaba satisfecha de la forma como él la dominaba. El sabía que al dominarla había logrado dar una buena impresión. La besó nuevamente y ella se calmó pero al principio no respondió con entusiasmo; sin embargo él insistió en entrar en los labios de Claudia. Cuando ella respondió, los besos de Salim reflejaban únicamente deseo; pero cuando ella rodeó el cuello con sus brazos, jugando con su cabello, él se calmó también, mientras se abrazaban.

- Yo siento calor en tus besos -dijo ella-.

- Yo no soy un mal hombre. Tú eres muy bonita y sensual y aunque parezca que mi conducta demuestra hombría y nada más, mi intención no es solamente tu cuerpo, pues yo sé que tienes algo más para dar, -dijo él oprimiendo un dedo en el corazón de ella-.

- Pícaro -dijo bajando la cabeza-.

Salim la besó una vez más, la abrazó y tocó sus senos, apretándola fuertemente con deseo. Ella se separó y lo golpeó en el rostro.

- Me disculpas, yo sé que me extralimité. No quise hacerlo pero sucedió. -Dijo besándola en la frente y alejándose-. Ella sujetó la mano de Salim, atrayéndolo.

- Ya oliste la manzana y espero que te guste. No es que tenga algo contra tí; pero para morder la manzana tienes que probar que vales la pena. Toma tu tiempo.

Salim y Claudia se encontraron una y otra vez hasta que ella le permitió tocar sus senos, a lo que él no puso mayor atención, pues ya estaba locamente enamorado. Por su parte, Claudia respondió.

Mientras trataban de conocerse, Claudia confesó a Salim algunos de los pasajes oscuros de su vida. Ella trabajó como sirvienta en la mansión de un hombre muy adinerado. Allí, ese hombre y sus dos hijos acudían a ella en busca de placer rápido.

Claudia era muy pobre y su temor de involucrarse con un hombre rico, especialmente de origen árabe, tenía sus razones sólidas. “Dicen que todos los hombres nacen iguales ... En Honduras, uno nace como un indio, igual a los indios o como un árabe, superior a los indios; y además, por supuesto, hay aquellos que pertenecen a otra raza, quienes también están considerados como indios por los árabes”.

Los árabes o “turcos”, como se los llamaba, tenían la reputación de tomar a las mujeres y dejarlas, cuando se trataba de mujeres indias o de clase inferior. En ese país, se es pobre o se es rico, no hay un plano intermedio. La mayoría de los turcos eran ricos y tenían mala fama ante los hondureños quienes, en su gran mayoría, formaban la clase pobre, luchadora y analfabeta. Entonces, para que Claudia pudiera confiar en Salim, él tenía que demostrar mucho más que una buena intención y besos ardientes.

Un día, Salim llevó a Claudia a la Catedral y arrodillándose ante el altar, le prometió amarla, pasara lo que pasara. Ese “pasara lo que pasara”, se probaría más tarde que tendría consecuencias muy graves para Salim.

Una semana después, el padre de Claudia se presentó con ella en la cafetería que Salim frecuentaba y le habló en su presencia. Venía de lejos, de Santa Rosa de Copán, donde vivía con su otra mujer, exclusivamente para arreglar la situación de Claudia con Salim. Al apretar su mano, el olor a alcohol hizo que Salim se convenciera una vez más de la necesidad de sacar a Claudia de ese mal ambiente.

- Claudia, mi hija mayor, proporciona a su madre el único ingreso. Su

madre es vieja y no puede mantenerse a sí misma. Ella debió pensarlo mejor antes de botarme de la casa; pero usted sabe qué locas son las mujeres. Ahora, no voy a dejar que usted juegue con mi hija; nosotros no necesitamos a alguien que dañe el corazón de ella y nuestro sustento, solamente por un juego de deseos.

- Le aseguro, señor, que mis intenciones son honorables -dijo Salim-.

- Vaya, turco pendejo. ¿Honorables?. ¿Cuántos años tiene? -dijo provocando a Salim-.

- Veintiséis; pero con mucho respeto, señor, no soy pendejo. Yo sé que ella es mucho menor que yo; pero para que vea mis buenas intenciones, estoy dispuesto a casarme ahora mismo.

- Solamente ahí tú podrás confiar en él, -dijo el padre dirigiéndose a su hija-

- Justo y suficiente. Déjeme conseguir la bendición de mi familia. ¿Cuándo y dónde quiere que lo visitemos para hacer las cosas formalmente?.

- Ese asunto lo tiene que tratar con la madre, ella es la que manda. Claudia va a estar con ella esta semana, en la casa, en Santa Cruz de Yojoa, usted sabe dónde es, en camino hacia Siguatepeque, antes de llegar al lago. Ni modo, si usted la quiere, tendrá que ir allá, -terminó de decir, alejándose con su hija-

Salim había vencido muchos retos en su vida; pero ahora, conseguir la bendición de su familia para su matrimonio, era lo más difícil. Cuando dio la noticia, su mamá rasgó sus vestidos, llorando y gritando: "Que Dios me mate ahora mismo antes que ver que mi hijo sea atrapado por una puta india" -dijo arrancándose el pelo-.

- Ya es tiempo que ustedes se den cuenta que ellos también son humanos -se defendió Salim-

-¿Humanos? -preguntó el padre gritando- ¿Qué es lo humano de un indio que trabaja como un burro cinco días a la semana para perder su sueldo en mujeres y alcohol en los días restantes, dejando a sus hijos sin comida? ¡Ah! ¿Y sus mujeres? Mira cómo ellas cambian un hombre tras otro. ¿Podrías garantizar su fidelidad? ¡Contéstame!

-Usted no puede aplicar nuestra tradición a esta gente. Ellos tienen sus propias costumbres y tradiciones.

-¿Tradiciones? Debes estar bromeando ... Ya deja de ser un niño.

-La amo, padre y nadie va a cambiar mi mente.

Se desató la furia infernal y Salim se sintió provocado a defender su amor contra su numerosa familia, que no podía comprender cómo un hombre tan joven y exitoso, se había enamorado de una sirvienta con una reputación más sucia que el basurero de la ciudad. El padre de Salim amenazaba con cortar toda relación con su hijo, si él insistía en su despreciable propósito; sus hermanos apoyaban a sus padres; y, para empeorar las cosas, la madre de Salim intentó arreglarlas por su propia mano. Su ira hizo que saltara sobre el patrón de Claudia con insultos y amenazas; el hombre, sin embargo, sugirió que él y sus hijos regresarían con ella para convencer a Salim de no continuar en ese error.

Salim había empacado sus cosas y estaba saliendo de la casa cuando llegaron su madre, el patrón de Claudia y sus dos hijos.

- ¿Cómo es posible que pienses que ella es más importante que nosotros, al extremo de dejarnos? -dijo la madre en tono apesadumbrado-.

- No, madre, ustedes no me entienden. Soy yo quien se considera importante. Sé que parece egoísmo de mi parte pero cuando mi propia familia me rechaza por ciertos sentimientos o emociones, entonces no hay lugar para mí en la familia.

- Eso no es justo -se lamentó su madre llorando-. Nosotros sólo queremos lo mejor para ti.

- La chica es mala -dijo uno de los hombres-.

- Por supuesto que es -dijo Salim sonriendo cínicamente-. ¿Y es también mala en la cama?

- Escucha, “baisano”, la telaraña brilla. Su olor a néctar cautiva a la abeja con su dulzor; pero el veneno de la ponzoña que está adentro, es mortal -replicó el hombre-.

- Bueno, yo veo que habla con sabiduría, primo -dijo Salim-; pero parece que usted perdió la sabiduría en sus pantalones cuando estaba con ella.

- No nos malentienda, “brimo”; pero de todos modos, ¡buena suerte!. Tú vas a ser el primero que la tendrás sólo para ti -dijo el hombre y dejó la casa disgustado-.

Salim se apresuró a salir. Lo que acababa de decir aquel hombre respecto



de Claudia, le impresionó hondamente. Se dirigió a tomar el autobús para dirigirse a Santa Cruz de Yojoa. Claudia estaba lavando ropa en su cabaña, cuando él entró. Su madre respiró profundamente cuando Claudia le comunicó el deseo de Salim de casarse con ella.

- Yo sabía que algún día tú saldrías de esta miseria -dijo la madre con lágrimas en los ojos-.

- Yo voy a cuidarla muy bien -prometió Salim tomando la mano de Claudia-

Claudia llevó a Salim al jardín. Antes de llegar al pozo, ella lo abrazó y se abandonó sobre el pecho de Salim; él apretó el mentón de Claudia, haciéndola levantar su cabeza para hablarle.

- He escuchado algunas cosas de tí que me han molestado. No es que las crea, pero sería bueno que lo aclararas.

- Créelas. Yo nunca te escondí nada.

- ¿Qué? -exclamó Salim temblando-.

- Yo jamás te dije que era una santa y si estás buscando una, vete a un convento.

- Eso no es justo.

- ¿Justo? Escucha entonces, cuando acaricié al gato, él se puso a ronronear; pero cuando lo arrinconé, se volvió gruñón.-

- ¿Qué pasa que todo el mundo está hablando en proverbios ahora?. Ya es bastante difícil comprender las cosas como son, sin palabras baladíes.

- Lo que quería decirte, es que yo no lamento nada de lo que hice. Tenía que hacerlo y se requiere de mucho dolor y coraje para aceptarlo. Nada era bonito pero tampoco nadie me prometió que iba a serlo. Tal vez te hubiera dado vergüenza a ti pero yo hice lo que debía para sobrevivir.

- Yo te entiendo, pero no es fácil aceptarlo.

- Bueno, la puerta está siempre abierta. Todavía estás en lugar seguro; si te vas ahora, nada habrá pasado.

- Oh no, no te librarás de mí tan fácilmente. Olvídate de todo el pasado. El mío tampoco era tan agradable; nuestro pasado empieza hoy -prometió Salim al tiempo que la besaba-.

\* \* \* \* \*

Cuando estas últimas palabras hicieron eco en su cabeza, Salim regresó a

la realidad en su finca México. Entró a la casa y se dirigió al dormitorio. Claudia le lanzó una dura mirada de acusación y él no pudo soportar su sentimiento de culpa. Bajando su cabeza, Salim caminó en dirección a ella y tratando de apaciguar los ánimos, la besó. Claudia, al percibir el olor a licor, se sintió molesta y lo empujó sin pronunciar palabra. Frustrado, Salim salió del dormitorio y se sentó en un sofá. Trataba de encontrar la razón para el fracaso de su matrimonio y, al no hallarla, se dirigió a la cocina en busca de más licor, creyendo que un trago más lo ayudaría.

Cuando Salim abrió el armario, de entre todos los numerosos licores que estaban allí, sus ojos no podían apartarse de la botella de aguardiente. Esa botella estaba medio vacía y detrás del estante.

- ¡Maldición! -dijo pisando fuertemente sobre el piso-. Me tomaron por tonto todo el tiempo. ¿Cómo pude ser tan estúpido?.

Salim durmió en el sofá por esa noche y por un par de noches más. El sabía que algo grave ocurriría.

Una semana después, confirmó sus dudas. No se sorprendió cuando encontró roto el reservorio una vez más. Se diría más bien que lo había estado esperando. Tranquilamente caminó hacia la casa, recordando las palabras de un viejo amigo con quien había contrabandeado:

“El mejor ladrón no necesita tener manos suaves ni pies rápidos, sino un amigo entre los guardias”. Repitiendo esta frase en su cabeza, se dijo que él iba a jugar el juego con reglas sucias.

## CAPITULO III

### “VOYEUR”

¡Fuego! ... ¡Temor, adrenalina, y emociones contradictorias!

Por muchos años yo traté de definir este arrollador sentimiento que quema mis entrañas cuando estoy celoso. Fuego podría ser la palabra justa para esto; pero esta palabra describiría solamente las dudas que van en ascenso y la seguridad que va en descenso. ¿Qué palabra llega a la mente cuando quisiera despedazar a un hombre con mis propios dientes? ¿Qué describe la humillación, las lágrimas contenidas que están esperando derramarse con sólo un gesto de apoyo; el deseo de quejarse suave y, a la vez, enérgicamente sin dejar entrever la debilidad de carácter? ¿Qué explicación podría darse cuando la piel quiere estallar por la ira y al mismo tiempo permanece adormecida? Cuando estoy celoso, tratando de no dejar traslucir esta emoción, siento que hasta mis labios quisieran partirse.

Me rindo, estoy tan confuso que probablemente confundí también a quienes leen esta obra. Sin embargo, debo admitir que no soy muy hablador; tampoco soy poeta; pero podría contar una historia intrigante que daría más luz para definir los celos. No es que la imagine, pues yo estaba allí como un niño de dos años apenas, que “no entiende” las cosas.

Mi mamá, Claudia Bustillo, pensó que era mucho más conveniente si yo arribaba mi cabeza en la almohada y dormía en la cuna. Yo no tenía sueño, pero ¡cómo podía resistirme o protestar! Me mecía de un lado a otro, resignado al deseo de mi madre, tomando el biberón hasta saciarme en demasía; cerrando mis ojos, se dirigió a la habitación contigua. Escuché voces. Tenía curiosidad y balbuceaba intentando atraer la atención de esas personas hacia mí. Transcurrieron algunos minutos sin que nadie acudiera a entretenerme y entonces rompí a llorar. Me sentí solo. De repente, las voces se callaron; no se escuchaba absolutamente nada. El vacío se extendió por el ambiente y permanecí quieto por unos instantes. De pronto, pude percibir los murmullos de alguien y el shh.... shh... de otra persona. Miré hacia el tumbado, moví la cabeza eructando. Mi madre no apareció como normal-

mente lo hacía y decidí bajarme de la cuna e ir a la otra habitación para quejarme. Entré balbuceando quedamente, pero mi madre no respondió. Permanecí espiando deatrás del sofá, y ahí estaba ella, mirando hacia el otro lado. Sus manos sujetaban la almohada, su lengua se movía de un lado otro mojando los labios y sus hombros iban de atrás hacia adelante; tenía la respiración agitada y emitía un quejido al final de cada secuencia. Una mano subía la camiseta de ella hacia el cuello y pude ver claramente mi almuerzo que estaba goteando, cuando esa mano apretó sus pechos. Permanecí quieto y desconcertado. Curiosamente, gateaba hacia el final del sofá y pude ver que un hombre ponía sus manos sobre la falda de mi madre, cuando su calzonario estaba ya hacia las rodillas.

- Mamá -grité, haciendo que el hombre saltara de sorpresa y que ella acudiera al sofá-. Miré al hombre y no era mi papá. Ese hombre rápidamente subió su cierre y aún recuerdo su confusión e incomodidad, tratando de acomodarse lo que abultaba bajo el cierre. (Mi papá siempre lo llamaba “mínimo” cuando yo orinaba. En Honduras, eso significaba un banano pequeño. Pero, en Arriaga, México, donde vivíamos entonces, aquel hombre tenía mucho más que un “máximo”).

- ¡Vete a la cama! -dijo ella nerviosamente, tirando de mi mano y llevándome a la otra habitación-. Permaneció unos instantes allí hasta asegurarse que me volví a dormir. Cerré mis ojos contento porque pude captar la atención de mamá y me chupé el dedo, dando señales de cansancio y que estaba listo para roncar. Algo extraño ocurrió cuando ella salió unos segundos después. ¿Era el destino o era una rara coincidencia? No sabría decirlo; pero hasta ahora, jamás me levantaría inmediatamente después de haber estado dormido, sin que nadie me obligara. Sin embargo, en esa ocasión, el ruido de las pisadas que se alejaban tuvo un efecto contrario, pues me despertó. No lloraba, sino que otra vez me dirigí hacia la otra habitación. Esta vez vi al hombre; pero ¿dónde estaba mi madre?, pensaba.

Caminaba hacia el final del sofá y vi a mi madre arrodillada dentro de las rodillas de aquel hombre. Los dos estaban desnudos y el largo cabello de ella cubría lo que estaba haciendo. Entonces, ella se levantó y se acostó sobre las rodillas del hombre con sus piernas bien abiertas. De la experiencia anterior,



aprendí que si quería estar en ese lugar, debía permanecer quieto y callado. Me senté sobre el piso, mirando a través de una pequeña rejilla entre el sofá y la butaca. El movimiento de mi mamá se hacía más rápido y su respiración y gemidos se tornaron en gritos cortados. Yo tenía miedo, pensando que ella estaba llorando y también rompí en llanto. En aquel preciso instante, mis ojos se movieron mirando en toda la habitación y finalmente se clavaron en la ventana.

-Papi -grité señalándolo con el dedo-.

Fue cuestión de un segundo para que el hombre aquel saltara, mi mamá corriera hacia su cuarto y mi papá empujara la puerta entrando en él. Mi papá sostenía la puerta abierta y fijó su mirada en el hombre.

- Yo soy ... -murmuró aquel hombre sin poder apenas tragar su saliva.

- ¿Que eres qué, Miguel? -gritó mi padre sudando-

- Soy ... mi ... conciencia ... -dijo Miguel levantando su mirada hacia Salim-

- ¡Lárgate! -gritó mi padre escupiéndolo al piso-

- Pero ... -balbuceó Miguel bajando la mirada-

- Hijo de puta, ¿cómo pudiste hacerlo? -dijo mi padre pateándolo en la cadera. Levantó su mano golpeándolo en la cara, lo lanzó al piso y gritó: ¡Lárgate!, bastardo antes que te mate.

- ¡Mátame! -gritó Miguel-. Pero no por culpa de ella, pues ella jamás fue tuya. Mátame por haber abusado de tu confianza.

- ¡Cállate! -dijo mi padre levantando otra vez la mano, cuando Miguel se levantó y lo empujó hacia atrás. Miguel persiguió a mi padre, golpeándolo con el puño en el estómago.

- Siempre estabas bien conmigo y yo me arrepiento de haber destruido tu reservorio; en esto mi conciencia me arde -gritó Miguel-, porque eso era tuyo; pero en cuanto a ella, mi conciencia está tranquila. -agregó Miguel corriendo hacia afuera-.

Solamente para aclarar algo, el nombre de aquel hombre era Miguel Crusel. Trabajaba para mi padre en la finca, en Arriaga. Mi padre lo llevó desde Honduras, cuando decidió mudarse a vivir en México. Miguel, según me dirían más tarde, había sido un alcohólico crónico y sólo mi padre fue quien le tendió la mano para ayudarlo. Mi papá jamás lo volvió a ver luego

de este suceso.

Volviendo a los celos, mi papá caminó despacio y se sentó en el sofá. Yo esperaba que me brindara algo de atención, pero fue en vano. Yo reía, lloraba, gritaba, en fin, hice todo lo que un niño puede hacer para lograr que su padre lo tomara en brazos; sin embargo, lo único que él hizo fue sacar un cigarrillo y soplarlo. Caminé hacia él; como me ignoraba, me paré junto a sus rodillas y moví su pantalón, mientras él hundió su cara entre las manos, secando el sudor que mojaba su cuello. Permaneció así unos instantes, sin percatarse de mi presencia, hasta que vi que la puerta del dormitorio se abría.

Mi madre salió y cuidadosamente, caminando en puntillas, se acercó a nosotros. Levanté mis brazos, creyendo que por fin alguien se daría cuenta que yo estaba allí. Ella se paró delante de mi padre y se arrodilló, empezando a llorar. Mi padre aún tenía su cara entre las manos, ignorándonos; Ella levantó su mano y trató de forzar la atención de mi padre hacia su llanto, que pretendía ser una disculpa; pero él la retiró bruscamente. Mi madre fregaba su mano una y otra vez sobre las piernas de él y sus sollozos se hicieron más fuertes y parecían gemidos de agonía. Al escucharla, yo también empecé a llorar. Finalmente, mi padre reaccionó acompañándonos en aquella fiesta de lágrimas, moviendo su cabeza de un lado a otro.

- Salim, mi amor... -ella abrió la boca- Fue lo único que dijo pero fue suficiente para que se abrieran las puertas del infierno. La mano de mi padre abandonó su cara para caer con fuerza sobre el rostro de ella. Al golpearla en el otro lado, su mano también me golpeó, haciendo que cayera del sofá al suelo. Mi nariz empezó a sangrar y mi lloro se hizo más agudo; sin embargo, nadie acudió en mi ayuda. Mi papá fue hacia el otro lado de la habitación, dejándonos a mi madre y a mí sobre el piso. Mi cabeza daba vueltas pero pude ver que mi padre pateaba la puerta.

-!Ah ... ah...! -gritó dando su puño contra la pared-

Los lamentos de mi madre cada vez eran más fuertes; al intentar levantarse, mi padre le arrojó la lámpara de la mesita de noche, que golpeó sobre su hombro, mientras ella permanecía inmóvil. El se le acercó con los brazos abiertos, como si con el uno quisiera quejarse y con el otro quisiera matarla. Cuando llegó donde ella, nuevamente la golpeó en la cara.

Yo estaba perdido en ese caos, aunque ese no era mi juego. Mi nariz sangrante no tenía importancia frente a sus asuntos de adultos.

Salim tomando la almohada que estaba sobre el sofá, comenzó a morderla, sollozando al mismo tiempo. Mi madre, nuevamente trató de abrir la boca cuando él pateó el sofá y le golpeó la cabeza con la almohada, una y otra vez, escupiéndola. Ella, sintiéndose abusada, levantó la mano y lo golpeó en la cara.

- ¡Maldito!, -le gritó lanzando un florero hacia el pecho de Salim-.

- ¡Maldita tú! -dijo él-, que todavía tienes el valor de levantar tus ojos hacia mí. Te voy a matar, pendeja india.

- Por supuesto, -respondió ella, escupiendo en la cara de él-. Siempre voy a ser una india para ti... ¡Maldito, Salim! Que Dios te maldiga. Diciendo esto, se dirigió hacia él para golpearlo-. No soy tu esclava, no soy tu puta -agregó mordiendo con fuerza el brazo de Salim-.

Salim estaba furioso; sin embargo, no pudo responder a su ataque verbal, pues al parecer, ella lo culpaba por haberla empujado a tener esa relación extramatrimonial.

- ¡Qué cinismo! ¡Qué descaró! -gritó él-. Te amaba más que a mí mismo; he dejado todo el mundo por ti.

- No, tú te amabas a ti mismo ... Me prometiste rosas y te las diste a ti mismo. ¡Maldito! Me prometiste el mundo y me encerraste bajo cuatro paredes. ¿Qué esperabas? Yo era una sirvienta antes de conocerte y pasé a ser una esclava; era una flor admirada por todos y me convertí en un cuerpo inerte; un trofeo en tu mundo solitario; no soy una puta, tú me hiciste una ... Sollozaba mientras hubiera querido que sus palabras fueran dardos que se clavaran en Salim.

!He ...! -replicó él cínicamente-. La cola del perro arguye que no es recta porque su dueño la quiere así ... -A lo que ella respondió golpeándolo en el rostro. El la empujó pegándole, haciéndola caer cerca de mí-.

Bajé la mirada por unos momentos y perdí la secuencia de los hechos. Cuando levanté los ojos otra vez, nada en la habitación permanecía en su lugar. Mi papá decidió redecorar el ambiente lanzando todo contra la pared. Los !pumps! me hicieron sonreír por la excitación, como si se tratara de una

diversión; sin embargo, las cosas no habían terminado todavía. Los vecinos acudieron después de escuchar los gritos y por fin, alguien atendía mi nariz sangrante. Podía escuchar los murmullos de una esquina a otra de la habitación. Me sentía pronto a cerrar los ojos por el cansancio, cuando mi padre me tomó de la mano y mi madre también corrió hacia mí y me agarró la otra mano. Mi papá la empujó fuertemente haciéndola caer sobre otra mujer.

El argumento sobre mí había empezado a calentarse y ahora, yo era el centro de la atención. El conflicto duró hasta muy entrada la noche y me vi forzado a permanecer despierto hasta que mi papá hizo salir a los vecinos. Mi madre se sentó en la butaca quebrada y ahora era su turno de poner su rostro entre las manos.

Bueno, dejaré de lado los preliminares “él dijo” o “ella dijo”, simplemente porque yo no sé qué es lo que ellos dijeron después. Tampoco puedo imaginarlo. Lo único que recuerdo, es que ellos siguieron juntos. Déjenme decir esto en otras palabras: nosotros vivíamos bajo el mismo techo de ahí en adelante ... Sólo que ese vivir significaba: dormir, comer, e ir al baño.



## CAPITULO IV

### INDULGENCIA ... CONSTIPACION

La sangre es mucho más espesa que el agua ... Mucha gente tiene la idea que los lazos familiares son más fuertes y durables que los conflictos; dicen que pase lo que pase, la sangre es siempre más pesada que el agua ... No quiero replicar este argumento, pero en realidad, el agua arruina la sangre o, como lo he escuchado, el mercurio quiebra al oro sólido.

Aparte de tanta confusión, mientras un niño va creciendo, el conflicto más grande está en que los adultos creen que los niños no entienden o que más tarde entenderán. No olvidemos que los adultos pierden mucho tiempo enseñando a hablar a los niños y cuando lo hacen, los mandan a callar; los adultos levantan a los niños para jugar con ellos, cuando quieren hacerlo, mientras que los niños juegan con los adultos cuando éstos quieren ...

Lo que la gente más ignora, es la capacidad que tiene el niño para percibir cosas que ni un adulto podría hacerlo. La capacidad de penetrar en el adulto, no es un don que Dios le hubiera otorgado, sino que es el único instinto que ha podido permanecer en la mente del niño sin que la interferencia del adulto lo dañe

Voy a dejar de lado el énfasis en mí mismo para considerarme como una tercera persona que mira desde un ángulo neutral. Me consideraré como alguien que mira una novela en el televisor, reaccionando sin sentir simpatía hacia los protagonistas ni juzgar cómo debe ser la novela.

Bueno, mi nombre es Samuel Miguel Mubarak Bustillo, alias “el burro”. Estoy muy orgulloso de mi alias, aunque este apodo no sea un buen complemento para mucha gente. Para aclarar esto, aunque el burro es estúpido, ¿Con qué otra palabra podría calificarse a alguien que aguante tantos castigos y agonía y todavía sea firme y leal? Me ofrecieron el alias de “el lobo”; pero el lobo es demasiado inteligente para meterse en mi vida.

Después del incidente con mis padres, el ambiente en la casa se volvió impredecible como el clima: unos días las cosas eran tan claras que la risa

penetraba a través de los nubarrones de tensión y lágrimas. Pero, viviendo en un ambiente tropical, esto era más bien una garantía que en cualquier momento caería una tormenta.

Transcurrieron algunos meses y la familia Mubarak-Bustillos vivía en aparente armonía; lo más notorio en esta armonía, era la falta de argumentos ... o, básicamente la ausencia de palabras. Salim dedicaba la mayor parte de su tiempo a la finca, Claudia a la atención de la casa y Samuel, a sus juguetes.

Claudia se volvió inquieta por la falta de compañía en la cama, pues Salim había decidido dormir en el sofá después de un arduo día de trabajo y una noche larga de parranda. A Samuel, por otra parte, lo habían dejado para que inventara juegos con su pelota de caucho duro.

Una vez, Samuel tiró la pelota en dirección a la ventana y por mala suerte rompió el vidrio. Claudia corrió a ver lo que ocurrió y como ella estaba siempre enojada, lo golpeó en la nalga. Salim regresaba a su casa y vio el vidrio roto y también golpeó a Samuel. Claudia se disgustó por esta reacción de Salim, argumentando que Samuel era apenas un niño.

- Si lo hubieras cuidado bien, no hubiera quebrado el vidrio -dijo Salim-
- Ya no aguanto más -respondió ella nerviosamente-. Quiero ser libre otra vez; quiero el divorcio.

- En tus sueños -dijo Salim cortando la discusión-

Transcurrieron unos instantes y Samuel dejó de llorar; sin embargo, su nariz estaba llena de mocos. El niño se acercó a su padre para sentarse con él, como siempre lo hacía. Salim lo levantó y mostró disgusto por su desaseo; lo llevó al baño, abrió la llave de agua hasta lo máximo y empezó a lanzar agua al rostro de Samuel, como si lo estuviera lavando. El niño empezó a llorar nuevamente.

- Mira a tu hijo, está aprendiendo tus hábitos de pereza. Ven a darle un baño -gritó Salim-

- Todo es mi culpa ... todo lo que hago es malo -gritó Claudia- El también es tu hijo, entonces báñalo tú.

- India puta -murmuró él-

- Lo escuché -gritó ella corriendo hacia él-. ¿Que soy una puta?

Por unos segundos, intercambiaron insultos, mientras Samuel permanecía

en brazos de su padre que lo movía de un lado a otro del lavabo. No pasó mucho tiempo cuando las cosas salieron de control y las costillas de Samuel se resintieron por el apretón del brazo de Salim. Los gritos de Samuel hicieron que su padre lo llevara a la bañera y lo desnudara. Mientras Claudia lanzaba palabras como ¡pendejo, maricón, bastardo!, en contra de Salim, las manos de él apretaban más a Samuel, provocando que el llanto del niño se hiciera más fuerte.

¡Cállate! ¡Cállate -ordenó Salim al niño-.

Los gritos continuaban y el argumento sobre quién era qué, en términos de calificativos sexuales hirientes, fue subiendo de tono. Sin más, Salim levantó su mano y la dejó caer con dureza sobre el niño. El pequeño pompi del niño enrojeció; lo más afectado era la parte baja de las nalgas.

- ¡No, papi ... papi! -lloraba Samuel-. Sin embargo, la persistencia de Salim para atacar era incontrolable y sin descanso. Los golpes seguían cayendo como si Salim marcara una "X" sobre un blanco. El pompi de Samuel se adormeció; pero el dolor lastimaba más su corazón, pues no entendía por qué se lo golpeaba.

- ¡Ah ... ah! ... papi no, no.

Claudia intentó evitar que Salim continuara acabando con el niño; pero Salim la empujó hacia afuera cerrando la puerta.

- Deja de llorar, bastardo -gritó Salim a su hijo-.

- Papi ... -gemía Samuel levantando sus manos-.

- Tú vas a dejar de llorar ahora -ordenó Salim y como Samuel no diera señales de hacerlo, levantó la mano una vez más y como un fantasma, lo golpeó en su carita. El cuerpo de Samuel permanecía tirado sobre el piso de la bañera. Entonces ... no hubo más golpes. Samuel quedó con el rostro hacia abajo, lastimado y, sobre todo, confuso; pero sintió que su padre ya no lo seguiría golpeando.

Salim salió muy despacio, dejando a Samuel solo en la bañera. Llámese curación divina o llámese como se quiera, pero Samuel se levantó y, llorando en silencio, salió del baño. Sus pies apenas podían sostenerlo. Su pompi ya casi se rajaba, y se rajó cuando dio los primeros pasos; sus piernas parecían una sandía y su cara daba la impresión de haber empedañosado. Se acercó

hasta su padre, que estaba sentado en el sofá; su madre no estaba allí, pues había abandonado la casa en busca de ayuda de los vecinos para que intervinieran. Como a cinco pasos de distancia de su padre, Samuel levantó los dedos señalando sus ojos.

- Mira, papi, no estoy llorando más. -Samuel se dirigió hacia su padre cojeando-. Papi, mira.

Salim levantó la mirada hacia su hijo con los ojos impregnados de lágrimas. Las líneas que surcaban su frente, parecían un mapa que se hubiera formado por dolores profundos y viejos. Se acercó al niño tratando de tomarlo en brazos pero algo lo impidió. El quedó como paralizado por una eternidad mientras Samuel esperaba el abrazo. Los ojos de los dos se encontraron y en aquel preciso instante, la mirada de Samuel penetró en su padre, expresando su incapacidad de demostrar el mismo entusiasmo de amor. El niño percibía que el lazo de amor entre los dos había empezado a quebrarse como un vidrio.

Finalmente, Salim lo abrazó pero ya era tarde ... Lo besó en la frente; sin embargo, Samuel se sintió congelado por ese frío beso que reflejaba más dudas que amor. El abrazo no era muy fuerte y las manos de Salim parecían sin vida, como un oso que estuviera hibernando. Salim bajó al niño y rápidamente se dirigió a su habitación. El niño permaneció allí, confuso; pero entre todos los murmullos que giraban en su cabeza, sus oídos habían captado el intento secreto de su padre por controlar su llanto.

Claudia apareció luego con algunos vecinos. No se dijo nada más y las cosas retornaron a su ritmo habitual. Se diría que más bien la relación entre Salim y Claudia hubiera mejorado; se besaron en frente de Samuel, después de un largo tiempo de !no me toques! !no me molestes!. Pusieron al niño a dormir en la otra habitación, tratando de recuperar el tiempo perdido por la privación de sexo que habían forzado el uno al otro.

El tiempo de “miel para hoy, cebolla para mañana” duró por algunos años. Unos días, las olas rugientes del enojo subían para sumergirlos, especialmente a Samuel; otros, toda esa furia se convertía en quietud por un argumento tonto que ellos tenían algo bueno en su matrimonio, Samuel. El niño, por su parte, sabía para sus adentros que él no era sino la causa de la miseria de sus padres y hasta cuando él intentaba olvidarse de este hecho, ellos se lo



impedían porque había llegado el “día de la cebolla”.

Los padres de Samuel tenían su propio juego para controlar el hogar y Samuel era el “catching ball” donde practicaban el siguiente round. Pero, ellos lo amaban ... o al menos decían que lo amaban. Lo enviaron a la escuela, lo abrazaban y parecían orgullosos del niño en frente de sus vecinos, llegando incluso a sonreír ante sus bromas ... cuando estaba permitido contarlas.

Samuel vivía con una familia que estaba unida por él y nada más que por él; pero no tenía opción y siempre pensaba si quería ser ese eslabón. Sus padres competían entre ellos no para amarlo, sino para intentar demostrar el uno al otro quién era mejor padre. Su mamá le habló y se quejó; pero él raramente tuvo oportunidad de contestar; solamente estaba allí para escucharla. Su padre, por su parte, aplicó la disciplina como el medio más efectivo para garantizar un mejor futuro. Cuando Samuel se salía del camino, la chancleta y el látigo estaban presentes para que volviera a él.



## CAPITULO V

### NACE EL REPROBO

“La cárcel hace hombres...” Esa frase indica que la madurez es el resultado de las dificultades y la reclusión, pues nadie puede argüir ese proverbio; pero entonces, ¿cuándo un hombre es un hombre? ¿Quién decide qué hace al hombre? ¿En qué edad o bajo qué apariencia uno puede ser llamado hombre? ¿Un cuerpo bien desarrollado, una barba, pelo en pecho o voz gruesa? ¿La capacidad de controlar al destino, adaptarse a las circunstancias o, lógicamente, dominar la toma de decisiones? Si la adolescencia está calculada para que venga inmediatamente después de la pubertad, aunque algunas veces llegue tardía, entonces, ¿cómo debería considerarse a la hombría?

Yo sé que he hecho demasiadas preguntas y he dado giros alrededor de un solo punto; sin embargo, simplemente quería decir que Samuel fue forzado a crecer con acelerada anticipación a su edad ... y muy en secreto.

A los diez años, las hormonas de Samuel dieron señales que iba a ser un hombre velludo; su cuerpo llegaba a su estatura casi completa de 1.76 m; sus músculos no eran muy abultados; pero como su padre lo hacía trabajar en la finca al concluir el horario de la escuela, las labores habían hecho que sus brazos y piernas se volvieran muy firmes y sólidos; y, viviendo en un medio tan disciplinado y desagradable, por una parte se pulió mucho su carácter de hombre ... o pensando en esto; por otra parte, se oscureció.

Samuel, era un mozalbete a quien no estaba permitido llevar amigos a su casa. Para entonces, tampoco él estaba interesado en mostrar a los demás su miseria. El deseo apremiante de su padre porque fuera un doctor, hizo a Samuel un amigo de los libros. La búsqueda incesante de atención por parte de su madre, creó en él una soledad sometida. Los únicos puntos en que estaban de acuerdo sus padres, era en reprocharle a Samuel en todo aspecto: su papá, cuando le daba de latigazos, y su mamá, con el látigo de su lengua. Así fue formado el papel que se esperaba de él: “darse es mucho más bendito que tomarse”.

Al cabo de tantos años de esa disciplina, Samuel aprendió bien a controlar sus lágrimas cuando su padre lo ordenaba y a tener orejas grandes cuando su mamá se quejaba. El creyó que cuanto le decían era por su propio bien, aunque al decirlo, ellos fueran tan fríos. Algunas veces, sintió deseos de abrirse y dar un poco más que una corta y débil señal de afecto; pero con el tiempo, aprendió a no esperar mucho sobre esto.

Abril 14, 1964. Salim recibió una nota del director de la escuela para que se presentara en su despacho. Se sintió muy molesto por esa nota. Era la primera vez que alguien se quejaba de su hijo perfecto, que a esa fecha contaba con casi doce años. Salim entró al despacho y saludó al director, mientras su hijo permaneció en la esquina.

- ¿En qué puedo servirlo? -preguntó Salim cortésmente-.

- Lo mandé llamar para ver cómo podemos ayudar a su hijo -dijo el director, Sr. Córdova-.

- ¿Por qué? ¿Qué pasó? ¿Está faltando a sus clases o se trata de sus notas?

- Francamente, no se trata de eso; su hijo estaba mostrando su órgano a sus compañeros y ...

- ¿Qué? -gritó Salim dirigiendo una furibunda mirada a su hijo, como prometiéndole un castigo-.

- Eso es lo que pasó y es la segunda vez. Nosotros le dimos una reprimenda la primera, considerando que es un estudiante ejemplar; sin embargo, ahora lo he llamado para tratar que continúe siéndolo.

- Por supuesto, le agradezco mucho. Voy a asegurarme que no volverá a hacerlo. El no es sino un niño y nosotros alguna vez también lo fuimos.

Salim acompañó a Samuel a la casa sin que se cruzaran una sola palabra en el trayecto. Aparte de la respiración agitada que presagiaba un castigo, Samuel no tenía que escuchar la lección de: “usted me ha avergozado”. Cuando ingresaron a la casa, Salim dio un manotazo fuerte a Samuel quien bajó la cabeza y así, los dos se pararon ante el sofá. Muy despacio, Salim se sacó el cinturón mientras Samuel muy obedientemente se bajaba los pantalones dejando al descubierto su nalga. El primer latigazo hizo que Samuel moviera sus mejillas de dolor, apretando sus dientes. Entonces, ocurrió lo que Samuel había anticipado: !plash, plash, plash, plash, plash, plash, plash, plash,



plash! Salim levantó su brazo una vez más para dejar caer otro latigazo, cuando Samuel se regresó y sujetó su mano impidiendo que la moviera.

- Ya basta, padre, ya hizo lo suyo -dijo Samuel-.

Salim levantó la otra mano tratando de pegar a Samuel en la cara y esta vez Samuel, también la sujetó.

- Dije que ya basta, padre, -insistió Samuel- usted siempre me da diez latigazos; entonces, ya es suficiente.

Salim forcejeó tratando que su hijo lo soltara y al ver que no pudo, lo escupió en el rostro. La saliva mojó la cara de Samuel, quien sintiéndose insultado y humillado, quedó congelado por breves segundos antes que, revolviendo todas sus entrañas, lanzara un escupitajo a la cara de su padre. Salim trató de abofetearlo pero Samuel lo hizo girar y poniendo su pie en la rodilla de su padre, lo hizo caer de cara. Salim, conmocionado por esta reacción y ya sin fuerza, gritó desesperado y con gran furia. Entonces, Samuel soltó una mano de su padre y agarrándolo por el pelo lo lanzó contra el sofá, gritando:

- Por favor, papi, basta ... no quiero lastimarle -dijo alejándose-

Salim se incorporó rápidamente y lo atacó. Samuel saltó colocándose de lado mientras agarró las manos de su padre y corrió haciendo que la cabeza de Salim golpeará con fuerza contra la pared. Un grito alcanzó a emitir Salim mientras caía al piso y un hilillo de sangre apareció en sus labios, que él limpió muy dolido en su interior.

- Te voy a matar ... tú, pura mierda -prometió Salim atacando a su hijo nuevamente-. Entonces, el puño de Samuel lo recibió lanzándolo otra vez para atrás. Samuel, queriendo terminar con esto, saltó por sobre la espalda de su padre y lo tiró al piso, sujetando un brazo de Salim hacia atrás y el otro bajo su rodilla, inutilizándolo.

- ¡Por Dios le pido, papi, ya basta! -gritó Samuel-.

- No me llames papi-replicó Salim desde el suelo- Ya no soy tu padre. - Por unos segundos se hizo un silencio, antes que Salim prorrumpiera en llanto, diciendo: ¡Maldición! Mi propio hijo, de quien yo siempre pensaba que dependería, aparentemente es una pura mierda y un desgraciado hijo de puta. Que Dios se apiade y me mate en este momento. Odio mi vida y mi propio

hijo me odia.

Una lágrima saltó de los ojos de Samuel al escuchar a su padre. Era la primera vez en años que Salim había mencionado que él era “su propio hijo”. Muchas veces antes, el enojo de Salim sin razón y con un castigo tan severo por el más mínimo error de su hijo, habían hecho que Samuel dudara de si Salim estaba convencido de ser su padre. Asimismo, en ocasiones Samuel escuchó a Salim reclamando sobre este asunto. Y, aunque a veces Samuel hubiera deseado que otro fuera su padre, creció conociendo sólo a Salim como el suyo propio y, a su modo, aprendió a amarlo.

Las palabras de Salim, eran el resultado de la desesperación y aunque crueles, era lo más dulce que había escuchado en años. Samuel estaba orgulloso por primera vez y ni aun las peores y más estrictas órdenes de su padre hubieran evitado que sus lágrimas brotaran.

Samuel se alejó de Salim; caminó hacia el sofá y levantó el cinturón de su padre. Muy despacio se dirigió hacia él ofreciéndole el cinturón, mientras se ponía en posición para recibir más latigazos. Samuel todavía sostenía el cinturón en sus manos cuando Salim se incorporó y lo recibió.

-Perdóneme, padre, nunca más le voy a causar dolor -dijo Samuel bajando su cabeza dando la espalda a su padre-. Salim estaba muy dolido y su conciencia lo acusaba; tembló al mirar a Samuel rendido; giró para quedar enfrente suyo y poniendo la mano en su cara, secó sus lágrimas. Salim apretaba la mejilla de su hijo, levantando los ojos para verla. En ese preciso instante, el monstruo gigante que por muchos años había poseído a Salim, murió; y arrodillándose enfrente de Samuel, lloró. Al ver que su padre estaba roto en pedazos, Samuel también se arrodilló y empezó a jugar con el cabello de Salim, al tiempo que lo besaba en la frente.

- Yo soy un mal hombre y un mal padre -gemía Salim abrazando a su hijo-

- No, papi, lo que pasa es que es así por mi propio bien.

- Tú hablas muy poco pero dices mucho ... Mira, ya eres un hombre -dijo Salim sonriente-.

- Pero también puedo ser un hablador.

- ¿Cómo es posible?

- ¿Qué, padre?

- Después de toda la crueldad que he demostrado durante todo el tiempo que te he maltratado, sin embargo todavía me amas ... o por lo menos espero que me ames.

- Por supuesto que sí, padre; lo que pasa es que usted no me gusta.

- ¡Ah! -exclamó Salim-

- Qué raros somos usted y yo, padre.

- ¿Por qué?

- ¿No es raro que amemos a las personas que no nos gustan? A usted no le gusta como es mi mamá y a mí no me gusta como me trata usted. Y por más que esa persona no nos guste, la amamos y yo sí lo amo, padre, hasta la locura.

- Tus palabras son muy grandes para alguien que tiene doce años.

- ¿Cuántos años tiene usted?

- ¡Uff! Tú no sabes ... Yo tengo treinta y ocho pero me siento como si tuviera noventa.

- Pues, padre, no es por ser rudo; pero para alguien que tiene treinta y ocho años y se siente como de noventa, sus acciones son como de quien fuera un nene.

- La honestidad es una buena arma, hijo, -Salim palmoteó ligeramente en la cara de Samuel, jugando-. Pero lleva contigo esa sabiduría hasta la tumba: Si tu caso está contra el juez, entonces sería mejor que digas algo bueno o mejor no digas nada. Se levantaron los dos y Salim jugó con el cabello de Samuel, sintiéndose orgulloso de él.

- ¿Y dónde está mamá? -preguntó Samuel-

- Está afuera, comprando víveres.

- Ustedes no son felices juntos, ¿verdad?

- No, hijo, ella no es feliz conmigo; nosotros dos estamos juntos por ti.

- No, papá, ustedes están juntos por usted -replicó Samuel fríamente-. Usted no quiso que su familia supiera que fracasó en lo que ellos le advirtieron. Su pelea no es con mi madre, sino de orgullo contra el de ellos.

- ¿Crees que sabes lo que en realidad ocurre? -dijo Salim exasperado-

- ¿Cómo es, entonces, que los dos siguen juntos cuando ambos tienen otras personas?

- ¿Me estás echando la culpa por eso? Ella fue quien empezó.  
- No, padre, usted la forzó para que ella empezara; los he escuchado y sé lo que ha pasado.

- Parece que ya sabes todo, ¿no? -dijo Salim cínicamente-.

- Padre, si doce años de vivir en esta miseria no son suficientes para saber, entonces nunca lo sabré.

- Hijo, no es justo que juzgues así. Tú has escuchado el punto de vista de ella pero tú y yo jamás hemos hablado de esto antes.

- Las marcas sobre mi “pompi” dicen lo contrario -dijo Samuel con dolor-

- Ella es muy joven, irreflexiva y sin consideración.

- Usted no fue lo contrario -replicó Samuel-.

- Ella fue quien me traicionó y rompió mi confianza -gritó Salim-.

- Padre, yo sé de las mujeres con quien usted anda.

- Yo lo he hecho para vengarme de ella.

- Si usted la hubiera querido, no lo hubiera hecho.

- ¡Cállate! -Salim se había puesto muy nervioso e irritado-. Ella sabía bien cómo poner esas ideas en tu cerebro, ¿no?. En realidad, tú eres su hijo.

- Y suyo también -dijo Samuel irguiéndose frente a su padre-.

Salim permaneció callado por unos instantes. Samuel miraba a su padre esperando confirmación; pero Salim respiró y movió la cabeza hacia otro lado. Samuel tomó fuertemente a su padre por los hombros, haciéndolo volverse hacia él y exclamó tristemente:

- Hace un momento usted dijo que yo era su propio hijo ... Lo soy.

- ¡Hey! -reaccionó violentamente golpeándolo en la cara. Es la última vez que tú levantas la voz en mi presencia. ¿Crees que no soy capaz de matarte? Nunca más lo hagas -agregó Salim en tono amenazante-.

- Yo soy su propio hijo, padre, créalo, por favor -dijo Samuel sollozando-

- Por supuesto que eres -contestó Salim ásperamente, tratando de dar por terminada la discusión-.

- Lo soy -dijo Samuel al tiempo que mientras se levantaba y sujetaba la camisa de su padre, exclamó señalando con el dedo-. ¡Y más le vale creerlo!.

- ¿Me estás amenazando, bastardo? -gritó Salim-.

- No soy un bastardo -gritó también Samuel-.



- Te dije que nunca vuelvas a levantar tu voz, bastardo.
- No lo haga ... no me llame bastardo. Esta es la última vez, padre, que le ruego que no me llame así. -Dijo Samuel mostrando fuego en sus ojos.
- Tú, hijo de puta ... bastardo, indio ... te voy a enseñar de una buena vez ... -Salim levantó la mano para golpear a Samuel.

Samuel cerró su puño y con toda la fuerza y el ímpetu de su ira, asestó un golpe en la boca de Salim. El impacto fue tan fuerte que hizo que Salim diera unos pasos atrás y sangrara su nariz. Luego se incorporó, lanzando una profunda mirada de odio a Samuel, quien se quedó inmóvil, esperando que su padre no continuaría atacándolo con más palabras crueles. Sin embargo, Salim escupió en dirección a Samuel y gritó:

- ¿No recuerdas, hijo de puta, que la sangre es más pesada que el agua? ¿Y me golpeas?

Salim corrió rápidamente hasta el dormitorio y Samuel lo siguió como una sombra. Salim abrió una gaveta y sacó una pistola.

- Te voy a matar ... -gritó Salim frenéticamente, apuntando con la pistola a Samuel.

- Ya lo ha hecho, padre -gritó Samuel lanzándose contra Salim.

Al llegar a este punto de la novela, yo, Samuel, deseo interrumpir con una pausa: tres días después, mi padre fue encontrado metido en un barril. Los pocos momentos previos a su muerte y lo que ocurriría después de ésta, no es fácil narrar. No tengo ninguna explicación para ello; pero puedo decir una cosa: los hechos se sucedieron tan a prisa y sin embargo se hicieron una eternidad, como un impulso espontáneo siempre meditado y esperando para explotar. De la oscuridad, un fantasma demoníaco encontró la pistola y haló el gatillo, impactando a mi padre en la espalda. El no murió instantáneamente -hubiera deseado que lo hiciera-. Simplemente se tocó el agujero por donde penetró la bala en su pecho y abriendo la palma de su mano, me mostró su sangre ... ¡Mi sangre! No pronunció ninguna palabra, me miró pasivamente a los ojos, abrió sus labios y cayó sobre mis rodillas, sujetando mi pantalón. Tosió una vez, arrojó saliva sobre mis pies y se fue para siempre ... Mi padre no murió aquel día, sino que yo rendí mi alma.

Para acortar la historia, mi madre apareció después. Todo se arregló de

acuerdo a las órdenes de ella. La acusaron de asesinato; pero los cargos fueron rápidamente desvirtuados. El jefe de la policía era su mejor testigo y coartada.

Las autoridades decidieron echar la culpa a Miguel Crusel, pues él tenía el motivo, la capacidad y la disponibilidad. Sin embargo, Miguel Crusel no está en ningún lugar para encontrarlo.

Abril 18, 1964:

- Deseo hablar con el niño -dijo una señorita joven a Claudia-
- Debe estar en el cementerio. Le acompañaré.
- Prefiero estar a solas con él, por favor.
- El no está muy bien, sería mejor que ...
- No se preocupe, yo me arreglaré -interrumpió la joven-

Las flores tapaban las cruces sobre las tumbas, las lágrimas empapaban la tierra que cubría las fosas; las letras esculpieron una eternidad para aquellos cuerpos mortales y olvidados; los seres vivos transpiraban moviendo la cabeza, sintiendo lástima por sí mismos e imaginando qué se sentiría al estar en el hoyo de vaciedad y asfixia...

- Ayer yo pedí perdón por mi conducta irreflexiva, padre -decía Samuel sollozando sobre la tumba de Salim-. Hoy deseo contarle una historia; una historia que usted nunca me ... me contó cuando me arrullaba para dormir ... se trata de un perro pequeño. usted sabe que es ... un perro ... guau, guau ... exactamente como aquel que teníamos ... usted recuerda a Macho ¿no, padre? le dio ese nombre porque nunca le gustaron las niñas. Ni modo, Macho era un perro y no su hijo; simplemente un perro. Usted lo compró cuando tenía seis meses ... Usted nunca vio a su madre pariéndolo y jamás le golpeó en las nalgas y tampoco se levantaba muy temprano en la mañana para darle leche ... Usted lo quería, padre. ¿Por qué no me quería? ¡Ah! ¡Ah, padre! Usted debió considerarme a mí como Macho ... un perro ... y quererme igual que a él; no me hubiera importado con tal que me hubiera palmoteado en la espalda o me hubiera rascado detrás de las orejas. ¡Ah, padre! ¿Por qué no? Salga de ahí ahorita mismo, por favor, padre y dígame por qué no. Salga por favor ...

Samuel empezó a raspar la tierra gritando frenéticamente.

- Aun para ser un perro se necesita tener suerte -dijo la joven en voz baja, deteniéndose a unos pasos detrás de él y llorando al escuchar lo que Samuel

había exclamado-.

- ¡Ah! - Samuel dio vuelta la cabeza para mirar a quien le hablaba-¡Ah!, es usted.

- Ven para acá -pidió ella, sentándose sobre una tumba-. Ven y siéntate sobre mis rodillas.

- Usted apareció doce años muy tarde.

- Lo sé. Ven -insistió ella, señalando una piedra-.

- El era un hombre muy duro, cruel y sin consideración - dijo Samuel caminando hacia ella-. Pero yo lo amaba tía, le juro por Dios que lo amaba.

- El lo sabe, yo lo sé, Samuel. Ven para acá y abrázame -pidió ella abriendo los brazos y envolviendo su enjuto cuerpo.

- Usted es una dama especial, -dijo Samuel limpiando las lágrimas de su rostro, mirándola directamente a los ojos-. Así me dijo él y ahora se por qué.

- Eres maravilloso, Samuel. Nadie me ha dicho pero puedo sentirlo ... Prométeme algo.

- ¿Qué?, tía

- Que nunca me vas a odiar ... que siempre seré tu tía, tu favorita.

- Lo prometo.

- Ten dijo extendiendo una moneda-. Esto es una prueba de nuestro trato.

- Yo no tengo nada para darle, lo siento.

- Pero por supuesto que no tienes -replicó ella abrazándolo-.

La historia de Samuel con su tía más tarde tomará otra dirección ... Sólo he presentado esta parte, para aclarar los sentimientos de hijo, luego de haber dado muerte a su padre.

Dos años después, Claudia vendió la finca y el 12 de junio de 1966, regresaba con Samuel a Honduras.





## CAPITULO VI

### RAICES ... RABANO MALOLIENTE

Un pájaro cucú, buscaba un lugar en la montaña para construir su nido. El cedro era muy alto y el limonar era muy bajo. El bambú estaba muy cerca del agua y el cactus estaba demasiado lejos de los otros cucús. El pájaro estaba confuso e indeciso y llamó a su pareja para decidir:

- Muy pronto voy a poner los huevos pero no encuentro un nido para ellos -dijo la hembra-.

- ¿Para qué preocuparse tanto? -contestó el macho-. Los críos van a crecer y van a dejarnos. ¿No sería preferible dejar los huevos sobre unas rocas?

- Es cierto; -ella consintió- pero deja por lo menos asegurar su supervivencia. Vamos a hacer un nido.

- Ay, no, mucho relajo -arguyó el macho-. Los cucús jamás hacemos nidos; nosotros ponemos los huevos en nido ajeno y dejamos a otros la pesadilla de cuidar de las crías. ¿Para qué preocuparse si simplemente nuestros críos nos producirán dolor de cabeza?

- Cierto, muy cierto -asintió la pájara-. Cuando crezcan, bien podremos decirles que nos perdimos ... Ellos siempre van a regresar para obedecernos. Recuerda que nosotros somos cucús.

La hembra puso un huevo en el nido de un cuervo. El crío del cucú nació y creció mucho más que los cuervos. "El cucú estaba siendo criado por un cuervo ... y aprendió a oler la sangre".

Transcurrieron algunos meses y los padres cucús volvieron a la montaña sólo para encontrar que su hijo se había vuelto un cuervo, hasta sus plumas se habían tornado negras.

- ¡Hey!, hijo, -llamó orgullosamente el cucú padre- ¿qué pasó con tus plumas de cucú? No, no, no. Tienes que regresar con nosotros y ser un cucú orgulloso otra vez.

- Me tiraste en un nido de cuervos. Es cierto que un cuervo es de mal agüero, aborrecido y negro; pero, yo nací como cuervo y un cuervo voy a ser

siempre ...

La familia de Salim recibió la noticia que Claudia y Samuel regresaron a San Pedro Sula. Ellos querían llenar el vacío que su hijo había dejado en el seno familiar y Samuel era el llamado a tapar ese hueco. La madre de Salim mandó por Claudia a fin de convencer a Samuel de integrarse a la familia. Claudia, por su parte, quiso saber la opinión de Samuel ...

- Doña Nawal tu abuela, desea hablar contigo -dijo Claudia a su hijo-.
- ¿Debo ir, mamá? -preguntó Samuel tratando de evadir la decisión-.
- Ellos pueden hacer mucho más por tu porvenir que lo que yo pueda hacer.

Además, ya es tiempo que algo bueno venga de ellos.

- Si usted los odia tanto, ¿cómo espera que un día esté yo junto a ellos?
- Por tu propio bien y el mío, será muy beneficioso que tus relaciones con ellos sean buenas.

- No prometo nada más, sino estar a su lado. Si ellos desean hablar conmigo, deben venir acá y hablar frente a usted. Yo haré lo que usted considere apropiado.

El padre de Salim, su madre y hermanos, de acuerdo con la tradición árabe, llamaron a algunos miembros élite de la comunidad turca. Los miembros de esta élite servirían para arbitrar y atestiguar el proceso del retorno de Samuel a su familia. El grupo se reunió en el departamento de Claudia, en el barrio Medina.

- Nosotros nos hemos reunido con todos ustedes honorables, para dejar atrás el pasado y dar la bienvenida a nuestro hijo al seno familiar -dijo don Hanna, cabeza de la élite-.

- Agradezco su gesto; -dijo Claudia- pero todo depende de Samuel.

- Por supuesto. -añadió don Hanna- Nosotros estamos seguros que él nunca va a torcer nuestros esfuerzos. Además, somos su sangre y “la sangre es más espesa que el agua”, usted sabe ... Hecho, pues, ven para acá para que abras a tu abuelo -agregó don Hanna orgullosamente, dirigiéndose a Samuel-.

- Con todo respeto, señor, todavía debo negarme -replicó Samuel-.

- ¿Qué son esas tonterías? -dijo don Hanna en tono molesto-. Yo creí que todo estaba arreglado; ¿para qué estamos aquí, entonces?

- Estaba arreglado que yo hablaría con ustedes -contestó Samuel-. Yo no sé qué esperan de mí; pero nada se ha dicho.

- El asunto es muy claro. Sin embargo, no voy a enojarme, porque tú no conoces nuestras costumbres. El asunto es así: tu abuelo desea que regreses a tu familia y nosotros estamos acá para hacerlo de la manera adecuada y para rogarte que lo hagas.

- ¿Y qué pasará con mi madre? -preguntó Samuel-.

- Ella va a ser respetada y tendrá su lugar de honor en la familia.

- No es por ser atrevido, señor, pero ¿por qué ahora? -Samuel empezó a argüir-.

- Hijo ... -intervino el padre de Salim- Una vez cometimos un error y queremos corregirlo. Yo perdí un hijo y deseo tener a mi nieto de regreso. ¿Para qué ser cruel y perder a los dos? Nosotros vamos a recompensarte ...

- ¿Recompensarme? -inquirió Samuel pensando en su padre- ¿Cómo, pues?

- Cualquier cosa que desees ... Dílo y es tuyo -dijo el abuelo de Samuel con esperanza y orgullo al mismo tiempo-.

- “Lo” quiero de regreso -dijo Samuel prorrumpiendo en llanto-.

- ¿A quién quieres de regreso? -preguntó Don Hanna-.

- Exactamente ... era un “quien”.

- Hijo, deja el pasado -su abuelo empezaba a inquietarse- ¿Para qué quieres hacerme ir a la tumba con agonía? El ya se fue.

- Nada personal contra usted, señor; pero me quedo con el deseo y el destino de mi padre. El vivió solo y murió solo. Nadie de ustedes, familia, vino siquiera a su funeral ...

- Dios es mi testigo, Samuel -gritó su abuelo-; si no fueras mi nieto, te mataría por lo que dijiste. ¿Cómo te atreves?

- Me perdona por ser atrevido; pero no puedo dejar esto así no más. El sufrió mucho por su crueldad; si él le perdona, yo le perdono.

- Estás despedazando mi corazón. Eres exactamente como él, cruel y sin consideración. Yo morí el día que se alejó de mí. -El abuelo se había puesto muy triste-.

Por un momento se hizo un gran silencio y sólo los sollozos del padre de

Salim, eran perceptibles. Entonces Samuel se puso de pie y muy despacio se acercó hacia su abuelo, quien con ojos de súplica y esperanza, anticipaba la disculpa de Samuel.

El nieto se paró en frente del abuelo lanzando una mirada y, bajando su cabeza, puso un beso en el hombro del anciano, abrazándolo.

- Gracias, hijo ... yo sabía que tú tienes corazón para perdonarme -exclamó el abuelo-. Samuel dejó de abrazar a su abuelo y se paró frente a él, adoptando una actitud fría. De pronto, levantó su mano y sacando toda su ira interior, lanzó un golpe a la cara de su abuelo, gritando:

- Ay, hijo de la mala vida, ¿cómo tuviste corazón para dejarlo ir? ¿Cómo tuviste valor para lanzarlo a la miseria? Todos los asistentes se pusieron de pie frenéticos, mientras el abuelo permanecía en estado de shock.

- Te voy a matar ... tú, hijo de puta -amenazó Nabil, tío de Samuel-.

- ¡Mátame! ... Ven y mátame -gritó Samuel rasgando su camisa-Mátame como lo hicieron con él.

- ¿Por qué? ¿Por qué, hijo? -dijo en tono lastimero el abuelo-. Yo te ofrecí mi corazón.

- Abuelo, mis besos te ofrecieron el mío también; pero mi golpe quiso ser el corazón de él. Mi padre me enseñó, cuando era pequeño, a amarlos, aunque no conocía a ninguno de ustedes. Yo lo hice, y todavía lo hago, exactamente como él. El le amaba y hasta le adoraba .... sin embargo, no pudo estar con usted. Ustedes son mi sangre y todos los que están acá son mi familia; pero de lejos. Yo voy a tomar el destino de él. Recuerden que por sobre todo, él es mi familia.

- ¿Qué es lo que estás diciendo, hijo? Sé razonable.

- Lo siento, abuelo, pero yo no voy a ...

- Eres exactamente como él, obstinado; eres verdaderamente el hijo de Salim -sonrió el abuelo-. Los dos hacen las cosas de un modo doloroso ... Eso te va a costar mucho, ¿sabes?.

- No voy a tomar esto como una amenaza, abuelo -replicó Samuel-.

- No lo es, hijo, no lo es ... Es el destino, un destino garantizado.

Los élites abandonaron el departamento decepcionados y sintiéndose insultados por la reacción de Samuel. Sin embargo, Claudia no estaba muy



segura de cómo sentirse, pues Samuel había expresado todo el dolor que los dos llevaban en sus corazones, aunque ella, en el fondo, esperaba que su hijo no lo hubiera hecho de esta manera.

- Ellos tenían razón, ¿sabes? -dijo Claudia a Samuel-. Lo que hiciste no fue de sabios.

- Lo sé, madre, pero tenía que hacerlo por él.

- Tu padre hubiera querido que estés cerca de ellos.

- Es cierto, lo sé; pero también él hubiera esperado que yo dijera lo que él no pudo decir por tantos años.

- Con lo que hiciste ya te has causado mucho daño ... De aquí en adelante, somos tú y yo y nadie más. No va a ser tan bueno.

- No, madre, de aquí en adelante somos usted, primero y yo, segundo. Siempre estaré a su lado.

- Mi camino es muy espinoso.

- Lo que usted soporta, lo soportaré también.



## CAPITULO VII

### AMOR EN VENTA

A principios de los mil novecientos, una familia árabe llegó a San Pedro Sula, Honduras, trayendo pasaporte turco, pues la mayoría de los países árabes, en esa época, estaba bajo el dominio de Turquía otomana. La familia logró hacerse de gran riqueza, aunque también trajo consigo una verdadera invasión de miles de familias árabes. Esas familias encontraron a Honduras como un país con muchos recursos, pero con gente de poca ambición para competir con ellos. Pronto la minoría árabe se constituyó en la fuerza económica dominante, lo que provocó reacción adversa, aunque no drástica, de los hondureños. Ahí nació el calificativo de “turco”, que en ocasiones era dicho como un insulto y no como un título.

Samuel nació de una familia mixta, donde los hondureños lo llamaron “turco” y los turcos lo llamaron “indio”, especialmente luego de los acontecimientos ocurridos con su familia turca. El racismo puede pasarse por alto cuando uno sabe a qué lado pertenece; pero, cuando los dos lados lo consideran como un “réprobo”, uno será un réprobo ...

Claudia Bustillo, madre de Samuel, tenía sólo veintinueve años cuando regresó a Honduras. Samuel nació cuando ella apenas tenía catorce años. Era muy hermosa, con una figura esbelta y bien proporcionada y un rostro muy bonito que respaldaba su belleza. Sus ojos reflejaban seguridad en esa belleza y su forma de vestir destacaba la parte más provocativa de su cuerpo.

Samuel aprendió a aceptar que los hombres zumbaran como abejas alrededor de su madre. A ella le gustaba esa atención, y el sexo como consecuencia, luego de mucho tiempo de haber estado abandonada de su marido. Escogía con mucho cuidado a sus hombres. Uno podía tildar a Claudia de muchas cosas; pero tonta, jamás lo fue. Tenía un gran cerebro y lo usaba para su conveniencia. Estaba consciente que su cuerpo era el valor máspreciado y utilizaba este valor al máximo.

Con el dinero que obtuvo de vender la finca, abrió una boutique en el barrio

Medina, el más viejo mercado en San Pedro Sula. La mayoría de sus clientes eran hombres, aunque la boutique tenía exclusivamente ropa de mujer. El verdadero negocio ocurría en el vestidor, ubicado en la parte posterior, donde los “tallas” eran bien “medidas”. Samuel no tenía voz para reclamar: la había perdido cuando prometió estar al lado de su madre pasara lo que pasara. Su única opción era adaptarse y “disfrutarlo”, según lo había ordenado su madre.

La noticia corrió y el negocio se volvió muy rentable. Claudia tenía sus manos llenas con el número de hombres que decían amar a sus mujeres y querían comprarles uno o dos vestidos. Entonces, ella contrató a dos muchachas para que la ayudaran. Las entrenó en el arte de medir las tallas para hacer feliz al cliente. Maritza, una de ellas, tenía la responsabilidad de dar placer a los clientes con bolsillos angostos, que habían venido para un “short”, mientras que Teresa, hizo su fortuna con aquellos que tenían algo más de dinero. Claudia, entre tanto tenía los élités, aquellos con dinero y poder. De éstos, el más generoso, era el general Armán.

El general Armando Miguel Barrientos acudía a la boutique una vez a la semana, al principio. Con el tiempo, su relación con Claudia se volvió más fuerte y, cuando el negocio prosperó, se hizo su socio silencioso en el burdel llamado “La luna”.

Dicen que la prostitución es la profesión más vieja de la historia; pero también lo es la del chulo. Samuel hacía como verdadero maestro su papel de chulo para su madre y las chicas que trabajaban en el burdel. Para él, era un modo de vida, el único que sabía hacer en aquel tiempo. No era dignificante pero tampoco era denigrante. Samuel jamás tuvo la apariencia física de un luchador; pero muchos clientes probaron su furia. Su sola presencia hipnotizaba a la gente y la mayoría de ellos, pensaba dos veces antes de levantar su mano contra él. Siempre estaba silencioso; pero cuando llegaba el caso, nadie tenía el valor de ponerlo contra la pared. El general Barrientos estaba muy impresionado por la manera como Samuel manejaba sus asuntos y pidió a su madre que lo dejara trabajar para él. El general siempre tuvo lo que quiso. Samuel fue a trabajar también en un restaurante que pertenecía al general y a otra persona llamada Juan José Carranza.

Asistía a la escuela en la mañana. Aunque ser el centro de las habladurías



no lo molestaba mucho, siempre era un solitario. A pesar que sólo tenía quince años, se sentía mucho más viejo que sus compañeros, a quienes nada les interesaba más que impresionar a alguna chica. Ellos se ufanaban en frente de él de besar a las chicas o de tener otras; pero lo único de lo que él podía ufanarse, era de su padre ... cuando le dieron la oportunidad de hablar. Esto no quería decir que no le interesaran las chicas, pues sus ojos se habían fijado en Xiomara. Ella siempre pasaba por en frente de él, con una gran sonrisa que hacía que su corazón se derritiera. No tenía coraje para abordarla; pensaba que ella jamás consideraría siquiera el dirigirle la palabra.

Transcurrió un mes y Samuel no pudo soportar la escuela, el restaurante y el burdel, al mismo tiempo. Según órdenes del general y de su madre, él debía sacrificar la escuela. Obedeció esa disposición, aunque lo que lamentaba era no volver a ver la sonrisa de Xiomara y soñar con ella.

La noche de Navidad de 1967, el general entró al restaurante para hablar con Samuel.

- Tú vas a estar en la Escuela Americana esta noche. Allí habrá una fiesta y mi hija Lizzy va a asistir. Quiero que la cuides bien; no te conoce; tienes que observarla de lejos pero no te atrevas a hablarle.

- Sí, señor -contestó Samuel, tratando de retirarse-.

- Espérate, turco. ¿Sabes cómo es ella?

- No, señor, pero no se preocupe; no será tan difícil.

- Bueno, háglo y si algo malo le pasara o alguien la molestara, va tu cabeza.

- Sí, señor. Samuel obedeció y se dirigió en su bicicleta a la Escuela Americana.

“Un aspecto de ser la hija del general, era que la mayoría de los hombres temían acercársele. La reputación del general hacía que ellos evitaran hasta el intentar hablarle. Su ira es mucho más rápida que sus galanterías”. Así pensaba Samuel mientras se dirigía a la fiesta. Sin embargo, hablando de Lizzy, prevenir a los hombres para que no la molestaran, no era el problema, sino detener la mano de ella para que no los tocara. No le llevó mucho tiempo a Samuel saber quién era ella, pues los hombres se jactaban, entre ellos, de cómo y cuándo la tendrían por poste.

Lizzy tenía diecisiete años; era salvaje en su corazón y siempre juguetona.

Responsabilidad, era una palabra vacía que no tenía ningún significado para ella. Una vida sin preocupación, la ropa cara y los hombres, eran su pasatiempo favorito. En estado normal, uno se sentía cautivado por su belleza, su meloso tono de voz, su sonriente naturaleza, que hacían que el rostro más enojado esbozara también una sonrisa; y su garbo al caminar como una modelo, la asemejaban a una princesa. Medía más de 1.80 metros; tenía un cuerpo bien formado. Sus ojos eran tan verdes como la grama de primavera en abril. Su cabello negro oscuro le llegaba hasta casi la cintura y sus pómulos resaltaban como dos manzanas pequeñas, con ligeras pecas bajo los ojos. El color de su piel no era blanco -según su madre, que era irlandesa-americana-; tampoco era café -según su padre, español-indio-. Tratar de definir qué color de piel tenía, era lo que menos preocupaba a los hombres, sino la forma cómo tener a esa morena clara. Su presencia en cualquier lugar, hacía que los hombres se volvieran como perros rabiosos esperando morder un pedazo de carne.

Cuando Samuel la vio, de inmediato supo que él no encajaba en su mundo y rápidamente hizo que su mente dejara de soñar. Además, él tenía una misión: asegurarse que nadie la molestara; pero entonces, enfrentaba un predicamento: ¿cómo sabría cuando ella se sentía molesta, si ella era quien iniciaba el contacto con los hombres? ¿Cómo sabría que las cosas estaban fuera de control, si ella persistía en volverlos locos con sus caricias? ¿Debía o no intervenir? ¿Cómo lograría cumplir con las órdenes del general? Todas estas preguntas bullían en su cabeza, mientras permanecía sentado en una esquina de la sala.

Samuel tomaba su jugo de naranja mientras observaba a la gente que pasaba por su lado, haciéndole saber que él no pertenecía a ese mundo. Sus miradas, murmullos y hasta sus burlas, eran suficientes para asegurar su idea que él era un intruso. Deseaba abandonar el lugar pero no podía ignorar las órdenes del general. Continuó tomando uno tras otro los jugos, esperando que la noche terminara. Pero, como dicen, el viento sopla donde los barcos no quieren. La música se tornó más excitante; avanzaba la noche y el jugo de naranja produjo aire en su estómago. Los gritos, saludos y el ritmo del mambo, hicieron que el ambiente se calentara aún más. Por su parte, Lizzy

estaba disfrutando de ser el centro de las miradas de deseo. Los ojos de Samuel no la abandonaban en cualquier lado que ella caminara, bailara o hablara.

Era como la una de la mañana, cuando, de pronto, Samuel perdió de vista a Lizzy al ir por otro jugo de naranja. La buscó por todo lado pero ella no aparecía. Entonces, se paró sobre una mesa para observar mejor la sala de baile.

- Parece que se fue -se dijo- y se dejó caer fuertemente sobre la silla, soplando nerviosamente, preocupado por lo que le diría al general. Empezó a verter el jugo de un vaso a otro, sin prestar atención al ambiente. De pronto, una mano sujetó la suya, haciendo que él brincara hacia atrás.

- Tú estabas observándome -dijo Lizzy en tono de queja-.

- Lo estaba -respondió Samuel calmadamente-.

- Tú trabajas para mi padre. ¿no?. Yo sé todo de ti.

- Es verdad.

- El te mandó para que me espieras ¿No es cierto? -dijo ella enojada-.

- No, -replicó Samuel lanzando una mirada- solamente para asegurarme que irá a la casa sana y salva.

- Y para espíarme, pues -insistió-.

- Solamente para asegurarme que irá sana, esa fue mi orden -Samuel insistió-.

- ¿Eres el hijo de aquella prostituta? Si yo tuviera control sobre este mundo, colgaría a ese tipo de gente en media plaza, para enseñar las consecuencias de robarse los maridos.

- Cuando el pobre come la culebra, es por hambre; pero cuando lo hace el rico, es delicadeza.

- ¿Qué quieres decir con eso? -preguntó nerviosamente-.

- Yo no sé -dijo sonriente- Tal vez un día lo entenderá.

Ella intentaba replicar a Samuel cuando sintió que alguien la tocaba en el hombro. Se volvió a mirar y ahí estaba Xiomara. Samuel quedó petrificado en su silla; había estado tan ocupado toda la noche observando a Lizzy, que no había notado la presencia de Xiomara.

- ¡Vámonos! -dijo Xiomara a Lizzy-.

- ¿Es él de quien me hablabas? -preguntó Lizzy en tono despectivo-. No es más que un turco rudo y feo.

- ¡Vámonos ahora! -insistió Xiomara halando de la mano a Lizzy-.

Las dos muchachas dieron algunos pasos y al parecer Lizzy preguntaba a Xiomara sobre las últimas palabras de Samuel. Lizzy entonces se volvió enojada y trató de abofetear a Samuel; él paró el golpe sujetando su mano y ella furiosa le escupió al rostro. Se produjo un silencio por algunos segundos, al tiempo que él la miraba fijamente a los ojos. Lizzy entonces trató de golpearlo con la otra mano, cuando él la hizo girar y la empujó suavemente hacia atrás, diciéndole:

- Lamento haber sido grosero.

- Vas a lamentar más cuando le diga a mi papá -contestó ella amenazante-

- ¿Qué pasó? -intervino un hombre joven-. ¿Te ha molestado, Lizzy?

- Me llamó puta -dijo ella empezando a llorar-.

- No, no fue así -interrumpió Xiomara-.

- ¿Que te llamó qué? -preguntó el joven aquel, mostrando sus músculos y atacó a Samuel con la intención de golpearlo-.

Por su parte, Samuel lo tomó del brazo y lo dobló sobre la espalda, haciéndolo poner la cabeza hacia atrás y apretando con sus dedos en la manzana de Adán.

- ¡Basta! Yo no la he llamado nada -dijo Samuel en tono calmado y lento, soltando al hombre-.

- Tú, hijo ... -el hombre quiso ir por otro round; pero Samuel hizo lo mismo que un instante atrás, apretando esta vez con más fuerza su cuello-.

- Dije que basta, no quiero lastimarte -dijo Samuel-.

Otro joven quiso intervenir cuando ya se había formado un grupo de muchachos que observaba la escena; en ese instante, Didier, el hijo de Juan José lo detuvo diciendo:

- No molestes, yo he visto al hombre pelear antes.

- ¡Suéltalo! bastardo -gritó el otro joven-.

Los ojos de Samuel empezaron a lanzar destellos de ira al escuchar la palabra bastardo; sin embargo, respiró profundamente tratando de calmarse,:

- Bueno, no quiero problemas -dijo soltándolo y dirigiéndose hacia la



puerta-.

Por otra parte, Lizzy no estaba nada conforme con el resultado y lo siguió.

- Regresa acá -gritó ella-.

- Otra vez, lamento haber sido grosero -Samuel replicó-.

- Eso no es suficiente, con eso no vas a recompensarme por la humillación que me has causado adentro.

- Yo no la causé; pero si le hace feliz, tenga mi cara, puede golpearla, escupirla o hacer lo que su corazón quiera -dijo Samuel cerrando los ojos y acercando su rostro hacia ella-.

Sin pensar dos veces, Lizzy golpeó una vez con la izquierda y otra con la derecha. Los golpes dolieron a Samuel; abrió los ojos, sonrió y dijo:

- Ojalá que esto la haga sentirse mejor -Samuel palmoteó ligeramente la mano de Lizzy y se retiró montado en su bicicleta-.

Lizzy quedó sorprendida de la conducta de Samuel, mientras lo veía alejarse algunos metros.

- ¡Espera! ¡Ven acá! -gritó Lizzy-.

- ¿Ahora qué? -paró Samuel, mirando hacia atrás-.

- ¿No fue que mi padre te ordenó cuidarme? -replicó ella en tono suplicante-.

- Sí, lo hizo.

- Bueno, entonces ven a cuidarme.

- Usted no me necesita, puede cuidarse por sí sola.

- Por lo menos espérame hasta que termine la fiesta y entonces me acompañas a la casa.

- ¿Con la bicicleta?

- Por supuesto, ¿por qué no?

Samuel regresó y permaneció esperando por Lizzy en el jardín de la escuela, mientras ella regresó a su fiesta. Transcurrió alrededor de una hora y la gente empezaba a abandonar el lugar. Samuel alistó su bicicleta, esperando a Lizzy. Unos minutos más tarde, aparecieron Lizzy, Xiomara y tres hombres; se dirigieron hacia un carro. Lizzy dirigió una mirada a Samuel, sonrió y dijo a sus compañeros:

- El tonto piensa que me llevará a su casa con él esta noche. Todos

sonrieron, excepto Xiomara, y se fueron.

Samuel montó en su bicicleta y despacio se dirigió a su casa. Minutos después pasó por el restaurante donde Lizzy y su grupo se sentaron a comer algún bocado. Al verlo, ella gritó sonriendo:

- Oye, turco, Xiomara quiere un jalón a su casa. Xiomara lanzó una mirada enojada a Lizzy y trató de ponerla en su lugar, cuando Lizzy la sujetó de la mano haciéndola sentarse. Samuel siguió su camino.

Sin ninguna razón aparente, Lizzy jamás comentó lo ocurrido a su padre. La vida regresó a su normalidad y Samuel atendía a sus dos trabajos con regularidad. La confianza del general hacia Samuel iba creciendo con el tiempo ...

## CAPITULO VIII

### UN HOMBRE LOBO EN SAN PEDRO SULA

El hombre lobo ... La única expresión para la inexplicable transformación del aspecto humano, de gentil a una bestia salvaje ... Otro sinónimo ... el turco “pequeño” de Arriaga.

Debo ser franco cuando digo que lo que voy a narrar en este capítulo, probablemente no parezca imaginativo. muchas cosas en la vida ocurren sin una razón específica y, puede ser que no haya explicación lógica para ellas. Uno las puede percibir en la mente y en los sentimientos; pero muchas veces, no puede traducirlas a palabras.

Tal vez no parezca creativo, el depender de recuerdos abstractos; pero no arriesgaré la esencia misma de la novela, simplemente para opinar sobre mi creatividad. No sería justo crear un escenario tipo “James Bond”, solamente para captar más atención y entusiasmo de quienes lean la obra. Entonces, pido su benevolencia sobre lo que pudiera parecer frío, preciso y carente de imaginación.

Abril 12, 1968, 16h00: El general mandó a Samuel para que se presentara en el restaurante aunque a esa hora era su turno en el burdel. El general había planeado organizar una fiesta para entretener a sus amigos militares y Samuel estaría ahí para ayudarlo.

16h30: Samuel se reportó en el restaurante ante don Héctor Villanueva, el administrador, quien parecía algo inquieto al momento. Las órdenes de don Héctor reflejaban descontento por la fiesta.

- Su cara demuestra enojo, don Héctor -observó Samuel- ¿Por qué?
- Odio a uno de los acompañantes del general -admitió Héctor-.
- ¿Quién viene? -inquirió Samuel curiosamente-.
- Un par de tipos ... pero a quien no puedo tolerar, es al hijo de puta de César Antonio.

- Don César es la mano derecha del general -replicó Samuel-. El siempre está donde está el general. Sería mejor que usted no se quejara tanto, don

Héctor.

- Lo sé y eso es lo que me arde. Tengo ganas de ponerle una mano encima, te juro por Dios que lo colgaría en la pared.

- ¿Cómo es que lo odia tanto?

- No odio al hombre ... detesto al bastardo por lo que hizo. El embarazó a mi sobrina y no quiere reconocer al bebé y lo peor es que ya lo hizo antes con la hija de mi vecino ...

- De la manera como veo las cosas, eso no es culpa de él solamente, don Héctor.

- Un hombre tan rico como él, con tanto dinero, ¿quién puede resistirse? Y ahora que es la mano derecha del general, va a volverse más abusivo y probablemente terminará con la hija del general antes de dañar a muchas más.

- Yo no creo que tenga que preocuparse porque se meta con la señorita Lizzy. Si el general solamente dudara..., su cabeza iría a la tumba antes que se diera cuenta.

- Ay, qué tonto. Piensas hasta cuándo va a vivir el general? Si él vive esta noche, no vivirá mañana.

- ¿Y usted qué sabe?, don Héctor.

- No es asunto en el que debemos intervenir; pero últimamente he notado mucho movimiento. Pase lo que pase, eso es mucho más grande que yo y tú. Por mi parte, yo no tomaré ningún partido. Mi jefe es quien paga mis gastos.

- ¿Qué es lo que usted sabe, don Héctor? -insistió Samuel-

- Escucha, hijo, cuando la comadreja da la mano a la culebra, el ratón está condenado a muerte.

- ¿Qué quiere decir con eso?

- ¿Desde cuándo César Antonio le gusta al general? -cuestionó Héctor cínicamente- ¿No es después que peleó con el coronel Hernández? ¿Cómo es posible, entonces, que el coronel lo deje vivo todavía?

- ¿Qué es lo que está diciendo, don Héctor?

- Lo que estoy diciendo es que nosotros debemos estar quietos y observar.

17h45: Juan José Carranza llegó al restaurante para supervisar los últimos toques de la fiesta. Sus órdenes eran que don Héctor y Samuel debían acompañar a cada invitado hasta su silla correspondiente. Juan José,



entonces, entró a la oficina para llamar a sus invitados. La curiosidad de Samuel le hizo poner atención a la conversación.

- Ya todo está listo -habló Juan José- Esto depende de ustedes de aquí en adelante. Asegúrense que yo no salga a la luz. Ya he hecho mi parte ...

17h55: Juan José abandonó el restaurante en su jeep; pero Samuel notó que a unos 200 metros se detuvo y entró en una cantina y salió después de unos momentos.

18h20: Dos vehículos militares pararon frente al restaurante, supuestamente, para asegurar la protección de los invitados. Observando que todo estaba en orden, dos soldados se ubicaron sobre el techo, mientras los demás abandonaron el lugar.

18h50: Don Héctor ordenó a Samuel que ofreciera a los soldados café y pan dulce; aceptaron y Samuel se dirigió hasta ellos. Pudo notar que uno de los soldados guardaba las cartucheras y que estaban vacías ...

19h30: Samuel regresó al techo para recoger las tazas. La caja de las balas todavía estaba vacía.

19h55: Juan José Carranza, César Antonio Burdett y cuatro soldados llegaron para recibir a los invitados. Los soldados se colocaron en el jardín frente al restaurante.

20h30: El general Armando Barrientos llegó en un jeep militar, acompañado de cuatro soldados. Entró al restaurante con un solo soldado, mientras los demás se unían a los cuatro anteriores.

20h35: El coronel Manuel Carranza, tío de Juan José, llegó con dos soldados, entró solo al restaurante y se sentó enfrente del general. Los dos soldados se unieron a los demás, afuera.

20h40: El teniente capitán Federico Matute arribó al restaurante; se ubicó junto al general.

20h45: Edgar Martínez, un hombre de negocios paraguayo, llegó al restaurante y se colocó junto al coronel Carranza.

21h00: La fiesta empezó, la cena estaba servida con los ¡salud! de todos. Luego de la cena se le ordenó a Samuel ofrecer cerveza a los invitados.

22h45: Samuel recogió las botellas vacías después de la segunda ronda y salió del restaurante para guardarlas en la bodega. Notó que solamente cuatro

soldados permanecían en el jardín y dos seguían sobre el techo. Regresó a la cocina y encontró a don Héctor, que respiraba agitadamente.

- ¿Qué pasó, don Héctor? -preguntó Samuel-

- Va a ser una larga noche, puedo sentir ... Simplemente no me agrada. Algo malo va a ocurrir.

- A mí tampoco me gusta, pero si el general está preparando algo, va a ser por su bien ... -dijo Samuel burlonamente, tratando de provocar una explicación mayor de don Héctor-

- Ay, no me gusta -insistió don Héctor nuevamente- Cómo quisiera que el general llevara con él a César antes que se vaya.... Odio a ese bastardo.

- ¿Por qué dice eso? Yo creo que el general puede cuidarse a sí mismo.

- Es cierto, cuando está sobrio. Pero el general está bebiendo allá afuera. Como veo las cosas, probablemente va a ser finado mañana, puedo sentirlo ... Al general Armando nunca se lo ha conocido como inteligente y ellos bien saben eso.

- ¿Y por qué no se lo dice? Seguramente él le recompensará por esto.

- ¿Estás loco? Es una verdadera selva afuera. ¿Piensas que soy estúpido? Yo tengo una familia que cuidar. Me van a matar. Además, él es solamente un hombre, si él tiene que ir, ¿quién soy yo para evitarlo?

- Si lo hiciera, yo le prometo la cabeza de César -bromeó Samuel-

- ¡Ja! -Héctor sonrió- ¡Cómo me gustaría! Pero de todos modos, hijo, nunca prometas algo que no tienes. Además, quién sabe, podría ser que mañana tengas que bajar la cabeza ante él. Sería bueno que aprendieras a agradarlo.

- Veremos, don Héctor, veremos -dijo Samuel sacando un plato de mondongo. A continuación abrió su cierre y se orinó en la sopa-

- ¿Qué es lo que estás haciendo, turco estúpido? -dijo don Héctor riendo a carcajadas-

- Nada, absolutamente nada -contestó Samuel llevando el plato hasta la mesa donde estaban los invitados-

Al verlo, Héctor se puso nervioso y siguió a Samuel gritando y ordenándole que regresara con el plato; sin embargo, él hizo caso omiso y continuó hacia la mesa; esta escena llamó la atención de los invitados.

- ¿Por qué todo ese alboroto? -gritó el general- ¿Por qué discuten los dos?
- Me disculpa, señor -contestó Samuel- pero he preparado una sopa especial para don César y don Héctor no quería que la trajera.
- Yo no pedí una sopa -dijo César poniéndose de pie-. Maldito turco, llévatela de regreso.
- Pero le va a gustar. Tenga, pruébelo -dijo Samuel colocando el plato en frente de César-.
- Te dije que no me gusta la sopa -replicó César, que comenzaba a enojarse-. Llévatela de regreso antes que te macanee en la cara.
- No le haga caso, don César -dijo Héctor. No sé qué pasa con este chico.
- Héctor empezó a disculparse-.
- Pero le va a gustar -insistió Samuel llevando el plato hasta cerca de la cara de César-.
- Te juro por Dios, turco, si me enseñas tu cara otra vez, te mataré -gritó el general-. Maldición, qué diablos está ocurriendo en el mundo cuando una mierda nos está diciendo qué debemos y qué no debemos comer ... Vete antes que te mate ...
- Disculpe, señor, yo solamente obedecía órdenes -dijo Samuel bajando la cabeza-. Yo pensaba que usted sabía de esto, discúlpeme.
- Vaya, vaya -dijo el general cínicamente-. Yo no sabía que había otro patrón aquí que diera órdenes. -Agregó el general, tomando a Samuel por la camisa-. ¿Fue usted, don Juan, quien ordenó que se trajera el mondongo?
- En realidad, señor, no era sopa de mondongo sino de orines -replicó Samuel crudamente, haciendo que César brincara para atrás-.
- ¿Qué? -preguntó enojado el general- ¿Quién en su sana cabeza tiene el coraje para ordenarte que hagas esto? ... Los mataré a ti y a él ... -El general sacó su pistola y la colocó en la cara de Samuel-.
- En realidad, señor ... -Samuel empezaba a pensar-. Fue su señora, general.
- ¿Mi señora? -preguntó extrañado el general- ¿Para qué mi señora va a hacer una cosa como ésta? Me estás mintiendo, turco y tú sabes las consecuencias de mentirme ... Te mataré si encuentro que era una mentira.
- Yo no mentiría en algo así, señor -contestó Samuel guiñando el ojo,

esperando que el general se calmara y entendiera su señal-.

- Basta, dime por qué mi esposa haría una cosa así.

- No quiero especular, señor, yo solamente obedecí las órdenes de la señora.

- No puede ser ... Me vas a dar una razón para que mi esposa haya ordenado algo como esto.

- No lo sé ... tal vez es algo que se relaciona con la señorita Lizzy.

- ¿Lizzy? -el general preguntó en tono más enojado- Al principio era mi señora, ahora me dices que es Lizzy. Te juro por Dios, turco, que si no eres franco conmigo, te voy a poner una bala en la cabeza.

- Yo no hubiera querido ser la persona que le diga esto, señor, pero he escuchado a su señora quejarse de la manera como César Antonio persigue a la señorita Lizzy ... especialmente después que ha embarazado a algunas muchachas.

- ¿Qué? -preguntó el general, lanzando fuego por sus ojos- ¿Lizzy, mi dulce Lizzy? ... -repitió el general, volviéndose a mirar a César Antonio-. Lentamente movió la pistola de la cara de Samuel hacia César Antonio.

Samuel, sin embargo, sujetó la mano del general dirigiéndola hacia el tumbado, gritando:

- No, general, no lo haga ...

- ¡Cálmese!, general -pidió el coronel Carranza- Guarde la pistola y déjenos arreglar esto calmadamente.

- Si lo que se ha dicho es cierto, solamente la sangre arreglará esto -dijo el general empujando a Samuel, haciéndole caer al piso-. Lo levantó, lo sujetó fuertemente con sus dos brazos y lo lanzó nuevamente sobre el piso, preguntando: ¿Me estás mintiendo, turco?

- Yo dije lo que dije -replicó Samuel- Si usted me cree o no, sólo depende de usted.

- Mentiroso, hijo de ... -gritó César Antonio, acercándose hasta Samuel, que en ese momento se levantaba y trató de pegarle-.

Samuel reaccionó golpeando a César Antonio en el cuello, sujetando su cabello, golpeando la cara contra la mesa, haciéndolo perder la conciencia y caer al piso.



- Ya acabé con uno, faltan once -murmuró Samuel-. Eso le mantendrá quieto por el momento.

- ¿Qué diablos te pasa, turco? -preguntó el general tratando de apuntar nuevamente con la pistola a Samuel.

Samuel no tuvo otro remedio que patear al general en la cara, haciéndolo caer al piso. Los demás invitados trataron de sacar sus pistolas, cuando Samuel cogió la pistola del general, disparando al coronel Carranza en la cabeza y obligando a los demás a que se tendieran en el suelo. Entonces, gritó:

- Si él tiene que irse, me voy con él. Apúrese general, le están preparando una emboscada.

Samuel notó que el soldado que había entrado con el general, lentamente dirigía su mano hacia el rifle. Entonces, le disparó en la nalga y siguió urgiendo al general:

- ¡Vámonos, general!, ¡levántese y vámonos! -Samuel disparó al aire, asegurándose que nadie intentara algún movimiento-. ¡Vámonos ahora!

No habían transcurrido cinco segundos, cuando la puerta se abrió violentamente y entró un soldado disparando olas de tiros de izquierda a derecha, hacia la esquina donde se encontraba Samuel; lo hirió en el hombro izquierdo antes que pudiera lanzarse a la cocina. Otro soldado entró ordenando a gritos a todos que permanecieran quietos, mientras él, aparentemente, buscaba al general, quien se había escondido bajo una mesa. Samuel disparó contra ellos, haciendo que la atención se volviera hacia él, por un momento. Los soldados dispararon hacia la cocina; ollas y cacerolas volaron en todas direcciones y la puerta quedó llena de agujeros.

El general, comprendiendo al fin la situación, reaccionó disparando desesperado contra los soldados, matando a uno y obligando a escapar al otro. Entonces, rápidamente entró a la cocina, encontró a Samuel bajo un mesón de cemento.

- ¿Estás bien, turco? -preguntó el general nerviosamente, mirando hacia atrás-.

- Me duele pero todavía estoy vivo -contestó Samuel-.

De pronto, la ventana de la cocina voló en mil pedazos y una andanada de disparos rugió, acabando con todo cuanto había sobre la mesa. El general

sujetó de la mano a Samuel y gateó, halándolo hacia las gradas que llevaban al techo.

- Somos tú y yo, hijo -dijo el general-.

- ¡Qué alivio! Finalmente usted decidió unirse a mí -sonrió Samuel aunque con dolor-.

En el momento en que el general y Samuel subían la primera grada, una bala que provenía del techo, rozó la rodilla de este último. El general, entonces, contestó hiriendo al soldado en la garganta.

- ¿Estás bien, hijo? -preguntó el general al sangrante Samuel-.

- Estoy bien, señor, estoy bien -contestó Samuel obligándose a subir las gradas-.

- No escucho ningún movimiento arriba. ¿Cuántos son? -inquirió el general antes de llegar al techo-.

- Ahora que ya mató a uno, creo que no hay nadie.

- Pero yo pensaba que había más.

- Confíe en mí, señor, había otro; pero creo que hace rato que está muerto, porque era uno de sus hombres.

El general se adelantó a Samuel para llegar al techo y encontró a dos hombres muertos. Samuel tenía razón, después de todo.

- Y ahora, ¿qué?, general -preguntó Samuel-

- Cubre la entrada mientras yo entretengo a los demás hasta que llegue ayuda.

- Puede ser que no llegue pronto.

- Sí vendrá -afirmó el general mientras gateaba dirigiéndose a una esquina del techo-. Observó que los soldados habían rodeado el restaurante. El general vio cuando Juan José señalaba a un soldado que él general se hallaba en el techo. El general colocó la pistola en frente de sus ojos, apuntando a Juan José por unos segundos; disparó y lo mató. El soldado reaccionó arrojando otra andanada de balas hacia el techo ... Por unos instantes se produjo un intercambio de disparos por todos lados.

De pronto, las sirenas se escucharon ululando por el aire y los soldados se volvieron inquietos.

- ¡Vámonos! -se escuchó un grito y luego se hizo el silencio- Los soldados

desaparecieron.

Edgar Martínez salió corriendo, entró a su carro y se alejó rápidamente. Matute hizo lo mismo unos segundos después.

El general caminaba hacia Samuel, quien no sabía lo que había ocurrido y aún apuntaba la pistola hacia la puerta, para que nadie entrara. Los ojos de Samuel aparecían cansados y su cabeza empezaba a girar como consecuencia de la pérdida de sangre.

- ¿Estás bien, hijo? -preguntó el general ayudando a Samuel a ponerse de pie-.

- ¿Se terminó, señor? ¿Está usted bien?

- Se terminó por ahora ... Estoy muy bien.

- Jamás me sentí mejor, entonces -dijo Samuel moviendo su cabeza de un lado otro por el mareo-.

- No te preocupes. Haré que te atiendan de inmediato, -dijo el general bajando con Samuel hacia el restaurante.

Don Héctor salió por fin de su escondite en el baño y corrió para atender las heridas de Samuel, mientras llegaba la ambulancia. Le sirvió un cuarto de aguardiente para que amortiguara el dolor. Entonces Samuel caminó hasta donde permanecía César Antonio aún inconsciente, lo tapó con un mantel y se sentó sobre él. Minutos después llegaron la ambulancia y otros vehículos militares. Colocaron en fila los cuerpos de quienes habían muerto en la refriega, mientras atendían a Samuel. Los policías notaron que éste estaba sentado sobre algo que parecía un cuerpo; se acercaron pidiéndole que se levantara para atender a la persona que permanecía debajo pero Samuel, con la mano hizo un gesto que quería decir que lo dejaran solo.

-!Muévete! o te haremos mover -ordenó un policía-.

- No lo haré ... -contestó Samuel moviendo la cabeza de un lado a otro.

El policía se acercó y trató de levantar a Samuel, quien lo empujó hacia atrás. Entonces, sacó su pistola gritando:

- Te vas a mover, ahora.

En ese instante el general entraba para averiguar el por qué de esos gritos y observando lo que ocurría, gritó:

- Mayor Sánchez, baje la pistola ya.

- El no nos deja atender a quien está debajo -contestó Sánchez en tono cortés-.

- ¿Qué pasó? -averiguó el general levantando la cara de Samuel-.

- Es César, señor. Déjeme que cuide de él, por favor.

- Esto no es asunto que le incumba a usted, mayor Sánchez -dijo el general dirigiéndose al oficial-. Usted ya hizo su trabajo; puede retirarse.

- Pero ... -trató Sánchez de argüir-.

- Ahora, mayor Sánchez -gritó el general-.

El oficial obedeció y salió, al tiempo que el general, acercando una silla, se sentó cerca de Samuel.

- Todo va a salir bien -dijo, tratando de dar seguridad a Samuel-. Quiero que te vayas en la ambulancia; ellos te van a curar y les he dado ya órdenes estrictas para que ...

Samuel interrumpió al general, sin pronunciar palabra y cerrando sus puños, hizo acopio de toda su fuerza para levantarse. Muy despacio dio algunos pasos hacia el general, le tendió su mano y dijo:

- Dios le dio una nueva vida, señor. Bien hecho, general.

- Empieza a llevar la cuenta, hijo, pues te debo una -contestó el general tendiendo su mano a Samuel-. Algo me dice que vas a hacer mucho más.

- Está equivocado, señor, usted solamente me debe la cuenta de la cena de esta noche ... Son 27 lempiras y la propina no está incluida -replicó Samuel sonriendo y abriendo la palma de la mano en espera del dinero-.

- ¿Qué cuenta y qué propina? Esto es un robo. No pagaré por unas orinas -el general dijo esto prorrumpiendo a reír- ... ¿Y qué pasó con él? -averiguó el general recordando de pronto a César Antonio.

- Todavía está ido -dijo Samuel- Esta generación está hecha de galletas, un pequeño golpe en la espalda y ya se quiebran.

- Escucha, hijo. No vas a durar mucho si insistes en no ir al hospital. Por amor a Dios, escucha.

- Yo estoy bien, señor -contestó Samuel obstinadamente-.

- Don Héctor, venga acá -llamó el general para que ayudara a llevar a la fuerza a Samuel al hospital.

- No ... no -gritó Samuel- No moriré antes de cumplir con la promesa que



hice a doña Lisa y a don Héctor. Prometí una cabeza y la voy a entregar ...

- Eso es estúpido y sin sentido -argumentó el general poniéndose nervioso- Mi señora nunca ha pedido tal cosa; pero ni modo.

Estoy seguro que mentiste antes; pero te prometo que te guardaré a César hasta que te recuperes.

- Si usted puede dormir esta noche, sabiendo que él quiso su cabeza y abusar de la señorita Lizzy y su familia, y aún así lo protege, entonces bueno.

- ¡Hey! -gritó el general señalando con su dedo- Nadie daña a mi familia y vive para contarlo -agregó descubriendo el cuerpo de César, quien sangraba profusamente por boca y nariz-.

- Como dije, señor, yo no moriré antes de cumplir con mi promesa; además, él es sólo una cucaracha. ¿Para qué desperdiciar una bala? Déjeme que me encargue de esto.

- Bueno, turco obstinado -dijo el general rindiéndose-. Pero no lo quiero muerto todavía. Quiero darle una lección de la que todo el pueblo tendrá que hablar por muchos años. Muéstrame tu imaginación, si la tienes, turco. Sin embargo, si veo que no puedes hacerlo bien, dejaré que mis hombres lo hagan.

- ¿Qué cree usted, general? -preguntó Samuel cerrando sus puños, al tiempo que hacía acopio de las fuerzas que le restaban-. El piensa que es un macho ... ¿Y qué más que el pene es el orgullo del macho?.

- ¡Hey! -exclamó el general sorprendido, moviendo su mano en señal de asentimiento-.

Samuel pidió a don Héctor que trajera un balde de agua fría y lo lanzara sobre César para despertarlo. Entre los dos lo amarraron y lo llevaron hasta el carro.

- ¡Vámonos!, señor, -pidió Samuel- usted va a ver mi imaginación -tomó de una vez todo lo que restaba del aguardiente-.

Los tres abandonaron el restaurante y pasaron por el burdel, en el barrio Medina. Samuel entró y salió después de unos minutos, trayendo consigo agujas, tinta china (estímulo sexual); una hoja de afeitar usada y acompañado por Maritza, una de las prostitutas.

El general guardó silencio durante todo el tiempo, mientras llegaban a un lugar alejado, en las afueras de San Pedro Sula. Colocaron a César con la cara

hacia el cielo, las manos sujetas hacia el piso; don Héctor se había parado sobre ellas, inmovilizándolas. Lentamente Samuel quitó el pantalón a César y ordenó a Maritza que echara la tinta china en el órgano, mientras le practicaba el sexo oral.

Una vez que el órgano de César estaba erecto, Samuel empujó a la prostituta hacia atrás, refregando al órgano todavía con más dureza, hasta que la reacción de César indicaba que iba a eyacular; cuando aparecieron las primeras gotas de esperma, Samuel sacó una aguja y la introdujo en el órgano; de ahí en adelante, la esperma salió mezclada con sangre. Sin sentir absolutamente nada, Samuel introdujo más y más agujas hasta que sus manos quedaron empapadas de sangre. César lanzaba alaridos de dolor pero en vano. Mientras todos -excepto el general- vomitaban de repugnancia por la escena- Samuel sacó la hoja de afeitar y tranquilamente dijo:

- Bueno, don Héctor, le prometí la cabeza de él y cumplo con mi palabra.

Ignorando los lamentos y súplicas de César y los vómitos de los presentes, colocó la hoja de afeitar bajo la oreja de César, tajando la garganta. Sus manos estaban cubiertas de sangre cuando Maritza perdió la conciencia; Héctor no pudo soportar más y se retiró. Finalmente, Samuel se incorporó, lanzó una mirada al cuerpo sangrante de César y el general pudo observar lágrimas en sus ojos. Samuel, dio unos pasos y se alejó, limpiando sus manos en su ropa. Luego, se acercó al general, colocó una mano sobre su hombro y dijo:

- Sería mejor para él que muriera, ¿no? -dijo Samuel-

- Ya no tengo más ira contra César; pero adelante. Samuel se acercó hasta César murmurando; colocó la pistola en la garganta sangrante y haló el gatillo. Entonces, se acercó hasta Martiza, que permanecía inconsciente, e hizo lo mismo.

- ¿Sabes?. No era necesario todo esto -dijo el general-.

- No, señor, no lo era -replicó Samuel- Pero el suceso correrá de boca en boca y la gente pensará dos veces antes de tratar de hacerle daño.

- ¿Cuánto puedo confiar en ti?

- Mientras usted me cubra la espalda -contestó Samuel con franqueza-.

- Vas a venir a vivir a mi casa -ordenó el general-.

- Espero estar siempre a la altura de usted.

- Yo no sabía que eras un turco pequeño pero desalmado -bromeó el general-.

- Lo considero como un cumplido esta vez, general -sonrió Samuel-. Todos se alejaron del lugar.

El cuerpo de César Antonio fue botado en el basurero municipal y a la prostituta la enterraron. La investigación de la policía se cerró antes que el caso se abriera. Samuel se mudó a la mansión de su patrón, donde durante los siguientes meses se le conoció como el “boleador del general”.

### MIMADA, ODIOSA Y ...

Samuel se vio obligado a aceptar ayuda y acudió al hospital. Permaneció allí por dos semanas antes que obtuviera la autorización del médico para ir a casa. Sin embargo, todavía tenía el hombro vendado cuando regresó a la casa del general. Se le había asignado un cuarto ubicado junto al del guardián y Estela, la sirvienta, le llevaba su comida y arreglaba su ropa.

El general, jamás mencionó el suceso a Lizzy, simplemente porque no estaba acostumbrado a comentar con su familia los riesgos que corría en su profesión; todo lo que pasaba fuera de la casa, era sólo su problema. Al mismo tiempo, se ordenó una estricta cuarentena de seguridad alrededor de la mansión y su familia. A Lizzy no se le permitía salir libremente sin estar acompañada por guardaespaldas. Esto no le gustó, porque no podría hacer lo que quisiera sin que su padre se enterara. Tomó el asunto como algo personal en contra de ella sin aceptar la explicación que se le había dado que todo era por su seguridad. Entonces, ella quería desquitarse de esa frustración contra alguien y ocurrió que ese alguien tenía un hombro vendado.

Lizzy no pudo tolerar que, de pronto, su padre adoptara una actitud favorable hacia Samuel. No podía entender por qué un hombre del prestigio y poder de su papá, tenía a un proscrito en su casa y hasta lo cuidaban. “Samuel no es, aparentemente, de utilidad para mi padre”, pensaba ella y decidió que lo haría ganarse cada bocado de su comida ... “si él todavía lo merecía”. Lizzy quería vengarse de él por lo que le hizo en la Escuela Americana. Ella era una verdadera Escorpión, que jamás olvida ni perdona ...

Un día, Samuel estaba acostado en su cama, cuando Lizzy tocó a la puerta.

- ¡Hey!, turco, abre rápido la puerta -gritó ella-  
- ¿Sí, Miss Lizzy? -contestó calmadamente. ¿En qué puedo servirla?  
- Mis amigos vienen acá de visita y queremos cocos para beber -dijo ella en tono orgulloso y autoritario-.

- Por supuesto, miss Lizzy, llamaré al guachimán y le ordenaré que compre algunos.

- ¡Ahh - ahh! -negó moviendo un dedo- ¿Para qué gastar dinero si tenemos cocoteros en el jardín? Quiero que subas y me traigas algunos ... Para eso te paga mi padre.

- Pero ... -intentó replicar Samuel mostrándole el hombro vendado-

- Vaya, ¿a quién estás engañando? -dijo cínicamente Lizzy- Ya es tiempo que hagas algo de provecho.

- Por supuesto -replicó él, dirigiéndose a la bodega para traer una escalera-. Samuel la colocó bajo un árbol y lentamente subió para cortar los cocos. Con el machete en la mano, intentaba alcanzarlos; movía la mano de un lado a otro con mucha incomodidad, esperando que la punta del machete llegara a cortar algunos. Al cabo de unos minutos de estirar su brazo, sudar y de fregar su piel contra la escalera, pudo lanzar algunos cocos al suelo.

- ¡Uff! ... Esto sería suficiente. Respiró y bajó lentamente. Luego llevó dos cocos, uno en la mano y otro en el brazo, colocándolos en la cocina. Después de hacer algunos viajes, regresó a su cuarto.

- ¡Hey!, turco, abre la puerta -llamó Lizzy molesta-.

- ¿Sí, miss Lizzy? -contestó Samuel-.

- Yo no dije que te podías ir; además, quiero más cocos y después, te necesito en la cocina.

- Pero, no había más cocos que estuvieran maduros -arguyó él-.

- Eso lo decido yo. No se te paga para pensar sino para obedecer. Al otro lado del jardín hay otro cocotero, anda y tráeme más.

- Sí, miss Lizzy -contestó Samuel bajando la cabeza, yendo por la escalera otra vez

Por fin, reunió la cantidad de cocos que Lizzy quería; entonces, ese fue el principio de un largo día. Los amigos de ella aparecieron y Xiomara era una de ellos. Aparentemente, Lizzy quiso mostrar a Xiomara que podía ordenar



a Samuel y obligarlo a hacer cuanto ella deseara. Xiomara observó en silencio a Lizzy quien obligaba a Samuel que trajera mangos, postre y, finalmente, jugo de maracuyá.

Por su parte, Samuel sabía que era en vano protestar o resistirse, pues él estaba ahí para obedecer. El general no estaba allí para ayudarlo; y si estuviera, ¿Se iría el general contra los deseos de su hija para tomar partido conmigo?. se preguntaba Samuel.

Lizzy aún no estaba satisfecha, pues el rostro de Samuel no denotaba humillación. Ella quería más que el “sí, miss Lizzy” y una bajada de cabeza; por eso le ordenó que trajera más bebida. Cuando Samuel trajo el charol con los vasos llenos de jugo, ella guiñó el ojo a uno de sus amigos para que lo hiciera tropezar con su pie. El charol voló por los aires, mientras Samuel caía al piso golpeando su hombro herido contra el suelo.

- ¡Ay! -gritó Samuel llevándose la mano a la herida y mirando a Lizzy-.

- ¿Estás bien? -preguntó Xiomara corriendo hacia él para ayudarlo-.

- Xiomara, ¿qué estás haciendo? -exclamó Lizzy- ven para acá. Vaya, turco, no puede ser tan malo; no será peor que el dinero que vas a tener que pagar por los vasos rotos -dijo mientras reía a carcajadas con sus amigos-.

Xiomara miró a Lizzy por un momento y finalmente se unió al grupo. Samuel se levantó, les dio la espalda y empezó a alejarse en dirección a su cuarto. Lizzy todavía estaba riendo con sus amigos y no notó que Samuel se retiraba hasta que él, casi llegaba a su cuarto. Lo llamó:

- ¡Hey!, turco, regresa acá.

Samuel no le hizo caso y siguió caminando. Ella corrió hacia él y cuando lo alcanzó, lo hizo girar, obligándolo a que la atendiera.

- Te dije que te ... -empezó a gritar, parando en seco cuando notó que entre los dedos de Samuel había sangre, que provenía del hombro herido.- ¿Qué es eso? ¿Qué te pasó? -preguntó ella nerviosamente-.

- Nada que la haga preocuparse -respondió con dureza-. ¿En qué puedo servirla? -preguntó evitando que ella pudiera mostrar lástima por él-.

- ¡Humm ...! -Lizzy enmudeció-. Nada por el momento. Vete a descansar y te llamaré cuando te necesite -ordenó tratando de no mostrar remordimientos-.

El incidente pronto fue olvidado y la conciencia ardiente de Lizzy parecía no existir algunos días después, cuando otra vez tocó a la puerta de Samuel.

- Si, miss Lizzy -contestó éste abriendo cortésmente la puerta-.

- Ven rápido, hay alguien que quiere verte -ordenó ella-.

Samuel salió y vio que una patrulla de la policía, con algunos perros, afuera del portón, esperaba sólo las órdenes de Lizzy para entrar.

- Sí, mayor Sánchez -dijo Samuel cuando vio quién estaba al mando- ¿En qué puedo servirle?

- Tenemos órdenes para registrar tu cuarto -dijo Sánchez con voz enérgica-.

- Por supuesto, siga adelante; sin embargo, ustedes tienen que dejar las armas y perros afuera; al general no le gustaría lo contrario.

- ¿Y quién te dio el mando aquí? -contestó Sánchez-. Tenemos órdenes y voy a hacer cualquier cosa para que se cumplan.

- Como le dije, mayor Sánchez, ustedes tienen que dejar todo afuera; iré a avisar al general, ahora -argumentó Samuel-.

- Mi papá está en Tegucigalpa -replicó Lizzy-. No se preocupe, mayor Sánchez, yo me arreglaré con él. Vaya y haga su trabajo ... ¿Vio, vio? El está temeroso y eso quiere decir que algo esconde.

El portón se abrió y la policía entró con sus perros; registraron la habitación de Samuel, dieron vuelta a toda su ropa, muebles y hasta sus libros antes de asegurarse que no había nada que condenara a Samuel.

- Bueno, turco, ¿dónde está? -preguntó Sánchez-.

- ¿Para qué le pregunta a él? -interfirió Lizzy-. Yo creo que tiene que ir a buscar donde su madre. Estoy segura que él se la dio a ella.

- ¿Qué? ¿De qué están hablando? -preguntó Samuel sorprendido-.

- No lo niegues -dijo Lizzy señalándolo con el dedo-. ¿Qué hiciste con la cadena de oro ... mi cadena de oro? Yo te vi caminando afuera de la casa con algo en tu mano. ¿Dónde la pusiste?

- Confiesa, admite y te prometo que no te haré daño -dijo Sánchez-. No avisaré al general y tú sabes que él jamás daría refugio a un ladrón. Dime dónde está y te juro, otra vez, que no le avisaré. Lo único que tienes que hacer es dejar tu trabajo e irte. Sánchez trató de engañar a Samuel muy hábilmente

para que confesara.

- Por supuesto -contestó Samuel- Les diré dónde está. Miró a Lizzy y sonrió. En realidad ¿me odia tanto? -le preguntó, indicando con la mano a los policías que lo siguieran por la casa-.

- ¿Qué es todo este alboroto? -inquirió doña Lisa, madre de Lizzy, con su acento americano-.

- No se preocupe, doña Lisa -contestó Samuel- Solamente que la policía quiere saber qué pasó con la cadena de oro que encontré ayer en el piso y que yo le di a usted.

- ¿Fue Lizzy quien los trajo? -preguntó doña Lisa sonriendo, mirando a su hija que se había quedado congelada-. Ya me explico -agregó, dirigiéndose a Sánchez-. Era nada más que un malentendido y ya está arreglado. Diciendo esto, hizo salir a Sánchez.

- Ojalá que no esté enojado conmigo, “Samuel” -murmuró Sánchez-.

- Se necesita mucho más que esto para que yo guarde el enojo -replicó Samuel-. Usted estaba haciendo su trabajo ... “Sánchez”.

Los policías abandonaron la casa acompañados por Samuel. Lizzy lo siguió después que ellos se fueron y entró a la habitación de Samuel, quien empezaba a ordenar todo cuanto los policías habían desordenado.

- Debías haberme dicho que entregaste la cadena a mi madre y no hacerme meter en todo ese relajo -se quejó Lizzy-.

- Si está pidiendo una disculpa, la acepto -sonrió Samuel-.

- Y te preguntas ¿por qué te odio? Es tu sangre fría -dijo Lizzy alejándose-

## LLEVANDO LA CUENTA DEL GENERAL

Después del intento de asesinarlo, el general investigó quiénes eran los cerebros de ese atentado. Formó un “escuadrón de la muerte” que lo constituirían: Samuel, mayor Sánchez, César Octavio: hijo del general, quien al mismo tiempo era coronel del DIN y un soldado llamado Luis Hernández. A este último lo habían puesto el alias de púchica, simplemente porque mencionaba esa palabra cada dos por tres. Era muy chistoso; sin embargo se sabía que era un sádico cuando se trataba de cumplir una misión. Su rifle jamás

fallaba, pues se lo había pagado mucho para que no fallara.

El general dio órdenes a su escuadrón para que eliminaran a quienes estuvieron involucrados en el atentado.

Mayo 22, 1968: El coronel Oswaldo Hernández fue disparado en la cabeza mientras dormía con su esposa. Ella fue violada por “Púchica” antes que siguiera la misma suerte de su marido. Los dos cuerpos fueron enterrados junto a un camino de tierra, cerca de la aldea Rodeo Norte, a la salida de Comayagua. Jamás nadie encontró sus cuerpos.

Mayo 22, 1968: Edgar Martínez, un hombre de negocios paraguayo y narcotraficante, fue disparado en la cabeza mientras paseaba por su jardín. Al igual que sus dos guardias, su novia también fue eliminada minutos después. Los cuerpos fueron enterrados en el campo, donde es hoy el supermercado La Colonia, en Tegucigalpa.

Mayo 23, 1968: El capitán Miguel Viadela, fue disparado en la cabeza mientras conducía su vehículo en el barrio Belén, Comayagüela. Su familia lo sepultó en el cementerio de Guadalupe, pero dos noches después la tumba fue profanada y el cadáver apareció botado en el camino hacia Valle de Angeles.

Mayo 23, 1968: El coronel Manuel Suazo, fue disparado en la cabeza. Su hijo tuvo igual final siete horas después del funeral de su padre. Su esposa pudo escapar con sus hijos, fuera del país. Jamás regresó.

Mayo 24, 1968: Oscar Guevara recibió un disparo en el rostro mientras abría su negocio en Santa Rosa de Copán. El general había dicho una vez que siempre tenía ganas de morder los abultados senos de la esposa de Guevara y ahora tuvo lo que quiso. Púchica cercenó los dos senos, después que él mismo los probó y los llevó al general como un souvenir. Los dos cuerpos fueron enterrados en la aldea San Isidro, en las afueras de Siguatepeque.

Mayo 24, 1968: José Cruz fue embestido por un camión. Su esposa fue embestida por Púchica, aquella noche. La enterraron en su propia casa, donde estaba haciéndose la construcción nueva de una habitación, volviéndola fundición sólida para el concreto nuevo.

Mayo 25, 1968: Luis Hernández, alias Púchica, recibió un disparo en la cabeza por Samuel. Para Samuel, Púchica era tan sucio que se podía percibir



su mal olor desde muy lejos y estaba muy cerca de cambiar su lealtad. Sus restos fueron botados en el basurero municipal de San Pedro Sula.

Mayo 26, 1968: Don Héctor Villanueva recibió un disparo hecho por el mayor Sánchez, por no haber puesto en antecedentes de lo que iba a ocurrir, al general. El mayor Sánchez por su parte, recibió un disparo de Samuel en la cabeza. Su esposa e hijos fueron desterrados a Guatemala.

Mayo 26, 1968: El general fue ascendido a brigadier general, en agradecimiento por su contribución contra la delincuencia. A partir de este momento el general disfrutó de tranquilidad, pues había eliminado a todos aquellos que le causaron pesadillas. Todo volvió a la normalidad.

## SOLO UNA MUJER QUIEBRA EL CORAZON DE OTRA

Samuel regresó a su rutina haciendo sus trabajos del restaurante y el burdel. La gente estaba muy confusa sobre sus sentimientos hacia él. Tenía temperamento suave y dulce; siempre aparecía una sonrisa en su cara de niño; sus ojos tenían la magia especial de cautivar con su mirada; sus palabras eran premeditadas y su cortesía era como la de los aristócratas, siempre contestando a preguntas y casi nunca iniciando una conversación. En las peleas manifestaba una actitud pacifista, evitando conflictos, cuando era posible. Nadie entendía cómo un hombrecito tan pequeño, tímido y agradable, podía transformarse en un monstruo, que deformaba meticulosamente a la gente.

La opinión de la gente, sin embargo, no importaba a Samuel. El seguía haciendo lo que hacía mejor: obedecer las órdenes y ahorrar dinero. Aunque la mayor parte del dinero que ganaba lo tomaba la madre, con lo poco que logró ahorrar compró otra bicicleta. Estaba tan orgulloso de ella, que pasaba mucho tiempo limpiándola, adornándola con stickers y triángulos fosforescentes.

Un día cuando se agachaba para limpiar su bicicleta, Lizzy vino por detrás y le gritó: ¡Buuu...!, tratando de asustarlo. Pero él no se asustó y simplemente giró a verla sin pestañear. Permanecieron por breves instantes mirándose uno al otro; él, en prevención que ella le mandara a traerle algo; y ella, con la

incredulidad de qué tipo de nervios tenía Samuel. Lizzy empezó a saltar alrededor de él, observando el vehículo de la clase baja, mientras él se incorporó.

Lizzy y Samuel jamás se habían soportado uno al otro; ella lo consideraba como uno de los perros de su padre, humillándolo cada vez que tenía oportunidad. “Un turco analfabeto vulgar y desconfiable, que haría cualquier cosa por dinero”, era la opinión que ella tenía de él. Por su parte Samuel, la consideraba como una niña rica, mimada y malcriada, a la cual nada detenía hasta obtener lo que deseaba.

Al contrario de su madre, Lizzy era muy rebelde cuando se trataba de lo que consideraba sus propios asuntos. Cualquier cosa que quisiera hacer, era su negocio y nada ni nadie, incluyendo el rechazo de su madre, la hacía cambiar de opinión. Su padre estaba de su lado y eso para ella era lo que contaba. Para él, Lizzy era un ángel; la más pequeña de sus hijas y lo mejor que le había pasado en su vida. Ella era el balance emocional que necesitaba para recordarse a sí mismo su naturaleza humana, que tenía que bloquear en su rudo mundo de afuera. Un abrazo de su hija y se derretía; ella siempre tenía razón, pues el general cerraba sus ojos ante los errores de Lizzy. Cualquier cosa que ella hiciera tenía su consentimiento con tal que su rostro mantuviera la sonrisa de contento .

Samuel aprendió a respetar las órdenes de Lizzy, tanto como las de su padre; sin embargo, aquel día ella vino a pedirle un favor muy cortésmente ... o por lo menos así quiso ella demostrarlo.

- ¡Hey!, turco, quiero que me hagas un favor! -pidió sonriente al tiempo que giraba alrededor de Samuel-.

- A sus órdenes, miss Lou -contestó sin levantar la mirada-.

- Nunca más me vuelvas a llamar miss Lou -dijo enojada y golpeando el piso-. Soy miss Lizzy para ti -agregó mostrando su puño cerrado-.

- También usted podría llamarme Samuel. ¿No es mucho más bonito que turco? Escuche: Samuel -pronunció suavemente-; turco -dijo en tono enérgico-. Juzgue usted la belleza de Samuel ...

- ¡Uff! Está bien, Samuel -contestó rindiéndose-. Quiero que vengas conmigo a la fiesta de esta noche. Xiomara, a quien tú conoces, da una fiesta

de cumpleaños y ella insistió en que te invitara para que nos entretengas. Ellos dicen que tú haces buenos chistes y que también bailas bien.

- No es cierto lo que dicen; temo que en esto no puedo complacerla. Además, yo tengo trabajo en la noche.

- Yo sabía que no servía de nada pedirte el favor. No eres persona que esté a mi nivel. Haré que mi padre te lo ordene. -Diciendo esto se alejó hacia la casa-.

Por la tarde, el general mandó que Samuel se presentara en la casa. Lizzy se colocó junto a su padre abrazándolo, asegurándose que él entendiera su descontento con Samuel, quien estaba aproximándose a los dos.

- Sabes que no debes provocar a Lizzy -dijo el general-.

- No es por falta de respeto, señor; pero yo deseaba comunicar a usted antes de cumplir esas órdenes. -Dijo Samuel tranquilamente-.

- Las órdenes de ella valen tanto como las mías y no tienes que dudar un instante. ¿Está claro? Harás lo que ella te diga -confirmó el general-.

- Me disculpa miss Lizzy, no lo volveré a hacer.

- Ahora vete y espera en el portón -ordenó ella-. Ten lista tu bicicleta, pues no hay espacio para ti en el carro.

Samuel pidió permiso para retirarse y se alejó en dirección al portón. Media hora después, un carro paró en frente, encandilándolo con sus faros. Una mujer en sus treinta, salió del carro y empezó a hablar con el guardia.

- Samuel -gritó el guardia- La señora quiere hablar contigo.

- Adelante tía Shadia -respondió Samuel al reconocerla-. ¿Qué la trae por acá?

- ¿Me conocías? -dijo sorprendida mientras entraba-.

- ¿Cómo sería posible que no la conociera? Todavía tengo su foto con él, guardada bajo mi almohada.

- ¿Qué te contó de mí?

- Bueno, yo sé que odia a la Makloubah (comida árabe típica) ... Sé que es alérgica a los huevos y que le dan el diminutivo Spiro, porque siempre iba detrás del hombre que vendía helados y le dieron ese nombre por él. -

El fue quien me dio ese nombre -ella empezó a llorar recordando a su hermano-. Era muy cruel, ni siquiera me dijo adiós ni tampoco me mandó una

una carta.

- Tenía la esperanza que el abuelo lo mandaría a traer -contestó Samuel-

- Los dos eran cabeza dura -dijo mirando a Samuel-. Ambos eran orgullosos y locos; pero papá está pagándolo ahora ... Y tú eres aún peor.

- ¡Ah! ... Por eso está acá.

- El está enfermo ... Lo animaría que por lo menos le hicieras una visita corta -dijo ella en tono suplicante-.

- No puedo ... Debo irme ahora. Me están esperando allá adentro -contestó Samuel fríamente, dándose la vuelta para retirarse-.

- Espera por favor, Samuel. Deja de ser estúpido y obstinado siquiera por un momento. ¿Qué daño te haría si por lo menos ...?

- No puedo tía, por favor ... váyase.

- Insensible hijo de ... -dijo ella sacudiéndole el rostro-. Samuel se quedó estático, pues no atinó a reaccionar, mientras ella todavía esperaba que cambiara de parecer.

- ¿Por qué esa familia es tan loca? -se preguntó ella- No es sino cuestión de un simple gesto para que todo se arregle. -Empezó a llorar-.

En ese momento Lizzy y su padre salieron para averiguar qué ocurría.

- ¡Doña Shadia! -exclamó Lizzy sorprendida-. ¿Qué ...?

- Por favor tía, váyase. -repitió Samuel- Las cosas son suficientemente duras como están.

- No tienes arreglo -replicó Shadia alejándose-.

- Doña Shadia, ¿qué pasó? -preguntó Lizzy- ¿Por qué está llorando? ¿Qué fue lo que le hizo? -seguía inquiriendo mientras Shadia se alejaba apresuradamente.

- ¿Qué es lo que está pasando? -averiguó Lizzy a su padre- ¿Qué asunto le trajo a doña Shadia acá?

- Ella es su tía -contestó el general-.

- No, ¿cómo es posible? ... ¿Que doña Shadia es tía de este tipo? ¡No puede ser!...

- Lo es -insistió el general-.

- Entonces, ¿qué es lo que está haciendo él acá, cuando podría coger más dinero de ellos?



- Eso pregúntaselo a él.

Samuel se acercaba al portón para cumplir las órdenes de Lizzy, cuando ella lo persiguió sujetándolo por detrás.

- ¿Qué? -gritó Samuel a la cara de ella, como quien quiere pedirle que no intervenga-.

- ¿Cómo te atreves? -dijo Lizzy enojándose-. Jamás vuelvas a levantarme la voz -agregó intentando levantar la mano pero él la sujetó, apretándola fuertemente-.

- No lo haré mientras no se meta en mis asuntos -replicó él tirando bruscamente su mano y parándose en el portón.

- Recuerda quién soy yo, turco -Lizzy estaba muy molesta por la forma como él la ignoraba-. No porque tienes tíos ricos creas que puedes propasarte. Asegúrate que sabes quien soy yo ...

- Me disculpa miss Lizzy. Yo sé que he sido grosero.

- Bueno, me esperas aquí hasta que venga el carro que me llevará a la fiesta.

- Sí, miss Lizzy -contestó tranquilamente, sabiendo que no tuvo razón para haberla provocado-.

Dos horas después, apareció el carro en el portón y pitó. Lizzy salió y se dirigió allí; vestía una minifalda negra, que era la moda en la época; un sweater rojo, zapatos negros, llevaba una cartera negra de cuero. Pasó cerca de Samuel, dando brincos como un venado, pasando los dedos de sus manos por el pecho de Samuel, ordenándole que la siguiera lo más rápido posible.

Samuel sabía que esa sería una larga noche ... Respiró profundamente y empezó a pedalear tan duro como sus piernas lo permitían. Después de una hora y dos vueltas alrededor del centro de la ciudad, el carro se detuvo en frente de la casa de Xiomara. Samuel había quedado rezagado como dos kilómetros, todavía pedaleando con la esperanza de alcanzarlos. Finalmente, vio el carro parqueado y paró en frente del jardín de la casa. Se bajó de la bicicleta, secándose el sudor y respirando para tomar resuello. Tan pronto como Lizzy lo vio, le ordenó subir rápidamente.

La sala estaba repleta de jóvenes cuando él entró. Todos se pusieron de pie preguntándose sobre la presencia de Samuel, que la consideraban inapropiada, pero Lizzy lo tomó de la mano, lo llevó hasta el centro de la sala

y exigió la atención de todos.

- Yo les prometí una sorpresa por el cumpleaños de Xiomara y aquí está -pronunció estas palabras levantando su mano, señalando a Samuel-. De la gran... gran ciudad de San Pedro Sula, les presento a ustedes al maestro de entretenimiento, el turco Samuel. El hará todo lo que ustedes le pidan.

- Házlo ladrar y que se dé vueltas -dijo una voz riendo cínicamente-.

- Házlo bailar para nosotros -dijo otro-

- No, no, no. Házlo que se desnude bailando -gritó otro más-.

- Bueno, haré que satisfaga a todos -dijo Lizzy riendo en su interior-.

Puedes empezar, turco.

- No está siendo sensible, miss Lizzy -murmuró Samuel-.

- Vaya, me estás haciendo quedar mal, me estás avergonzando -susurró cuando él se negó a empezar con el show-.

- ¿Por qué?, miss Lizzy -preguntó Samuel quejándose- ¿Por qué me odia?

- Me haces este favor esta noche y te prometo que nunca más te molestaré.

Samuel pensó por un momento y le gustó el trato. Ser humillado en frente de los amigos de Lizzy, no era nada nuevo para él, pues ella había tratado de hacerlo constantemente y si eso significaba el fin de las hostilidades, valía la pena, se dijo. Tranquilamente hizo a un lado a Lizzy, quedándose solo en el centro de la sala. Bajó la cabeza en señal de saludo a la audiencia, moviendo su mano indicando que el show iba a empezar. Por un segundo, sus ojos exploraron el lugar hasta que se fijaron en la esquina desde donde Xiomara observaba la escena; sacudiendo su cabeza de izquierda a derecha, chasqueó sus dedos pidiendo que la música lo acompañara.

- ¡Guau, guau! -gritó Samuel al compás de la música-.

- ¡Guau, guau!, gritó la concurrencia acompañando el sonido del merengue.

Los gritos se volvieron frenéticos cuando Samuel cogió su camisa sudorosa, lentamente empezó a abrir los botones y se la quitó por la espalda lanzándola en dirección a Xiomara.

¡Guau, guau! -gritó la gente como una jauría de lobos, mientras él abría el cierre de su pantalón-. Y como si se tratara de toda una orquesta, los silbidos acompañaron el bajón del pantalón. Una muchacha se acercó hacia

Samuel y puso un lempira en el pantalón. Lizzy se acercó por detrás, lo sujetó por la mano y lentamente lo hizo posar para que todos lo vieran; hasta que llegó a la esquina donde permanecía Xiomara, quien lanzó una mirada de disgusto a Samuel. El quedó quieto por un instante, mientras sus ojos denotaban humillación. A pesar de todos los caóticos gritos, él pudo contenerse y continuar con el entretenimiento de la manera como ellos pidieron. La audiencia se puso más inquieta por verlo todo, en ese instante, Xiomara corrió hacia el tomacorriente y desconectó la música. Se hizo un silencio de interrogación, cuando ella caminó hacia Samuel con su camisa en la mano. Le lanzó una mirada, tocó su rostro y levantó su cabeza obligándolo a mirarla.

Luego se agachó, cogió su pantalón y lanzó la ropa contra la cara de Samuel. La camisa cubrió momentáneamente su rostro sudoroso y cuando su mano la quitó, su cara dio la vuelta del furioso y repentino golpe que recibió de Xiomara

- Yo he escuchado muchas cosas de ti, pero nunca esperé que fueras tan bajo -dijo Xiomara indignada-.

- ¿Y qué fue lo que te pasó? -preguntó Lizzy sorprendida-.

- Estoy decepcionada de ti Lizzy, hablaremos más tarde. Por el momento lo quiero vestido y fuera de mi casa ... ahora -gritó Xiomara-.

- Ojalá que pudiera hacer esto, señorita, pero no puedo irme sin miss Lizzy.

- ¿Estás loco? Yo no me voy ahorita. Vete y me esperas afuera -dijo Lizzy satisfecha de haberlo humillado y de lograr que Xiomara lo odiara.

Rápidamente Samuel se vistió, salió de la casa y paró su bicicleta junto al carro que trajo a Lizzy. Pensó un instante y decidió sentarse sobre el carro para evitar que ella lo dejara. El tenía en mente el enojo del general si es que regresara a la casa sin ella. Con mucha paciencia, Samuel esperó mientras escuchaba la música de la fiesta. Por dos ocasiones cuando él miraba hacia la ventana de arriba, notó la presencia fugaz de Xiomara, observándolo.

Aproximadamente dos horas después, bajó del carro, se escondió detrás de un árbol para orinar. En ese instante, Xiomara corrió hacia afuera buscándolo. El la vio pero decidió permanecer quieto, tratando de evitar el ruido de la orina hasta el máximo posible. Pudo mirar que ella lo buscaba

detrás de los otros carros y hacia el final de la calle. Al parecer, Xiomara creyó que Samuel se había ido y lanzó una exclamación bajando las manos: ¡Ufff!. El regresaba agazapándose por detrás de ella, lanzó un ¡Buuu! y saltó para sujetarla de las manos. Ella lo rechazó tratando de soltarse pero Samuel la tomó con una mano alrededor de la espalda y la otra alrededor del cuello. Por una sola vez, por todos los sueños que había abrigado con respecto a ella, la besó en la frente, la atrajo hacia él, haciendo que los labios de Xiomara se posaran en su cuello. Ella se quedó quieta por un momento, mientras él la tenía abrazada, trató de soltarse pero tantas veces como lo intentó, sus labios rozaban el cuello de Samuel. Desesperada, Xiomara le rogó que la dejara.

- Por favor, no me hagas daño, no me golpees -dijo en tono suplicante-.

- ¿Hasta tú, Xiomara? -preguntó dolido Samuel-. Lo siento, no sé qué me pasó. La empujó hacia atrás, dando media vuelta para alejarse. Ella todavía lo sujetaba por la camisa, aun cuando sus cuerpos se habían separado y él miraba hacia otro lado. Xiomara confundida y en son de juego, hizo cosquillas en el estómago de Samuel; luego entró en la casa. Por su parte, él permaneció pensativo, echándose la culpa por haberse permitido esa debilidad, pues sintió dentro de sí que había sido en vano. Minutos después, ella regresó.

- Tú -llamó Xiomara señalando con su dedo como acusándolo, aunque sin pronunciar una palabra más-.

- Otra vez, lamento haber sido rudo -dijo abriendo sus brazos, resignado-

Ella se dirigió hacia él hasta que apenas quedaran unos centímetros de distancia entre ellos; lo miró a los ojos y rindiéndose, arrimó la cabeza sobre su pecho y lo abrazó. Lentamente, los brazos de él cercaron en un tierno abrazo a Xiomara y lanzando un suspiro de alivio, cerró los ojos para disfrutar del momento.

- Explicámelo -pidió ella rompiendo el silencio-. ¿Cómo puedes aguantar tanta humillación y aún mantener tu compostura?

- ¿Y quién estaba humillado?

- No sé tú; pero por lo menos yo sí y seguramente no me habría quitado la ropa para hacer burla de mí misma.

- ¿Por qué?

- Es cierto que eres pobre y no me he fijado mucho en ti; pero todavía no



puedo imaginar que alguien deje quebrar su orgullo y dignidad sin ofrecer resistencia, como lo hiciste allá adentro y ¿por qué? ¿dinero? Como yo veo las cosas, tu dignidad es muy barata.

- ¿Qué quieres decir con eso que no te has fijado mucho en mí?

- Bueno, bueno, ganaste; yo siempre he pensado que eres atractivo, pero todavía no te entiendo y hasta que pueda hacerlo, no significarás nada para mí, tanto como no significas para nadie de los que están adentro.

- ¡Ah!, Xiomara, Xiomara ... Te equivocas -empezó a tratar de explicar-. Mi orgullo no se afectó ni se quebró mi dignidad. Uno se siente ofendido, sólo si así se siente en su interior. Todos adentro saben quién soy yo y quién puedo ser si quisiera mostrar mis músculos; pero eso no fue necesario. El silencio y la obediencia también son poderosos. Por mi parte yo obedecí y cumplí con mi deber; Lizzy por otra parte, saldrá más afectada que yo. Ya se ganó la reputación de cruel y los demás desconfiarán de ella. Pero tú, que eres quien me importa más que nadie, tú estás en mis brazos y eso prueba que tengo la razón.

Xiomara, al escuchar las palabras de Samuel, quedó sorprendida. Ella lo había imaginado de varias formas, pero jamás, aún en su imaginación más loca, había esperado escuchar cuanto dijo. Su respuesta tenía gran profundidad, tenía que aceptarlo, aunque no estuviera de acuerdo con él. Le gustó saber que Samuel poseía mucho más que músculos: cerebro.

Lo miró a los ojos guiñándolo, tocó su rostro acercándolo hacia ella, como pidiendo que la besara. Se besaron ...

- Xiomara -se escuchó la voz de Lizzy gritando- ¿Qué estás haciendo? - Ella estaba mirándolos desde el balcón-.

Instantes después, desapareció para asomar luego corriendo en dirección a ellos.

- ¿Estás loca? -increpó a Xiomara-.

- No es asunto tuyo -se defendió ella-

- Sí es mi asunto -arguyó Lizzy-. Tú regresas conmigo para adentro, ahora.

- Escucha Lizzy, tú eres mi amiga y te quiero pero no estás siendo lógica. Quieres disfrutar de tu fiesta entonces tú vas para adentro. Haré lo que yo quiera hacer.

- No me gusta el tono de tu voz. ¿Qué te pasó? ... Es culpa de él -gritó Lizzy-.

- ¡Cálmate! ¡cálmate! Como te dije, haré lo que yo quiera hacer. Si no te gusta, está muy mal, pero nunca me digas lo que debo o no debo hacer.

- Me voy de aquí -dijo Lizzy nerviosa-.

- No te pido que lo hagas, pero haz lo que te convenga -replicó fríamente Xiomara-.

Lizzy se mostraba muy enojada y rápidamente se alejó. Samuel se sentía orgulloso por una parte, pero incómodo por el giro que habían tomado las cosas.

- No tenías que hacerlo por mí -dijo Samuel-.

- No lo hice por ti, lo hice por mí.

Instantes después, Lizzy salió en compañía de otra amiga y dos hombres.

- ¡Vámonos! -ordenó Lizzy dirigiéndose a Samuel y entró al carro-.

Samuel tomó la mano de Xiomara, la besó ligeramente en los labios y montó en su bicicleta.

- No tan rápido -dijo Xiomara sujetándolo por la camisa-. Bésame ... Un beso largo esta vez.

- ¡Vámonos! ... piii ... piii ... -pitó el carro mientras Samuel y Xiomara disfrutaban de la pasión de un gran beso-.

Lizzy se volvió inquieta y el carro se alejó rápidamente, deteniéndose como a unos cien metros.

- Mejor que me vaya ahora -dijo Samuel, sabiendo que no debía dejar que Lizzy regresara sola a su casa-.

- Bueno, está bien -contestó Xiomara tocándolo en el estómago-.

Otra vez Samuel comenzó a pedalear detrás del carro donde iban Lizzy y sus amigos. El vehículo iba rápido al principio; él se sentía cansado de perseguirlos, afortunadamente el carro se detenía cada vez que lo perdían de vista. Al parecer, Lizzy quería que él la viera.

El automotor sin embargo, no se dirigía a la casa de Lizzy. Llegaron a una casa alejada, que pertenecía a José Eduardo, uno de los hombres que la acompañaban. Lizzy, asomándose por el muro, ordenó a Samuel que la esperara, al tiempo que los cuatro entraron a la casa.

Tres horas después y poco antes que amaneciera, se abrió la puerta apareciendo Lizzy completamente borracha y caminando zigzagueante, profiriendo palabras soeces. Samuel corrió para sujetarla, cuando ella, al tratar de bajar las gradas, se tambaleó.

- ¿Se hizo daño, miss Lizzy?

- Déjame sola; te odio, te odio ... -lo empujó haciéndolo a un lado y dio unos pasos.

- ¿Y sus amigos no la van a dejar a la casa? -preguntó Samuel persiguiéndola-.

- Shhhh ... -susurró ella- Están dormidos, sanos y “volando” -rió a carcajadas-.

- No se preocupe miss Lizzy, la bicicleta no es mucho pero por el momento, es lo único que tenemos. Yo la llevo -dijo Samuel sujetándola por la mano y llevándola hacia la bicicleta.

- No -gritó retirando bruscamente su mano-. Tú solamente quieres tocarme ... acariciarme ... Yo sé qué estás pensando. No soy estúpida.

- Usted sabe que jamás haría una cosa así. Ni siquiera podría pensar en abusar de la confianza del general -respondió, tratando de convencerla-.

- ¿Y por qué no? ¿No crees que soy bonita? -preguntó coqueteando y tomándolo por la mano-. ¿No te gustaría ...? -levantó su sweater y dirigió la mano de él hacia sus pechos-.

- No ... -respondió retirando su mano-. Usted no está bien, miss Lizzy. Vámonos por favor -pidió Samuel dirigiéndose a traer su bicicleta-.

- Te dije que no quiero irme -gritó ella y dio la vuelta-.

- Disculpe miss Lizzy, pero no encuentro otra opción ... -la agarró cargándola sobre su espalda, mientras los brazos de ella trataban inútilmente de soltarse.

- ¡Bájame, bájame! -ordenó golpeándolo en la espalda-.

- Lo haré si me promete estar quieta y venir conmigo.

- No haré tal cosa. ¡Bájame! ... Voy a vomitar.

- No la bajaré. Si tengo que cargarla así todo el camino hacia la casa, lo haré sin problema. ¡Cálmese! -pidió zurrándola delicadamente en el pompis.

- Bueno, bueno; pero para asegurarme que no trates de hacer nada, yo me

siento atrás.

- Hecho ... -contestó Samuel descargándola lentamente de la espalda, dejando que el rostro de Lizzy quedara cerca del suyo. Las manos de ella aún sujetaban el cuello de él; lo miró a los ojos y acercó sus labios a Samuel, esperando que la besara; cuando él bajó la cabeza evitándola, dijo:

- Vamos por favor, miss Lizzy.

- Ya cambié de idea -dijo ella decepcionada-. Cárgame otra vez; me gusta estar en tu espalda.

- No, no lo haré ... es muy pesada, además tenemos un acuerdo. Si no quiere venir, está bien, me voy solo -Samuel hizo ademán de alejarse-.

- Bueno, bueno, ven para acá -contestó rindiéndose-.

Samuel se sentó en la parte delantera de la bicicleta, mientras ella lo hizo en la posterior, sujetando con ambas manos los lados de la silla. Lentamente él pedaleó en dirección a la casa, mientras ella se tambaleaba de un lado a otro, incapaz de sostenerse firmemente.

- No soy gorda -murmuró Lizzy sujetándose de la camisa de Samuel-.

- Jamás dije que lo es. Solamente quise decir que es sólida.

- No soy una puta. ¿Por qué me dijiste que lo era la primera vez que nos vimos? ... No lo soy -dijo halando fuertemente la camisa con una mano y colocando la otra en el estómago de él.

- Lo siento otra vez, si he sido grosero -dijo tratando de calmarla, palmoteando su mano-.

Lizzy puso su otro brazo alrededor de la cintura de Samuel, abrazándolo y arrojando su cabeza sobre la espalda. El siguió pedaleando.

Hora y media después, llegaron a la casa. Ella todavía lo sujetaba sin darse cuenta que había llegado el momento de romper el sueño de tenerlo en sus brazos ...

- ¡Vamos miss Lizzy! Ya estamos en casa -dijo Samuel fríamente-.

- ¿Tan pronto? -preguntó dolida Lizzy. ¡Uffff...! Llévame a dar otra vuelta por el camino.

- Ay, miss Lizzy -empezó a enojarse- Ya es casi la mañana. ¿No está satisfecha todavía con todo lo que me ha causado? ¿Qué más quiere? ¿Que el general aumente aun más mi miseria, castigándome por no traerla a casa?



-agregó Samuel quejándose en tono duro-.

- Sea, maldito Samuel. !Qué cruel puedes ser!

Samuel no quiso agregar más confusión a la que ya tenía. La puso en su espalda nuevamente, llevándola a la puerta posterior de la cocina. En el trayecto, ella permaneció golpeándolo en la espalda, diciendo:

¿Cómo tienes el valor de hacerme esto?

Estela la sirvienta, los vio entrar pero él, guiñando un ojo, le ordenó hacer silencio. Colocó a Lizzy -que todavía tenía ánimo para pelear- sobre una silla.

- Haré café -dijo en voz baja Estela- ¿Otra vez tomada? -se preguntó a sí misma-. Que Dios se apiade de ella. Va a vomitar en cualquier momento... ¿Ya vomitó?

- No, no creo que lo haga -contestó Samuel-

- No la conoces como yo, lo hará. Sería mejor llevarla a su cuarto antes que lo haga. Si el general se levanta tendremos problemas. Apúrate, ayúdame a llevarla.

- No te preocupes, ella estará bien ... Ya lo hubiera hecho hace rato.

- Como quieras, pero te digo que va a vomitar.

- Tú, arregla el café y yo me encargaré del resto -replicó Samuel muy seguro de sí mismo-.

Lizzy aún movía su cabeza, en señal inequívoca de mareo; finalmente la puso sobre la mesa. De pronto se hizo hacia atrás, miró a Samuel y tosió.

- !Dios mío! -gimió Estela- Te dije que iba ...

Cuando Estela iba a increpar a Samuel por no escucharla, Lizzy abrió la boca y una carga de vómito salió para chocar contra la silla y el piso ...

- Apúrate, llévala al baño -insistió Estela-

Samuel la llevó al toilette. Lizzy aparentemente iba a vomitar más pero no lo hizo, simplemente tosió, haciendo sonar su garganta y sujetándose del asiento del toilette. Levantó el rostro de Lizzy, introdujo su dedo en la garganta; instantáneamente ella reaccionó con otra carga de vómito, que hizo !splashhhh ...! en el toilette. El mojó con agua fría el rostro de Lizzy, mientras ella trataba de quitar la mano. Tosió con más fuerza, escupiendo a intervalos lo que le quedaba ... El ruido hizo que el general despertara.

- ¿Qué es ese mal olor? -se escuchó la voz del general preguntando a

Estela- ¿Qué diablos es esto? -gritó abriendo la puerta del baño para averiguar el ruido-

Samuel todavía estaba limpiando la boca de Lizzy con una toalla, cuando el general lanzó una mirada de reprobación a ambos.

- Ella no se siente bien, señor -dijo Samuel tratando de explicar-

- Papi, papi ... -lloró Lizzy antes de lanzar un vómito final-

- Limpia esta porquería -ordenó el general- Llévala a la cama y repórtate conmigo de inmediato.

El general se sentó a tomar un café mientras Samuel cargó a Lizzy para llevarla a su dormitorio. Ella abrió los ojos, miró a su padre y dijo:

- Por favor papi, si me amas, haz que se vaya ... No quiero ver su cara nunca más ... El es malo ... Todo fue su culpa ... Se portó muy mal conmigo ...

Samuel, sin embargo, continuó cumpliendo con lo que, aparentemente, serían sus últimas obligaciones en esa casa. La colocó en la cama quitándole los zapatos y la cubrió con una manta antes de reportarse con el general.

- Estoy escuchando ... -dijo el general en tono tranquilo-

- Ella tiene un estómago débil para el alcohol, señor.

- No me engañes, turco; dime exactamente qué pasó. Yo conozco a mi hija.

- Con mucho respeto señor, eso no es cierto; pero como le dije, ella tiene un estómago débil.

- ¿Y por qué no la detuviste? -inquirió el general-

- ¿Me quedará en esta casa, señor?

- Borracha o no, ella no te quiere aquí. Sería mejor evitar conflictos.

- Ahí esta el por qué, señor -contestó Samuel con picardía-

- Ella me va a romper la espalda.

- Y lo hará.

- ¿Y tú que crees, turco? - Bueno señor, demasiado amargo es amargo y demasiado dulce, es también amargo.

- Háblame claro.

- Usted no puede hacer nada señor, solamente estar aquí; ella misma debe sentir la necesidad de cambiar... es todavía muy joven.

- Vete a descansar ahora, refréscate y repórtate mañana al restaurante. Tú vas a volver a vivir con tu mamá.

- Sí, señor -respondió girando para salir. Sin embargo, pudo percibir algo de desesperación en el rostro del general, se volvió caminando hacia él y tocándole en el hombro, le dijo:

- Yo nunca le he fallado antes, señor ¿no es cierto?

- No, hijo.

- Entonces confíe en mí, en lo que le voy a decir: ella (la vida) apretó sus garras alrededor de mi cuello y cuando yo creía que iba a morir asfixiado, alguien abrió esas garras. -Samuel pronunció esto señalando hacia el cielo-. No se preocupe señor, todo va a salir bien.

- Qué bueno es saber que estás de mi lado, turco. Bueno, repórtate mañana a tu trabajo.

Samuel se alejó dando saltos en dirección a su cuarto. Cogió todas sus cosas y de pronto, montando en su bicicleta, se alejó hacia el barrio Medina. Su madre no estaba muy feliz de verlo de regreso. Pensaba que le despidieron y temía que no le proporcionara el mismo dinero con otro trabajo; además, le preocupaba que el general decidiera dejar de ser socio del burdel.

Samuel ignoró las quejas de su madre, caminó hacia su cuarto, se quitó la ropa y saltó sobre su cama dura, que le hacía mucha falta. Estaba feliz de haber regresado y cuando arrimó la cabeza en la almohada, pasaron por su mente las imágenes de Xiomara respondiendo a sus besos, recordándole que el día siguiente sería un buen día. Cerró sus ojos con estos recuerdos en la mente y se durmió.

## EL BESO DEL ESCORPION ES VENENOSO

!"Mujeres"! ¿Quién en su sana mente puede decir que las entiende? ¿Qué hace que sus corazones puedan latir? Sus corazones son como trampas, profundos, pero jamás vacíos. Ellas te aman o te odian; de ambas maneras estás perdido.

Samuel se levantó aquella tarde y se dirigió al restaurante para trabajar, aunque podía haberlo hecho al siguiente día. Una hora más tarde el general, la madre de Lizzy, Claudia y Lizzy entraron al restaurante en busca de él.

- ¿Qué fue lo que hiciste? -preguntó su mamá yendo hacia él preocupada-

Vete rápido y pide disculpas al general, ahora.

- Turco, ven para acá -ordenó el general-.

- Arrójate a sus pies y pídele perdón -dijo su madre, urgiéndolo-.

- Bastardo, ahora todos van a saber quien eres tú -gritó Lizzy-. ¿Y usted confió en él, padre?

Samuel caminó hacia el general, incapaz de comprender qué había pasado. Sabía algo: estaba en problemas, juzgado y condenado como culpable.

- Sí, general, ¿en qué puedo servirle? -preguntó tranquilamente-.

- Escucha turco, la única cosa que te deja vivo es tu pasado conmigo. Yo confíé en ti pero si lo que me dijeron es cierto, mejor será que empieces a contar tus días -dijo amenazante el general-.

- Tienes que darle una buena lección, papi -sugirió Lizzy-

Samuel permaneció mudo, sin atinar a reaccionar.

- Ven para acá Lizzy -ordenó el general- y tú también turco. Quiero que los dos se enfrenten y me digan qué fue lo que pasó.

Lizzy caminó lentamente hasta ubicarse enfrente de Samuel y lo miró fijamente a los ojos. La mirada de ella era fría e inexpresiva, no demostraba la menor emoción sino más bien gran seguridad en sí misma. Samuel estaba aturdido y no pudo imaginarse de qué se le acusaba. De pronto, Lizzy levantó la mano y lo abofeteó gritando:

- ¡Cómo te atreviste! ¿Pensabas que porque había ingerido algo de licor no sentía? Pues sí, lo sentí y te juro por Dios que prefiero morirme antes de dejar que alguien como tú me toque.

- ¿Es cierto que lo hiciste, turco? Contéstame -ordenó el general-.

- ¿Que hice qué, señor? -

- Deja de jugar conmigo y di la verdad -gritó el general-. Lizzy dice que tú acariciaste sus pechos anoche en el camino y que trataste de seducirla. ¿Lo hiciste?

- Y mi pompis también, papi -agregó llorando- Se portó muy atrevido y es muy malo.

Samuel bajó la cabeza con gesto de enorme disgusto, giró sobre sus talones y lentamente se dirigió hacia la puerta. El general lo alcanzó, sujetándolo del brazo fuertemente y lo lanzó al piso.



- Contéstame, hijo de ... ¿Trataste de seducirla?  
- Tengan piedad de él, general. -rogó Claudia- Lizzy es tan bella como un ángel y él es sólo un ser humano y quién no va a caer tentado por su belleza? Por favor general, no es más que un niño. No lo volverá a hacer, se lo prometo.  
-Diciendo esto, Claudia rompió en llanto-.  
- ¿Lo hiciste o no lo hiciste? -insistió el general-.  
- ¡Ufff ...! -respiró Samuel. -Se levantó, miró a Lizzy y trató nuevamente de salir-.

El general, sintiéndose frustrado, volteó a Samuel y le propinó un puñetazo en la cara, haciéndolo girar.

- Habla -gritó el general a Samuel, quien sangraba profusamente por la nariz y mantenía baja su cabeza, lo que hizo que el general lo levantara otra vez y lo golpeará en el estómago. Samuel no se resistió y el general se sintió más frustrado todavía por ese silencio que consideraba como una aceptación de culpa. Pateaba a Samuel en el estómago, mientras permanecía en el piso.

- Ya basta, Armán -pidió la esposa interponiéndose-.  
- Por favor general, tenga piedad -rogó una vez más Claudia-.  
- Le voy a enseñar cuál es la consecuencia de traicionarme -dijo el general mientras seguía pateando en el estómago a Samuel-.

Samuel recibió los golpes, asimilando el dolor; pero no tenía fuerza para hablar. El general lo levantó y lo lanzó contra la pared. El brazo de Samuel se quebró y la sangre brotó manchando todo su rostro, mientras el general seguía golpeándolo en el estómago con uno y otro puño. El dolor del brazo roto hizo estremecer a Samuel y los golpes lo tenían al borde de la inconciencia. Nadie podía detener al general para que dejara de golpearlo, aunque todos -excepto Lizzy- gritaban pidiendo piedad. El general levantó a Samuel una vez más y lo lanzó contra la pared, amenazándolo.

- Te mataré -gritó levantando la mano-.  
- ¡Basta!, padre -imploró Lizzy-.

El general volteó a mirar a su hija y pudo ver que tenía lágrimas en sus ojos. Lizzy se acercó a los dos, mientras Samuel seguía en su camino hacia la inconciencia. Ella lo levantó de la barbilla, obligándolo a que sus inflamados ojos se fijaran en sus lágrimas. Lentamente, le limpió la sangre de la nariz.

El general había quedado aturdido por la reacción de su hija y quiso retirarla; pero ella lo detuvo con un gesto.

- ¿Por qué? -preguntó sollozante a Samuel-

Samuel haciendo acopio de todas sus fuerzas, se levantó, retiró la mano de ella y tambaleante, se dirigió a la puerta. Lizzy lo persiguió, tratando de sostenerlo para que no cayera.

- ¡Ay!, tonto ... -lloraba ella- ¿Por qué no te defendiste? Pudiste haber dicho algo.

- Era mi palabra contra la suya -Samuel apenas tosió las palabras- y las tuyas valen más para él -agregó antes de salir del restaurante-

- Espera, espera por favor -dijo ella persiguiéndolo-

- Me avergüenza que seas mi hija -se lamentó la madre de Lizzy, siguiéndolos-

- No quise hacerle daño -gemía Lizzy-, solamente quería su atención.

- Ya la tiene -tosió Samuel y lentamente montó en su bicicleta-

- ¿Qué fue lo que hiciste, hija? -dijo tristemente el general, abandonando también el restaurante-. Samuel, Samuel, regresa acá ...

- Ya no me necesita, señor -respondió Samuel alejándose algunos metros, cuando la madre de Lizzy sujetó la bicicleta. Lo detuvo entregándole un paño para que se limpiara la sangre-

- Que Dios te bendiga, hijo -dijo doña Lisa-. No lo culpes a él. Tú sabes bien lo enojado que se pone cuando se trata de Lizzy; pero yo me voy a asegurar que ella se corrija. No te vayas, no de esta forma; considéralo como tu padre y perdónalo. Y ya es tiempo que ella sepa quién eres tú.

- Yo soy nadie, doña Lisa. No más que un turco.

- Yo sé que nosotros te debemos la vida de Armán, ella no lo sabe y no le importa; lo único que ella quiere es atención. Quédate hijo, por favor.

- No, no puedo -respondió Samuel llorando-. El tiene una memoria corta y un temperamento más corto todavía -agregó tratando de alejarse-

Samuel apenas se había movido algunos metros, cuando se desplomó inconsciente. Lo llevaron al hospital. Cuatro días más tarde, sus ojos se abrieron. Sabía que no estaba en su casa y trató de incorporarse para salir. Su brazo roto lo hizo gritar de dolor y al instante se abrió la puerta y entró

Lizzy corriendo.

- Gracias a Dios que estás mejor -exclamó ansiosa acudiendo a él-. Házte para atrás, necesitas más descanso.

- ¿Qué estoy haciendo aquí? -preguntó Samuel- y usted, ¿qué está haciendo aquí? -inquirió enojado, tratando de incorporarse-.

- No debes hacerlo ... -trató que volviera a la cama cuando él la empujó, haciéndola de lado-.

- Usted permanezca alejada de mí-gritó frenético-. ¿Qué más quiere? ¿Todavía no está feliz con todo lo que ha hecho? -agregó insistiendo en salir de la habitación, cuando ella lo sujetó de la mano, llorando-.

- No te vayas, por favor ... Soy ...

- Usted es ¿qué? ... Adelante, llame a su padre para que me golpee y me obligue a quedarme. ¿Así le gustaría más?

- No, por favor, no digas eso -lloró sujetándolo por la camisa mientras él intentaba una vez más dirigirse hacia la puerta-. No te vayas, no me dejes ...

Samuel ignoró la súplica, retiró la mano de Lizzy y la empujó hacia atrás, diciendo:

- Vaya, vaya y ahora, ¿qué sigue ... señorita? ¿Qué plan tiene ahora en mente? -dijo cínicamente, dejando que llorara, tirada en el piso-.

Samuel caminó hacia el burdel, llegando dos horas más tarde, después de hacer algunas paradas para descansar.

- ¿Dónde estaba? Todo el mundo está loco buscándolo -dijo Teresa, una de las muchachas del burdel-.

- Me voy lejos de aquí. Tomaré algo de dinero del cuarto de mi mamá. Dile que no se preocupe por mí; estaré bien.

Samuel llevó treinta y cinco Lempiras y tomó el bus hacia Omoa, Cortés. Una vez allí, se alojó en la casa de uno de sus viejos amigos. Don Rubén, era un cliente del burdel y había prometido cualquier cosa a Samuel, como resultado de un favor recibido. En una ocasión, robaron a don Rubén en el barrio Medina y Samuel le proporcionó el dinero para que regresara a su casa. Rubén entonces, pagó su deuda consiguiendo trabajo a Samuel en un restaurante de la playa. Samuel trabajó y durmió allá. La hamaca era su cama y el océano le ofreció el agua para bañarse y lavar su ropa. Paz y tranquilidad

en su mente era cuanto Samuel había buscado y por fin, la había encontrado.

Después del trabajo, Samuel caminaba por la playa, pateando los cocos secos y lanzando piedras al agua, movía su mano asustando a los mosquitos hasta llegar a un cocotero, que había seleccionado para sí. Se sentó bajo el cocotero, mirando al cielo y soñando, antes de dormirse.

Habían transcurrido dos semanas desde que llegó a este sitio. Después del trabajo, Samuel siguió su ruta normal en dirección al cocotero. Se sentía muy cansado y pocos minutos luego de sentarse, se durmió. Unos veinte minutos más tarde, su cuerpo sintió un cosquilleo; movió su cara para arriba, como buscando la corriente de los tibios soplos que percibió, todavía con los ojos cerrados. Una mano suave acarició su pecho y unos dedos finos jugaron con su pelo. El permanecía en un estado de adormecimiento y sueño celestial y, al abrir los ojos, todo apareció nubloso y no estaba seguro de dónde terminaba la fantasía y empezaba la realidad, cuando una mano rozó su boca y unos labios besaron los suyos.

- Xiomara -exclamó sorprendido, al darse cuenta que era ella.

- Nunca dijiste adiós -dijo quejosa-

- Nunca lo hago -contestó. ¿Qué estás haciendo acá y cómo supiste dónde estaba?

- No importa, por fin te hallé -replicó obligándolo a acercarse a su rostro-

Se besaron una y otra vez, hasta que empezaron a sudar. Ella puso una de sus piernas sobre él y, lentamente, se sentó sobre su estómago, apretándolo contra el cocotero. No habían transcurrido sino unos segundos cuando ella decidió quitarse y arrojar lejos su camiseta colocando su mano en el pecho de él. Al calor del momento pasaron otros segundos y las ropas íntimas de Xiomara colgaban del árbol y las de él quedaron sobre sus zapatos. Hicieron el amor como dos caballos salvajes, cansando uno al otro hasta la muerte, cuando estaban unidos; y a la vez como dos pajarillos, que entonaran dulces canciones y se prodigarán suaves y tiernas caricias. Sólo cuando ya no tenían más fuerza y sus cuerpos se lascaron por la arena mezclada de sudor, se dejaron uno al otro. Permanecieron abrazados unos instantes antes que Xiomara pronunciara algo.

- Lizzy está muy enferma ¿lo sabes?



- He escuchado.
- Ella no quiere comer ni hablar con nadie.
- ¿Por eso estás acá?
- Yo sé que ella te ama; ya no es la misma que conocí -dijo Xiomara observando atentamente la reacción de Samuel-.

Samuel brincó, se vistió y caminó hacia el agua. Nerviosamente tiraba unas piedrecillas, antes de regresar con Xiomara y apuntando con el dedo, preguntar:

- ¿Qué es lo que quieres de mí?
- ¡Tu corazón!
- Créeme, ya lo tienes; pero mi corazón no vale. Yo nunca he amado a alguien como te amo a ti, pero no puedo asegurarte que será sólo tuyo y únicamente tuyo; por lo menos no, ahora. No ves que soy solamente un juguete? Las gentes con sus complejos y miserias me buscan como una salida. Yo acepté ser como un peluche y no tengo ninguna otra opción.

- Yo solamente quise escuchar que me digas que me amas. Quise besarte, abrazarte y sentir por un momento que eres mío. Sabía que eventualmente ella te alejaría de mí. Yo lo percibí desde el primer día que ustedes se encontraron ... Y tú eres como un tornado, pasas rápido impresionando a la gente para luego alejarte. Se siente tu presencia pero nadie puede controlarte.

- No puede ser que yo sea tan cruel.
- Tu crueldad está en tu bondad; dependo mucho de tu corazón.
- Bésame -pidió Samuel-
- Ya no puedo más; solamente quiero llorar -y en efecto, lloró-. El general nos está esperando y estoy segura que él sabe que algo pasó entre nosotros.

Caminaron hacia el restaurante sin pronunciar palabra ni tocarse, evitando hacerse daño.

- ¡Vámonos! -dijo el general en voz baja, tragando su orgullo cuando los dos entraron-.

- Me alegra verlo, señor.
- Sabías que vendría detrás de ti..!Pícaro! -bromeó el general-.
- Por el bien de todos, tenía que ser de esa manera, señor.

Las dos horas de viaje hacia San Pedro se volvieron un tormento para

Xiomara, que besaba a Samuel en el cuello cuando el general no los observaba. Al llegar a la casa del general, todos se dirigieron a la habitación de Lizzy, donde ella lucía cansada, pálida y aquejada de fiebre.

- Mi pequeño turquito ya regresó! -exclamó Lizzy feliz-.

- Come algo hija, por favor -rogó el general-.

- Se ve muy fea así tan flaca -bromeó Samuel-.

- ¿Me das tú la comida? -preguntó en tono de niña mimada-.

- !Humm ...! -Samuel no atinaba a contestar y miró al general-.

- ¿Dejas que Samuel me arrulle para dormir? Papi, por favor ... -suplicó Lizzy-.

- Por supuesto, hija, cualquier cosa que te haga feliz -contestó el general para quien su orgullo había dado paso a la preocupación por ver recuperada a su hija-.

En pocos minutos trajeron la comida y sin hacer ruido, salieron todos dejando solos a Lizzy y Samuel. Tal vez esto había sido planeado o quizás era una coincidencia; pero todos sintieron que nada tenían que hacer en la habitación. Cuando la puerta se cerró detrás de ellos y Lizzy no escuchó ninguna voz, brincó de la cama y lo atacó a besos y abrazos. Samuel, tranquilamente, se liberó de sus manos y la volvió a la cama.

- Va a comer primero -ordenó suavemente Samuel-. Por eso estoy aquí.

- Sí, señor -hizo ademán de saludo militar, cerró sus ojos y mostró sus labios esperando por el alimento-.

Al extender Samuel el vaso con jugo de naranja, ella se negó a abrir la boca y murmuró:

- Bésame primero.

Samuel lentamente abrió un botón de la camisa de dormir de Lizzy y arrojó todo el jugo, haciéndola temblar de frío.

- ¿Por qué haces ésto?

- Ya basta de tonterías, miss Lizzy. Ya todos se fueron y estamos sólo usted y yo. Ellos y yo entendemos su punto, así que no lo haga más.

- ¿Qué? ¿Qué punto? ¿De qué estás hablando?

- !Bravo! !Bravo! -contestó Samuel aplaudiendo, haciendo ruido, chocando los dedos contra el yeso del brazo roto.- Usted hizo al general Armando,

el poderoso, someterse a sus caprichos. Hizo saber a Xiomara qué es capaz de hacer usted y sus juegos hasta han llamado mi atención. El puntaje es Lizzy uno y el resto de nosotros cero. Debo sacarme el sombrero ante usted, miss Lizzy.

- Estás equivocado. Honestamente, por Dios, yo te amo. Nunca ... -trató de continuar-.

- Usted y yo sabemos que eso no es cierto. Esto es sólo un juego para usted, que empezó con usted versus su padre y luego usted versus Xiomara y ahora, usted versus yo y yo soy la pelota. Usted jamás me ha querido y pensándolo bien, nunca ha querido a nadie sino a sí misma. Hasta que Xiomara apareció, yo era sólo un perro sucio para usted. Su determinación de romper los corazones de quienes la aman, es sin igual. Usted practica el juego de la manipulación muy bien. Samuel dijo todo esto cruelmente.

- Parece que piensas que entendiste mi secreto -dijo Lizzy rompiendo a llorar-.

- Muy dentro de mi corazón, desearía que lo que dije no fuera cierto.

- Por el momento parece que no tengo mucha defensa, pero el tiempo dirá; sin embargo, como soy culpable, me gustaría utilizar ese poder de manipulación para pedirte un último favor.

- Mande.

- Quédate conmigo un momento más; cuéntame algo de ti. Samuel le había ofrecido primero la comida; ella abrió su boca y obedientemente masticó al ritmo que él le daba cada bocado. Al terminar, ella salió de la cama y fue a asearse. Regresó, arregló la cama y con un gesto invitó a Samuel a acostarse junto a ella.

- Siéntate conmigo en la cama, no te voy a morder.

Samuel dudó por un momento y finalmente aceptó. Ella puso un brazo alrededor de su estómago y el otro por la espalda; dejó caer su cabeza de larga cabellera, junto al pecho de él y lo abrazó fuertemente. Por su parte, Samuel sintió que los abrazos se volvían más fuertes y que ella empezaba a abrir los botones de su camisa y al mismo tiempo lloraba quedamente; las lágrimas mojaban su pecho y Samuel empezó a jugar con su cabello, rindiéndose y comenzó a contarle chistes.

Y así permanecieron por algunos minutos, él haciendo bromas y ella riendo y llorando.

- Yo sé que soy una muchacha mala, sé que lo soy, Samuel. Todos me han abandonado -dijo Lizzy amargamente-.

- Algunas veces sí lo es, es cierto, dulce Lizzy. Solamente espero que madure un poco.

- Después de todo lo que he hecho, ¿todavía me llamas dulce?

- Pero miss Lizzy, yo sé que es la más bella y dulce chica que conozco; a mí me fascina su sonrisa que puede derretir el corazón de quien quiera.

- No me engañes. Yo siempre he creído que eres honesto conmigo. Me conozco y sé lo que la mayoría de la gente piensa de mí. Yo sé que me he labrado una mala reputación entre los hombres ... Para ellos no soy más que un pedazo de carne que ellos tragan cuando quieren y lo tiran a los perros, después. Sé que me he causado mucho daño a mí misma.

- Está equivocada, miss Lizzy. Usted tiene todo a su favor. Dios la bendijo con una belleza que miles de mujeres envidiarían.

- Yo utilizaba esa llamada belleza para dañarme y dañar a quienes están alrededor mío.

- No es cierto; su verdadera belleza está a la vista. Yo sé que tiene la mente sana para sacar a la verdadera Lizzy encantadora, quien con su sola mirada puede volver locos a muchos hombres.

- Honestamente, ¿crees en eso?

- Miss Lizzy, yo apuesto que ya tiene una larga fila de hombres esperando para hacerla esposa y madre de sus hijos. Usted siempre tiene la mano sobre todo y depende de usted escoger lo mejor.

- ¿Y tú? -preguntó mirándolo esperanzada-.

- Mi cuello es muy pequeño, se va a quebrar si miro demasiado arriba. Estoy contento con lo que tengo.

- Que chica con suerte es Xiomara. Yo me arrepiento de todos los dolores y humillaciones que te hice pasar. Estaba ciega para no mirar lo maravilloso que puedes ser. Sinceramente lo siento ¿Me perdonas? -rogó Lizzy besando su estómago-.

- ¿Ya se rindió tan rápido? -bromeó Samuel-.



- Por ti, mi dulce amor, me pelearía con todo el mundo; pero ¿cómo me atrevo a pelear contra ti? -dijo ella apretándolo fuertemente con sus brazos-

- Duerma tranquila, miss Lou, pues como dicen en el cine, “mañana será otro día” -contestó Samuel besándola en la cabeza-.

- Yo nunca te he dicho antes, pero siempre me ha gustado la forma como me llamas miss Lou -dijo Lizzy cerrando los ojos para dormir-.

Lentamente, Samuel se zafó de su abrazo y caminó hacia la puerta.

- Samuel -llamó ella-.

- Sí ... miss Lou

- Sabes? siempre he odiado el cine .

- Comenzamos bien, ya tenemos algo en común -dijo Samuel sonriendo y dirigiéndose a la puerta-.

Samuel bajó para hablar con el general y su esposa, luego de dejar dormida a Lizzy.

- Ella va a estar bien, general.

- Estoy seguro que sí -contestó el general, ofreciendo su mano para estrechar la de Samuel-.

- Debo volver a Omoa, pues debo trabajar temprano.

- Tu cuarto en la casa está preparado para tu retorno.

- No era necesario, señor -dijo Samuel dirigiéndose hacia la puerta-.

- Por el bien de todos, quédate con nosotros -rogó doña Lisa, intentando cortar el paso a Samuel-. El no es el mismo desde que te fuiste -dijo, refiriéndose al general-. Algunas veces por la mañana, va a tu cuarto y abre la puerta esperando encontrarte allí; una vez hasta vi una lágrima en sus ojos y ...

- ¿Me devolverá el trabajo, señor? -interrumpió Samuel mirando al general-.

- ¿Cubriendo mis espaldas?, por supuesto -contestó el general sonriendo-

- Bueno, entonces debo pedir doble sueldo señor, ya que usted se puso más suave y tendré que hacer doble esfuerzo.

- Yo no apostaría, turco; lo que ocurrió fue una caída momentánea.

- ¡Qué alivio escuchar eso!, señor.

- Vete a dormir -ordenó el general con voz autoritaria-, mañana tenemos

mucho trabajo.

Samuel bajó la cabeza y cuando iba a salir, el general lo llamó otra vez:

- Si yo fuera tú, no lo tomaría turco como un cumplido, turco -bromeó el general-.

- No lo tomé así. Buenas noches, señor.

## CAPITULO IX

### EL LEON, LA HIENA Y EL ZOPILOTE

El león mató un búfalo de agua ... La hiena quiso robar una pierna para sus crías ... el zopilote observó la disputa entre el león y la hiena ... El león mató a la hiena en su pelea por tomar la presa ... El zopilote tragó la carne de la hiena y, luego, limpió los huesos del búfalo ... Y cuando el león envejeció y se volvió incapaz para cuidar de sí mismo, el zopilote llamó a otros limpia-basura para quebrar los huesos del león y robar una o dos piernas para sus crías ...

La lección para el león: tenías que matar a los dos ...

La lección para la hiena: tenías que esperar que el león comiera primero

La lección para el zopilote: ¡bien hecho! Divide y vencerás ... Pero entonces, tu día eventualmente llega, siempre hay un cóndor ...

“Cubriendo la espalda del general” ... ¡lo nada más que cubriéndose!

Samuel retornó a su trabajo; él seguía al general como una sombra. Las órdenes del general, sin embargo, aunque superficialmente parecían estrictas, nunca más tuvieron el tono soberbio y autoritario, sino que se tornaron firmes y a la vez suplicantes.

Noviembre 8, 1968. El general recibió la visita de tres individuos: Mr. Albert DeWitt, un hombre de negocios americano vino a buscar la bendición del general o su “mira no mal, escucha no mal”, que significaba “pago para que me dejes hacer”; Juan Roberto Meléndez, un coronel de la Fuerzas Armadas de Guatemala, vino a buscar tranquilidad de mente y un pedazo de esta mal ofrecido por DeWitt; Carlos Matamoros, un intermediario hondureño, vino a buscar su comisión y un mercado más grande para su propio mal; finalmente, Mr. Mal era nada más que un par de furgones que contenían armas, drogas, y algo más de las dos ...

La reunión entre los cuatro duró dos horas y la respuesta del general a la oferta, fue que iba a consultar con sus contactos antes de decidir, al día siguiente.

- ¿Qué piensas, Samuel? -preguntó el general cuando se retiraron los individuos-.

- Yo me allano a lo que usted diga -dijo Samuel, tratando de evitar el comprometerse-.

- Aún así, me gustaría saber tus ideas. Yo quiero que también pongas tu corazón en esto.

- Bueno señor, lo haré ya que usted ha decidido.

- Estaba decidido desde el momento en que entraron; aunque soy un general, un rechazo de mi parte hubiera significado mi cabeza. Yo retrasé mi aprobación para tratar de encontrar una salida que no me haga daño, pero su simple visita a mi casa, ya me ha involucrado.

- Una vez que está arreglado, entonces le doy mi opinión.

- Sabía que tenías dudas para meterte en estos asuntos.

- Realmente no señor; no es por ser fresco, pero ¿por qué le da importancia a mi opinión?

- Es tu instinto que siempre da pruebas que tienes la razón. Déjame escuchar lo que piensas -insistió el general-.

- Yo creo que no solamente tiene que aceptar su oferta, sino manejarla. Seguramente ellos tienen otra alternativa para el caso que usted la rechazara; esa alternativa tiene que ser eliminada.

- Sabía que dirías eso. ¿Qué más?

- Para ganar una pelea, sería mejor que usted diera el primer golpe y darlo donde duela más.

- Te escucho.

- Divida y vencerá, señor. Empiece a dominar a uno de ellos y los demás quedarán atados ... Matamoros es muy inteligente pero todavía es pequeño y débil. Hágalo grande ... Vuélvalo una cabeza a la que usted pueda apretar.

- ¿Qué tienes en mente? -preguntó sonriente el general-. ¡Ay!, maldito, yo sabía que ya tenías todo planeado y amarrado, pícaro.

- Es también mi cuello, señor. A mí me gusta mi cabeza donde está, sobre mi cuello.

- Bueno, dame detalles ... números, algo para empezar.

- Así es como creo que tenemos que caminar -Samuel empezó a explicar



su táctica-. Primero, tenemos que comprar a Matamores para tenerlo de nuestro lado; déjelo tener un mejor negocio acá; déle servicios y hasta protección. Haga que no pueda dar un solo paso sin su bendición y conocimiento. Ponga un par de hombres para que trabajen con él y que hasta sean leales a él. Hágame babear para que siga a su lado; es decir, déle una comisión más grande de lo que él jamás soñó.

- ¡Ajá!, ¿Qué más?

- Ahí empieza usted a eliminar a todos aquellos que le causarían dolor de cabeza. Ponga sus propios hombres en Aguacaliente (población fronteriza entre Honduras y Guatemala). Usted necesita que todo vaya suavemente sin que nadie alardee que cumple con la ley y entorpezca las operaciones ...

- Eso me costará hacer presión sobre muchos para reemplazar a tanta gente -interrumpió el general-. Dejemos a ellos que se preocupen por ingresar la mercancía, nosotros nos ocuparemos del resto.

- No es por argüir señor, pero no le costará más que una docena de balas. Además, esa gente quiere su cooperación y silencio; en vez de eso, déles su máxima protección y participación.

- ¿Qué es lo que estás diciendo? -preguntó inquieto el general-. ¿Que me encargaré de todo el contrabando? Mi conciencia me acusa solamente con saber que debo ser ciego y ¿todavía quieres que haga de cabeza? No, no, no hay tal cosa. No lo haré.

- Si usted no lo hace, ellos de cualquier manera lo harán, señor. Pero, permítame preguntarle, ¿Habría querido usted que ellos vinieran a verle?

- No, pero ellos ya lo hicieron y temo que salir de ese relajo es peor que entrar. Los dos caminos son peligrosos y ese gringo es más peligroso todavía.

- Exactamente, señor. Y para ganar a la serpiente tiene que ser más venenoso y, si es necesario, perseguirla hasta su guarida.

- Maldito Samuel -replicó el general en tono desesperado-. Todo es negro o blanco para ti y siempre escoges el negro. Debe haber otra salida y tengo que hallarla.

- Bueno, siempre queda Nueva Zelanda, señor -dijo Samuel sonriendo-. He escuchado que los gobiernos de allá pagan a la gente para que se multiplique y sean más numerosos que las ovejas.

- Te estás poniendo atrevido conmigo últimamente, recuerda quien soy yo.  
- Dios sabe que no, señor -Samuel dijo esto en tono de disculpa- Yo solamente quiero lo mejor para usted. Es un mundo sucio el de afuera y, como dicen, sólo la extirpación elimina el cáncer. Esto, o rendirse bajo la piedad de ellos -si es que la tienen ...-.

- ¡Ay, Dios!, maldito; odio admitir pero tienes razón. Lo que pasa es que yo no puedo simplemente ...

- Usted no tiene que hacerlo -interrumpió Samuel-. Me encargaré de esto. Mis manos ya están sucias.

Los tres caballeros volvieron al día siguiente y estaba decidido ya que el general iba a cooperar ...

Noviembre 12, 1968. El general invitó a Matamoros a una cena en su restaurante.

20h45: El general llegó al restaurante y se ubicó en una mesa al otro extremo de la sala, donde Samuel había planeado.

21h15: Carlos Matamoros arribó al restaurante y se sentó junto al general.

Ambos, el carro del general y el de Matamoros, fueron parqueados en el jardín y permanecían cuidados por dos soldados y un guachimán.

01h15: Samuel ofreció traer un conjunto de mariachis para alegrar la fiesta.

01h25: El mariachi empezó a tocar y a entonar canciones, alrededor de la mesa del general.

01h30: Samuel se unió a la fiesta y también empezó a cantar con los mariachis.

01h35: En total, había veintiséis individuos en el restaurante, sin contar con los mariachis.

01h45: Cuando todos levantaban sus vasos brindando, los dos carros explotaron haciendo trizas los ventanales de todo el restaurante ... Samuel instantáneamente brincó sobre el general, arrastrando consigo a Matamoros al suelo.

De las veintiséis personas que estaban en el restaurante, ocho habían muerto de inmediato; dos estaban seriamente heridas y las demás habían sufrido daños en sus caras y cuerpos.

- ¿Qué diablos fue eso? -preguntó gritando el general nerviosamente, luego de cortos instantes de tembloroso silencio-.

Samuel saltó y corrió afuera para investigar. Regresó adentro y parándose sobre Matamoros, que todavía permanecía tirado en el piso, gritó:

- ¿Quién te quiere muerto? -preguntó Samuel levantando a Matamoros por su camisa-..

- Baja al hombre -gritó el general- ¿Qué es lo que está pasando?

- Alguien hizo explotar su carro, señor y el de él, también está hecho pedazos.

- Hablaremos de esto después que venga la policía a investigar; pero baja al hombre y ayuda a los heridos, mientras llega la ambulancia -ordenó el general-. Pero en cuanto a usted, -dijo dirigiéndose a Matamoros- tenemos que hablar y es mejor que tenga una buena explicación para esto.

La policía llegó y, luego de unos momentos, el incidente estaba investigado. Se decidió que alguien quiso eliminar a Matamoros, especialmente las investigaciones indicaron que la bomba explotó debajo del motor de su carro. El general anunció que se encargaría de la investigación y prometió llevar a esos terroristas ante la justicia ...

- Yo pensaba que habíamos decidido comprarlo -dijo el general dirigiéndose a Samuel una vez que habían quedado solos, luego que la policía abandonó el lugar, llevándose con ellos a Matamoros para interrogarlo-.

- Ya lo hicimos, señor. El está comprado.

- La próxima vez que decidas explotar el lugar, avísame antes para estar preparado -insistió el general nervioso y preocupado ante la audacia y sangre fría de Samuel-.

- Yo pensaba que usted lo sabía, señor.

- Tú me dijiste que ibas a asustarlo para atarlo a nosotros; pero jamás se habló de bombas, explosiones y gente muerta.

- Señor, usted tenía que saborearlo también para darse cuenta de que le ocurriría a usted y su familia en caso que ellos quisieran ...

- Que Dios me maldiga Samuel, si no pongo una bala en tu cabeza y me quito de encima a alguien que ama el olor a sangre -gritó el general, tocando la cartuchera donde guardaba su pistola-.

-¡Dispáreme aquí para no sufrir!-exclamó Samuel señalando su garganta con el dedo-. ¡Máteme! ... Yo sabía que usted no tenía estómago para todo esto -agregó provocando al general, parándose en frente de él-. Pero antes que lo haga, -calmadamente puso su mano sobre la mano del general, que sujetaba la cartuchera- escúcheme, usted me debe una ... Cuando el león ataca a su presa, nunca tiene consideración para las hormigas que pisa a su paso ... Entonces, esa gente son leones y no van a pensar dos veces para pisotearles a usted y a su familia ... de modo que, quienquiera que no es un león, es una presa desechable para ellos.

- ¡Ay! ¡Ay!, hijo de puta -el general empezó a aceptar- ¿Quién diablos eres tú que cada vez que deseo matarte con mis propios dientes haces algo para enseñarme que estoy equivocado? ¿De qué estás hecho, hijo de la mala vida? Yo me pongo a pensar qué es peor, si estar bajo tu piedad o la de ellos?

- Que Dios me mate el día en que lo mire a usted bajo mi piedad, señor. Yo sólo vivo de su bendición. Si usted desea que no continuemos algo en lo que estemos de acuerdo, siempre aceptaré su decisión, aguantando su mismo destino.

- ¡Qué voy a decir! -se rindió el general ante los pícaros argumentos de Samuel-

- Confíe en mí, señor. Déjeme encargarme de esto por mí mismo ... Yo le haré saber cada paso que dé; pero esté seguro, que nada malo le pasará mientras yo permanezca con vida.

- Si tienes que matar a alguien, no quiero saberlo -dijo el general empezando a ser probo-. No me digas qué vas a hacer, sino el resultado.

- Está bien, señor. Usted no tiene que preocupar a su conciencia; en cuanto a la mía, todavía tengo que encontrarla -agregó sonriendo Samuel-.

- ¿Y ahora qué sigue?

- Traiga a Matamoros acá y quédese con nosotros, señor. Yo me encargaré del resto ... con su permiso, por supuesto.

- Por supuesto hijo, por supuesto.

Al día siguiente, Matamoros fue traído para que hablara con el general.

- Bueno don Carlos -dijo Samuel empezando a tratar la negociación-. Necesitamos algunas respuestas.



- ¿Desde cuándo general, te pasa este turco? -preguntó Matamoros provocando al general y evitando la respuesta-.

- Desde el momento en que le di órdenes para hacerlo, hijo de puta -gritó el general-. Yo también le he dado órdenes para que haga explotar tu cerebro en pedazos si es que mientes.

- ¿Miento sobre qué, general?; todavía no sé lo que está pasando.

- ¿Quién quiere a usted y al general muertos? -preguntó Samuel-.

- Yo no sé del general; pero yo no tengo enemigos que sean capaces de hacer cosas como las que ocurrieron.

- No tiene que ser un enemigo -Samuel empezaba a meter dudas en la cabeza de Matamoros-. Nosotros creemos que alguien está interesado en el negocio con el gringo y quiere que usted y el general queden fuera del camino... ¿Quién más sabe de este asunto, don Carlos?

- No, no -respondió Matamoros sacudiendo su cabeza-. Eso no puede ser posible.

- ¿Y por qué no? -inquirió Samuel-. Usted es un hombre de negocios y tiene que saberlo. Hay mucho dinero involucrado y parece que alguien quiere ese dinero mucho más que usted, que hasta el matarlo no significará nada en su conciencia ... Ahora matar a usted no agrega ni quita nada del general y, personalmente, a mí no me importa si usted vive o no. Si usted quisiera cooperar con nosotros para tener mejor control de las cosas, entonces sería más beneficioso para todos; pero si no, entonces nosotros ya encontraremos alguien que lo haga. Usted ahora tiene la carta de su vida y del éxito en sus manos. Si escoge el utilizar esa carta con sabiduría o no, eso depende de usted...

Para acortar la historia, Matamoros finalmente decidió cooperar; él también tenía la voluntad de presentar la lista de las posibles alternativas para el caso que el general hubiese decidido no participar en el mal. Samuel entonces se encargó del proceso de eliminación para asegurar su vida y la del general.

Noviembre 16, 1968. El coronel Omar Mendoza apenas condujo su carro un par de metros antes que una bomba explotara y su cuerpo en pedazos volara por toda la vecindad. Su esposa y sus tres hijos, de edades 7, 11 y

16 años también murieron. Tres transeúntes tuvieron el mismo destino, mientras otros cuatro resultaron heridos.

Noviembre 16, 1968. Una bomba explotó en la hacienda de Sergio Borja, matando a su esposa, sus dos sirvientas y sus suegros; Sergio recibió un balazo en la cabeza una media hora después.

Noviembre 18, 1968. Siete empleados de la aduana de Aguacaliente, disfrutaron un buen almuerzo al medio día. En la tarde, seis murieron de envenenamiento grave y el séptimo de un balazo en el corazón. Tres días más tarde, sus reemplazos tomaron su lugar.

Noviembre 18, 1968. Cuatro empleados de la aduana en Puerto Cortés tuvieron un destino similar ... impactados con balas en sus rostros.

Noviembre 18, 1968. Jorge Emilio Cãli, director de aduanas en la Ceiba, recibió un impacto de bala en la cabeza. Su reemplazo llegó a tomar su puesto, dos días después.

Noviembre 21, 1968. El general llamó a los tres caballeros a que se hicieran presentes en su mansión.

- Llamé a todos ustedes para anunciar que todo está bajo control. Aquellos que hubieran podido ocasionarnos problemas en nuestras operaciones, han sido eliminados. Seguiremos de acuerdo a los planes -dijo el general ufánándose-.

- Nada de eso era necesario -dijo DeWitt-.

- Yo no puedo y no voy a trabajar sin tener absoluto control en mi territorio. Usted preocúpese por su lado y déjeme encargarme del mío.

- A mí no me gusta lo que he escuchado -insistió DeWitt-. Es muy arriesgado y pudo haber puesto en peligro la operación.

- Nosotros nos encargaremos de las cosas de distinto modo al suyo ... Hay mucho dinero involucrado y no dejaré al azar nada que nos provoque dolores de cabeza. Usted siga con sus embarques y no tiene que preocuparse por el contrabando ni otros gastos. Todo está arreglado.

- A mi gente no le gustará, general -insistió DeWitt-.

- Su gente entenderá que son procedimientos de precaución -respondió el general-. Sin embargo, la confianza toma tiempo y por mi parte asumo toda la responsabilidad para el caso que algo salga mal.

- Les comunicaré lo que usted me acaba de decir -replicó DeWitt-. Vamos a ver, general.

- Así me gusta, DeWitt. Yo admiro al hombre que consulta con su gente antes de tomar decisiones graves; eso es muy inteligente, muy inteligente.

- ¿Y usted qué piensa, Matamoros? -preguntó DeWitt-.

- Me gusta -respondió Matamoros- Yo sigo.

- ¿Y usted, Meléndez? -preguntó DeWitt nuevamente-.

- No estoy seguro, DeWitt; pero no veo nada de malo en probar. Además, nos urge captar el mercado y rápido. Vamos a hacerlo. No hay nada que impida continuar con los planes.

- Bueno, me pondré en contacto con ustedes más tarde -dijo DeWitt al tiempo que se disculpaba para abandonar la reunión-.

- Bien hecho, general -dijo Meléndez felicitándolo tan pronto como DeWitt hubo salido-. Admiro su efectividad.

- Siempre tienen que ser así las cosas -contestó el general-.

- Me gusta -dijo Meléndez-. Por mi parte, no me importaría si tuviera que hacer lo mismo -agregó abriendo sus ojos como si esperara el apoyo del general-.

- ¿Tiene que hacerlo? -inquirió éste-.

- Honestamente general, no me importaría si se hacen desaparecer algunas caras.

- Hecho; yo mandaré a alguno de mis hombres para que se encargue -dijo el general sonriendo-. Siéntese y tranquilamente déme los detalles. Todo terminará antes que usted se dé cuenta.

- Muy amable de su parte, general; pero no quiero que se preocupe por mis problemas -dijo Meléndez en tono cortés-.

- Nada de eso; nosotros somos socios. Además, todo tiene su precio y yo no lo haré muy pesado para usted, solamente lo justo. Fíjelo usted.

- Será el de la bendición de Dios y de la suya, general.

- Está bien, entonces usted me da lo que quiera. Llamaré al turco para darle los detalles.

- ¿Es confiable él? -averiguó Meléndez-.

- ¿Lo es usted? -preguntó el general-.

Llamaron a Samuel y le dieron los detalles. Dos días después, Samuel fue a Guatemala para preparar su plan.

Diciembre 2, 1968. El capitán Rigoberto Barahona fue asesinado de un disparo en la cabeza. Su esposa Beatriz recibió una bala en el pecho, cinco minutos después. Ella estaba embarazada de su primer bebé. Los dos cuerpos fueron sepultados en Esquintla.

Diciembre 2, 1968. La familia Ortega se componía de siete miembros, en la mañana. A las 19h45, quedaba sólo uno ... paralizado de por vida, luego que la bala errara su cabeza y lo alcanzara en la espina dorsal. Según la última noticia que se tuvo de él, Luis Ortega todavía se sienta en frente de la catedral de Puerto Barrio y extiende sus manos, pidiendo caridad.

Diciembre 3, 1968. Eduardo Ortiz, un general de la Fuerza Armada guatemalteca, recibió un disparo en la cabeza mientras disfrutaba de una barbacoa en Río Dulce. Su familia no tuvo oportunidad de comer su chorizo... Su esposa fue asesinada instantes después y sus dos hijos quedaron con vida ...

Misión cumplida, Samuel regresó a San Pedro Sula para reportarse al general.

- Está hecho, señor. ¿Desea algo más antes que me retire a descansar? - preguntó Samuel-

- Nada por hoy -contestó el general fríamente-. Descansa, vete a la playa. Te necesito con mente clara la próxima semana.

- Me permite preguntar ¿por qué, señor?

- Se te necesita en El Salvador ... No va a ser difícil. No hay muchos problemas allá todavía. Te encargarás rápido de eso.

- Sí, señor -dijo Samuel tristemente, dándose cuenta que se había vuelto un cazador de cabezas, cuyos servicios tenían mucha demanda y eran bien pagados-.

- ¿Qué te pasó? -preguntó el general al notar la triste mirada de Samuel-

- No es por quejarme, señor; pero ¿por qué?.

- ¿Por qué, qué?

- Yo nunca le pedí dinero por lo que hago.

- Yo te pago, ni modo.



- Sí, señor -aceptó Samuel bajando su cabeza-. Así ve usted las cosas.
- No te preocupes, hijo -dijo el general tocándolo suavemente en el hombro-. Tú sabes muy bien que nunca te consideré como un trabajador para mí. Yo sé que todo lo que haces es por lealtad y te agradezco por eso. Es como tú dijiste, que tus manos están ya sucias y yo no confío en nadie como confío en ti. Es por el mejor interés y beneficio que te vayas a El Salvador.
- Sí, señor. Yo confío en su juicio.

Samuel fue a El Salvador. Hizo sus planes de eliminación en la capital San Salvador, San Miguel y un par de pueblos en el camino. Sus víctimas variaban desde personalidades militares hasta humildes campesinos que no cedían sus tierras para “dar paso al desarrollo”. Todo por todo, once balas se desperdiciaron para eliminar a siete hombres, dos mujeres y dos niños.

Samuel retornó a Honduras y encontró que el general tenía más misiones para él, empezando en Belize (Honduras Británica, en ese entonces), pasando por Chiapas, México y terminando otra vez en San Salvador ... Además, Samuel tenía que seguir de cerca las operaciones de los cargamentos de armas y drogas.

## EL DINERO ENCEGUECE

Una y otra vez, la historia nos ofrece relatos sobre la desaparición de la confianza entre amigos, cuando el dinero está de por medio. Samuel era un ser humano, tal vez no el típico ser humano, pero como tal, tenía sus debilidades.

La profesión de Samuel, como un “ángel de muerte”, creó una larga hilera de gente que deseaba su desaparición; sin embargo, esa gente no tenía relación con sus víctimas. Y sus deseos para acelerar su fin, provenían más bien de la ambición antes que de la venganza. Samuel constituía un obstáculo para su fortuna y poder y debía ser eliminado.

Aun cuando Samuel estaba considerado como un subordinado del general, había quienes creían que era quien manipulaba el destino entero y el poder del cartel del general.

Hubo un par de intentos de asesinarlo, pero ninguno tuvo éxito. No se

hablará detalle sobre esos conatos a fin de ahorrar tiempo, por un lado; y para dar prioridad a aquello que tenía más importancia, por otro. Pero todo por todo, el general y Samuel formaron un equipo sólido y formidable al que no se podía penetrar fácilmente, aunque tampoco era imposible hacerlo.

Alguna vez se lanzaron palabras al oído del general, respecto que la lealtad de Samuel pronto sería comprada. A partir de su última conversación, el general empezaba a sentir dudas sobre la actitud de Samuel y quiso verificarlas...

Samuel estaba en El Salvador, en una misión para eliminar al capitán Luis Arqueta Borón, quien era el contacto del mal allí. Otro ángel de la muerte fue secretamente enviado a esa ciudad. Samuel se encontraba en su habitación del hotel cuando este ángel le hizo una visita.

-¿Sí? ¿En qué puedo servirle, señorita? -preguntó Samuel abriendo la puerta-

La mujer lo miró y tranquilamente abrió su cartera extrayendo una pistola con la que apuntó a Samuel. Instantáneamente, apareció un hombre detrás de ella diciendo:

-Tenemos que hablar: muévete y siéntate en la cama.

-Si está buscando dinero, lamento decepcionarle; no tengo mucho.

-Pero por supuesto que lo tienes -replicó el hombre-. Tal vez no ahorita; pero cuando termines con Arqueta lo vas a tener... Sabemos todo de ti. No te preocupes Samuel, no te haremos ningún daño; al contrario, más bien estamos buscando el beneficio mutuo.

-Estoy escuchando...

-Tú vas a seguir con tu trabajo, matando a Arqueta lo más pronto posible y nosotros, por el momento, vamos a ignorar nuestras órdenes para matarte. Creo que sería un desperdicio perder todo ese dinero.

-¿Qué dinero?

-Arqueta va a recibir una gran suma de dólares para "lavar"... Tu general nos mandó aquí para cerciorarnos que lo haga. A ti se te ordenó que lo mates y a nosotros se nos ordenó que te matemos... Creo que podemos llegar a un trato. ¿Qué te parece el 33%?

-Lo voy a pensar, si me dejan regresar a Honduras y traer a mi madre... después que todo esté terminado por supuesto.

-Siempre podrás mandar por ella; estoy seguro que le va a gustar un viaje a Buenos Aires.

-¡Hummm! Apuesto que sí.

La pareja permaneció esa noche en la habitación de Samuel; durante este tiempo, verificaron su plan para eliminar a Arqueta y escapar fuera del país con un gran bulto de dinero.

Por dos días, Samuel, la mujer y el “ángel”, disfrutaron celebrando anticipadamente su nueva condición de ricos... Al fin llegaron al consenso que el obstáculo entre ellos y Buenos Aires era una simple bala.

Los tres permanecían sentados en la habitación, confirmando los últimos toques de su plan, cuando Samuel se puso de pie y dijo tranquilamente:

-¿Sabes qué, Orlando? jamás he sentido tanto deseo de abandonar este tipo de vida, hasta que les encontré a ustedes... Verdaderamente les agradezco por haberme abierto los ojos -dijo Samuel tocando ligeramente en el hombro de Orlando con una mano, y con la otra a la mujer-. Por años he vivido como un perro y a un perro le fascina... -Samuel se guardó las palabras por un instante; sin más, sujetó ambas cabezas fuertemente y las chocó una contra otra. Una y otra vez levantó las cabezas y las estampó hasta que ambos no mostraron signos de conciencia. Sacó su faja, la envolvió alrededor de los dos cuellos, amarrando las cabezas juntas. Tomó un cuchillo de su bolso y los apuñaló en la garganta, primero al hombre y luego a la mujer.

-Le estaba diciendo, Orlando... -dijo Samuel sudoroso- que soy un perro y a un perro le fascina el olor de un ratón...-agregó mirando a Orlando-. Y usted también -dijo mirando a la mujer-, no se sienta inferior; dos ratones huelen mejor que uno...

Samuel ejecutó el plan dos días después, eliminando a Arqueta minutos después de haber recibido el dinero... Dos días más tarde, apareció en el despacho del general, en su casa.

-¿Dónde estabas? -pro preguntó nerviosamente el general- ¿Por qué te demoraste tanto?

-Arqueta era un hombre difícil de matar, general, pero ya está hecho, señor.

-¿Qué pasó? ¿Hay algo que quieras decirme?

- Bueno, hubo un par de incidentes, pero nada que no pudiera arreglar.

-¿Cómo qué?

-Había un par de personas que trataron de retrasar las operaciones, señor; pero no se preocupe, ya están fuera del camino...¿Hay algo específico que usted desee verificar? Veo que está muy interesado en saber que pasó en San Salvador... ¿Hay algo que le preocupe? Dígamelo, que yo me encargaré de eso.

-¿Hay algo significativo que tú mismo quieras decirme?

-En realidad no, señor; simplemente lo usual. Con su permiso, deseo retirarme a mi habitación.

Samuel sabía que el general estaba preocupado por el dinero. El general esperaba que Samuel le dijera algo respecto del incidente con el dinero y en vista que no se pronunció palabra alguna sobre el asunto, las dudas crecieron debilitando la confianza entre uno y otro.

Durante los siguientes días no hubo mucho intercambio de palabras entre el general y Samuel, aparte de los saludos de costumbre. Se notaba un gran movimiento en la mansión, con rostros conocidos que visitaban al general constantemente.

A Samuel le otorgaron unos días de vacaciones y el general le permitió que dejara la mansión para que pasara junto a su madre... Un agente del DIN, que en aquel tiempo se hizo amigo de Claudia, deseaba conversar con Samuel... en presencia de ella para influenciarlo, por supuesto.

-Samuel, te presento al Sr. Winsteen Paguada; deseamos hablar contigo.

-¿Desean? Por supuesto, los escucho.

-Yo trabajo para el DIN -dijo Winsteen orgullosamente, mostrando su carné de identidad-. Nosotros te hemos observado por algún tiempo... Yo mismo te he observado; ni modo, siempre me dije a mí mismo que no eres más que un niño. No es tu culpa que te involucraras con esa gente horrible... Si mi hijo viviera, él probablemente tendría tu edad ahora. Por mi parte yo no hubiera deseado que él viviera así.

-Eso es muy considerado de tu parte -dijo Claudia a manera de cumplido-

-Como te estaba diciendo Samuel, el DIN quiere ponerte las manos encima y temo que esta vez el general se los va a permitir. Ellos y él saben del dinero que te llevaste de El Salvador y hay mucha gente que desea agarrar ese dinero.



Honestamente, soy uno de ellos.

-Ya entiendo ...¿y usted que dice, madre?

-Yo confío en el hombre, Samuel ... Tú has dado tu sangre al general pero él jamás te ha agradecido ... Quiere tu cabeza en pago de todo cuanto le has dado. Nunca he confiado en ese hijo de perra y creo que tienes que abrir los ojos y empezar a pensar como un hombre ... Vamos a tomar el dinero e irnos lejos de aquí. Podemos empezar una nueva vida. Tú no necesitas al general y seguramente, ya no le eres útil pues quiere matarte. ¡Vámonos, hijo!

Muchos de estos argumentos se lanzaron a la cabeza de Samuel durante toda la noche. Finalmente se decidió que Samuel iba a indicarles dónde escondió el dinero y que, en consecuencia, ellos saldrían del país ese mismo día.

Winsteen y Claudia quedaron en estado de shock cuando Samuel los llevó a la casa del general. Llamó al guardia para que les permitiera entrar y todos ingresaron a su habitación. El bulto con el dinero estaba sobre la cama.

-¿Estás loco? -preguntó Claudia- ¿Cómo puedes dejar todo ese dinero así botado? ¿Qué pasaría si el general lo encuentra?

-No lo hará. Su casa es el último lugar donde él va a registrar ... Y no lo hizo.

-Inteligente, muy inteligente -exclamó Winsteen-

-Venga para acá, madre -rodeó Samuel a su madre con un brazo- y tú también, Winsteen -rodeó al hombre con el otro brazo-. ¡Por Dios! qué bien me siento al saber que voy a tener una familia otra vez ... una madre y un padre.

Aun cuando el escenario parecía familiar, Samuel estaba seguro que si un truco tuvo éxito una vez, podría utilizarlo otra vez. Winsteen estaba ansioso de poner sus manos sobre el dinero, cuando se agachó para agarrar el bulto, Samuel lo pateó en la cara, haciéndolo caer para atrás; luego brincó sobre él, levantó el rostro del hombre estrellándolo contra la pared una y otra vez, hasta que quedó noqueado. Entre tanto, su madre permanecía en la habitación, estupefacta.

-¿Qué es lo que has hecho, Samuel? ¿Estás loco?

-Madre, yo nunca me escapo. Aquel que puso la cabeza sobre mi cuello, es quien me la va a quitar. Váyase a la casa y hablaremos más tarde.

Samuel cargó a Winsteen sobre sus hombros, sujetando el bulto en una mano y se dirigió hacia el interior de la casa. Doña Lisa quedó sorprendida al verlo; Lizzy bajó corriendo.

-¿Qué pasó, Samuel? -preguntó doña Lisa- ¿Por qué cargas a ese hombre así? ¿Dónde está Armán?

-Siéntese, por favor, doña Lisa -dijo tranquilamente Samuel descargando a Winsteen-. Tengo algo que quiero decirles,

-¿Qué pasó? ¿Está bien mi papi? -preguntó Lizzy ansiosamente-

-Está a salvo; no se preocupe.

-Entonces ¿qué cielos está pasando? -inquirió doña Lisa impacientándose-

-El general llegará en cualquier momento -constestó Samuel-. Por favor, déle mis saludos y dígame que fue un placer considerarlo como un padre. Aquí está el dinero que él estaba buscando ... Yo puedo ser todo lo horrible que se quiera llamarme, pero un ladrón desgraciado, no lo soy. Dígame que no guardo ningún resentimiento hacia él ... supongo que ha sido mi culpa por haber logrado que él confiara en mí suficientemente ... fue un plcer conocerlos. Con su permiso.

-Tú no te vas a ninguna parte -exclamó doña Lisa-. Vas a quedarte hasta que todo se haya aclarado; yo no sé qué pasó; pero no voy a tolerar ninguna mala acción de Armán si acaso él es culpable.

-No puedo, doña Lisa. usted no sabe cómo me duele por dentro. Debo irme... ¿Recuerda cuando le dije que él tenía una memoria corta? Ahora ya no tiene ninguna.

-Como dije, Samuel, no vas a ningún lado ... a menos que desees tener una vieja persiguiéndote a donde vayas -reafirmó doña Lisa sonriendo-.

-Sería un placer, doña Lisa, pero ya estoy comprometido -constestó Samuel también sonriendo-.

-Ese es el Samuel que espero ver siempre. Ve a asearte y deja lo demás por mi cuenta.

El general apareció más tarde; él podía ordenar a cualquier persona, pero en la casa era doña Lisa quien llevaba los pantalones(pensando en esto, todas las mujeres los llevan). Ella hizo que ambos se sentaran juntos sobre el sofá. Doña Lisa como extranjera que era, hablaba el español con un raro acento;

sin embargo ese día cuando abrió su boca, pareció como si una radio estuviera encendida y no cesara de hablar.

No es necesario decir que el general y Samuel tenían lágrimas en los ojos cuando doña Lisa les recordó su pasado juntos; mencionando el día en que Samuel salvó la vida del general, pasando por otro cuando Samuel fue golpeado por el general y señalando que ambos formaban un formidable equipo contra los perros, allá afuera... etc., etc., etc.

El fin del asunto vino cuando el general admitió su culpa, abrazando a Samuel en confirmación de su deseo porque éste continuara a su lado. A Samuel le conmovió ese abrazo, pues era el primero que recibía del general.

El aspecto sentimental entre Samuel y el general se diluyó tan rápido como fue el abrazo; ya era tiempo de volver al trabajo normal, pues había muchos asuntos atrasados con relación a los cargamentos de armas y drogas que no cesaban de llegar.

El general, DeWitt, Meléndez y Matamoros, se hicieron ricos, muy ricos, mientras las manos de Samuel se volvían sucias, más sucias cada día. Desde noviembre de 1968 hasta finales de 1970, unas trescientas veintiséis personas se habían contado como víctimas de la “delincuencia y el terrorismo” en Centroamérica. Las fórmulas de Samuel, perfeccionaron las operaciones de restar la población; las sumas iban al bolsillo del general y las multiplicaciones constituían su miseria. No era que le molestara mucho su conciencia, sino que él percibía que el general no quería encontrar otra solución a sus problemas, que la muerte para quienes le obstaculizaban.

El general, simplemente, empezó a ver las cosas desde el punto de vista de Samuel: “sobrevivir es para aquellos que todavía tienen la cabeza sobre su cuello, mucho dinero en sus bolsillos y una pistola sobre las cabezas de otros”. Su confianza y dependencia de Samuel, crecían con el tiempo y aunque para él, Samuel tenía manos sucias, guardaba mucha pasión hacia su lealtad y sacrificio.





## CAPITULO X

### ROMEO, DE CORAZON ELASTICO

Una cocodrila cavó un hoyo para poner sus huevos; cuidadosamente los colocó uno encima del otro para que no se enfriaran ni rompieran. Luego, saltó al agua en busca de sus presas para comer. Una barracuda también nadaba buscando presas.

- No debemos competir por la comida -dijo la barracuda a la cocodrila-. Hay muchos peces en el agua.

- Está bien -contestó la cocodrila- pero yo comeré primero y tú tendrás las sobras.

La barracuda observó a la cocodrila hacer pedazos a sus presas con sus afilados dientes y quedó impresionada por ellos, aprendiendo que debía guardar prudente distancia.

Pasó el tiempo y los huevos se rompieron. La mamá cocodrila corrió para sacar a sus crías y evitar que se asfixiaran. Uno por uno, los sujetó con sus dientes y los trasladó al agua. La barracuda observaba la escena sorprendida. Por un momento pensó que la cocodrila ya no tenía más fuerzas en sus dientes y entonces, sin pensarlo más, la atacó a mordiscos. La cocodrila dejó a sus crías en lugar seguro, dio vuelta y mordió a la barracuda, cercenando su cola.

- Yo pensaba que esos dientes se estaban cayendo ... débiles -se lamentó la barracuda-. Quise estar segura de conseguir comida siempre.

- ¡Estúpida barracuda! No sabes lo que nosotros los cocodrilos decimos: "nosotros siempre mordemos, nosotros siempre mordemos al corazón que nos ama y mordemos al corazón que nos odia; el primero está herido y el segundo está muerto; pero de todos modos, nosotros mordemos".

Nota: Antes de continuar, deseo recurrir a su tolerancia para el excesivo diálogo en el presente y siguiente capítulos. Traté de hallar un camino más corto; pero mientras más pensaba en eso, más se obsesionaba mi corazón con las últimas palabras que se pronunciaron ... No hallé ninguna otra manera, sino dar peso a aquellas palabras que eran más fuertes que la espada.

Lizzy había cambiado mucho a raíz de su último encuentro con Samuel. No habían más minifaldas, no más fiestas y no más hombres, ya que ella tenía uno que poseía su corazón y él todavía no confiaba en ella. Lizzy se había rendido ante Xiomara; dejó de molestar a Samuel y hasta propició un par de encuentros furtivos de Samuel y Xiomara; lo hizo como para reparar su deuda por ser grosera con su mejor amiga y con aquel a quien ella más amaba: Samuel.

Un viejo proverbio explica la miseria así: “Maldito es aquel hombre si se vuelve rico de un día a otro y aquel que se vuelve pobre de un día a otro ...” Las cosas han cambiado completamente. El papel de Samuel como un “catching ball”, se invirtió. Su posición en el filo donde él mejor operaba y mostraba mucho de su sabiduría y cualidades, ya no existía. Ya no era más el pequeño turquito de quien todos abusaban; pasó a ser alguien de quien todos dependían. El general no tomaba ninguna decisión sin que él estuviera presente, junto a él y no detrás. Lizzy anhelaba su corazón y su compasión por el cambio radical que se había operado en ella, con el sólo afán de hacerlo feliz. Xiomara estaba orgullosa que él la amara, aunque esperaba con agonía que se produjera un gran cambio. Claudia, empezó a tenerle más respeto y a disculparse cuando sus palabras se salían de control; y doña Lisa, esperaba que Samuel tolerara a todos.

Samuel no había cambiado mucho en sus adentros; él podía manejar todo, excepto su corazón. Su actitud siempre era la misma; pero todos lo miraban desde otro ángulo; él no tenía que demostrar nada ante los demás; ellos en cambio, sí tenían que hacerlo. Su silencio, que antes se le consideraba como una virtud, se había vuelto su vicio. La gente pensaba que él no estaba contento con sus esfuerzos. Lenta y silenciosamente, Samuel poseía todo el poder de manipulación; no tenía que quebrarse el cuello mirando hacia arriba para alcanzar a Lizzy; ella sí.

Con el paso del tiempo y al ver que él no se rendía ante su amor, Lizzy decidió quitarse de en medio. Lo observaba, soñaba con él; pero siempre de lejos. Samuel había notado muchas veces que ella lo miraba tras la cortina, por horas y horas.

Samuel habría querido que ella le ordenara, lo mandara de aquí para allí

como antes. Le hacían falta los días cuando ella lo molestaba y hasta lo humillaba. No se sentía bien en su papel de tirano; no sabía qué hacer con el silencio de ella. El arma de Samuel se había vuelto en su contra e hizo maravillas a su corazón. Cada mañana, Lizzy dejaba una flor en su cuarto, después que él salía para su trabajo. Nunca la encontró para darle las gracias. Ella arreglaba su cama, planchaba su ropa y hasta traía comida preparada por sí misma; pero jamás le hablaba y así transcurrieron muchas semanas.

Llegó su cumpleaños diecisiete ... Samuel amaneció caminando por el jardín, disfrutando la suave brisa. Al verlo, Lizzy se dirigió hacia él, dando brincos.

- ¡Feliz cumpleaños! -saludó Lizzy con una gran sonrisa-.
- Gracias miss Lizzy -respondió Samuel sorprendido-.
- No, no, ¿qué pasó con mi favorito miss Lou? -dijo ella brincando a su alrededor-.
- ¡Qué bueno ver su dulce sonrisa otra vez!, miss Lou.
- Tenemos que celebrar esta noche -dijo Lizzy alegremente-.
- En realidad no puedo, lo siento. Prometí a Xiomara estar con ella.
- Lo sé, hablé con ella anoche y te manda sus besos; pero me dio su permiso para invitarte afuera por una hora completa.
- ¿Ah,sí? ¿Lo hizo? -inquirió nerviosamente-. Veremos.
- No te enojés por favor, ella no lo estaba. Es la última vez que te pido un favor. Solamente por una hora, te prometo.

Qué raro que después de todo este tiempo, lo único que resonara en sus oídos, fuera esa promesa que sería la última vez, pues la última vez que ella dijo esto, él había bailado desnudo ante sus amigos y aunque las cosas habían cambiado, él no pudo evitar recordarlo.

- Veremos, miss Lou.
- ¿Sabes? Me gustabas mucho más como eras antes.
- ¡Qué raro miss Lou! ya tenemos dos cosas en común -dijo él respirando con alivio-. Escuche, vamos a celebrar juntos esta noche ... una hora.
- Espérame aquí -dijo ella corriendo hacia adentro-. Minutos después regresaba trayendo cajas de regalos en sus manos. Abre esta caja -pidió Lizzy con entusiasmo-.

Samuel se sorprendió al encontrar una cadena de oro en una de las cajas. Lentamente, Lizzy colocó la cadena alrededor de su cuello y lo besó ligeramente en la boca.

- Los demás los abres más tarde. Nos veremos a las ocho en punto -dijo ella mientras se alejaba-.

Samuel ya en su cuarto, abrió la caja más grande: un traje de etiqueta negro y una camisa blanca, brillaron ante sus ojos; la tercera caja contenía zapatos de cuero y debajo de ellos, una bolsa plástica con una corbata negra y un reloj de bolsillo. Quedó perplejo de tener en sus manos tanto lujo y apenas podía esperar a que pasaran las horas para probárselo. Se bañó, se vistió y orgullosamente se dirigió a la casa, a esperarla. El general lo observó sorprendido cuando Samuel estuvo cerca de él.

A las ocho, se abrió la puerta para dar paso a la figura más bella ... Ella llevaba un vestido largo, blanco, que cubría su esbelto cuerpo, mientras que la parte superior quedaba al descubierto. Su piel brillaba ... Ella sacudió su ondulado cabello, quitándose de los ojos, haciendo que el corazón de Samuel se sacudiera al mismo tiempo. Mientras bajaba las gradas, sus verdes ojos tenían un brillo mayor que aquel de la cadena que llevaba. Con cada paso, el corazón de Samuel latía con más fuerza; parecía haberse quedado cautivado, bajo el influjo de su mágica aparición. Su padre permanecía de pie, quieto y sorprendido. Ambos quedaron congelados mientras ella se acercaba. Lizzy dio un beso a su padre.

- Buenas noches, papi, buenas noches, mami -dijo Lizzy despidiéndose-.

- Buenas noches cariño -respondió el general orgullosamente-. Y tú, buitre, no pienses ni siquiera en tocar su mano.

- Papi, por favor -dijo quejosa y mimosamente, golpeando con su pie al piso-.

- Bueno, váyanse -ordenó el general-. ¡Feliz cumpleaños!.

Lizzy levantó el codo de Samuel y lo enganchó. Así caminaron hacia el carro.

- ¿Quieres manejar? -preguntó ella entregándole las llaves-.

- No sé cómo.

- Un día te enseñaré, pero por hoy, es mi placer -dijo sonriente, llevándolo



hasta la puerta y abriéndola para que él entrara-.

Mientras conducía su auto, Samuel la miraba fascinado. Lizzy colocó su mano sobre la rodilla de él y lo atrajo hacia sí. Manejó tan despacio como si quisiera no llegar a ninguna parte. Por un momento, posó su cabeza sobre el hombro de Samuel, enloqueciéndolo con el agradable olor de su perfume y el apretón delicado de su mano sobre la rodilla. La mente de Samuel giraba rápidamente hacia un sueño, una fantasía jamás experimentada ... ni con Xiomara ...

¿Xiomara? El la recordó de pronto, sacudiendo su cabeza, tratando de volverse sobrio.

- Ella cree que está embarazada -dijo de pronto Samuel-. Estamos planeando ...

- Relájate -interrumpió ella-. No les haré ningún daño. Disfruta el corto tiempo que queda para nosotros, por favor.

Lizzy dirigió el auto hacia un alejado apartamento. Allí, todo era quietud y silencio y la visión de aquel apartamento, hizo que Samuel recordara la noche del cumpleaños de Xiomara.

- ¿Por qué hemos venido acá? -inquirió Samuel-.

- Quiero estar sola contigo cuando te dé la sorpresa -dijo sonriendo con picardía, tocándole la rodilla-.

La mente de Samuel se volvió salvaje imaginándose con Lizzy adentro del apartamento, solos. Se sintió nervioso, confuso y muy excitado.

Cuando llegaron al apartamento, ella lo llevó hacia adentro, tomándolo de la mano. Todo era muy oscuro y él no podía ver otra cosa que los ojos brillantes de Lizzy. Cerró los ojos, como quien espera un beso. De repente se encendieron las luces, dando fin a sus deseos y se escucharon muchas voces que gritaban: ¡Sorpresa! ¡Feliz cumpleaños!

La cabeza de Samuel comenzó a dar vueltas, mientras Lizzy se reía para sus adentros, aplaudiendo y cantando con toda la gente. El grito de todos los asistentes, la risa de Lizzy y el quedar solo en medio de la sala, eran todo un recuerdo del pasado. Respiró, sudó y el temor que ella lo humillara y se vengara de él, oscureció su mente. Cuando la canción de Feliz Cumpleaños estaba por concluir, Samuel se sintió empapado de sudor y frustrado.

Lentamente abrió los botones de su camisa, soltó la cadena de oro de su cuello, la lanzó en la cara de Lizzy y gritó:

- No tenía que gastar todo esto para hacerme desnudar otra vez. Si usted quiere que me desnude y entretenga a sus amigos, estaré feliz de hacerlo.

Lizzy quedó congelada en su lugar. Los gritos cesaron, el ambiente quedó impregnado de un frío silencio. Samuel miraba de un lado a otro, sorprendido.

- Bueno, vamos; ¿qué pasó con los gritos? -preguntó al tiempo que se bajaba los pantalones-. ¿Quieren ver más? Les enseñaré más.

Las piernas de Lizzy apenas la sostenían y su rostro empalideció. Quedó sin palabras por la reacción de Samuel. Se agachó para recoger la cadena, lentamente caminó hacia él para colocarla nuevamente en el cuello, lo besó en la mejilla y tristemente dijo:

- ¡Feliz cumpleaños! Samuel. Lamento no haberte dicho. Ahora sé que no puedo conseguir siquiera un momento de tu confianza. -Diciendo esto Lizzy prorrumpió en llanto y salió de prisa-.

Samuel permaneció petrificado; sentía que la culpa de lo ocurrido salía de sí mismo y lo golpeaba en la cara. La gente comenzó a abandonar la sala, lanzando miradas de incredulidad y decepción.

El shock de Samuel fue todavía mayor, cuando en la esquina opuesta pudo ver al general, doña Lisa, Xiomara y su tía Shadia, quienes habían observado la escena estupefactos. Xiomara se dirigió a él con expresión de enojo y sacudió su cabeza, como si expresara lástima.

- Eres un monstruo sin consideración y sin sentimientos -dijo Xiomara apretando sus dientes-. En las últimas semanas ella había trabajado tan duro para que todo saliera perfecto y todo ¿para qué? Solamente para agradarte ... Yo también me he sentido celosa al saber que ella te ama tanto, aunque estaba orgullosa que me quisieras. Ahora no sé si debo sentirme orgullosa o si debo tener algo, con alguien tan monstruoso como tú ... ¡Yo quiero mi dulce hombre de regreso! -Xiomara salió, sin permitir que él pudiera lanzar un suspiro siquiera-.

- Dios sabe cómo he esperado este día -expresó Shadia-. Ella insistió en que viniera y quería que tuvieras una familia real ... Ahora, ya sé que estaba equivocada: no mereces tenerla. -Shadia diciendo esto, escupió al piso y

abandonó la sala-

- ¿Y ahora qué, general? -preguntó Samuel al ver que él y su esposa salían sin decirle nada-. No me va a castigar por lo que hice? ¿Su hija no merece que me golpee por avergonzarla? Venga, pues y golpéeme ... -gritó Samuel esperando que en realidad se le castigara por su inapropiada conducta-

- No vales la pena, turco -replicó el general tristemente-. Saliste de barrio Medina y allá regresas, donde están los de tu tipo.

- Golpéeme! ... por favor. Castígueme, me debe una; no haga que me vaya con mi culpa; hice mal y quiero mi castigo. Perdóneme, general pero castígueme primero, se lo ruego; no empeore mi conciencia.

- No sabes cómo me duele adentro -murmuró el general acercándose a Samuel- ¿Por qué? -dijo el general levantando su mano-. ¡Maldito! Tenía muchas esperanzas en ti -agregó bajando la mano, golpeando el rostro de Samuel y lanzándolo al piso-. Entonces, giró tratando de salir, cuando Samuel lo sujetó por la rodilla y gritó:

- Usted no me dijo que me ha perdonado.

- No está en mí el hacerlo, sino en ella -dijo el general refiriéndose a Lizzy-. Pero, ¿quieres más golpes? Te los doy. Tal vez aprenderás algo bueno de ellos, aparte de desconfiar de aquellos que te dan su corazón. -El general levantó a Samuel y lo lanzó hacia afuera-

Lo persiguió golpeándolo dos veces en el estómago. Aunque estos golpes no fueron tan fuertes como la primera vez que fuera castigado por el general, su impacto fue lacerante para su corazón; los sintió como si vinieran del afecto del general y de su culpa y los recibió con actitud más agradecida que quejosa. Finalmente, el general lo levantó y lo tiró sobre unos arbustos.

Samuel permaneció allí por unos instantes, con los ojos cerrados y con el vivo deseo de no abrirlos nunca más y mirando retrospectivamente. Durante una hora quedó sentado, arrimando su magullado cuerpo a un árbol, con el corazón adolorido. Pero lo que más le dolía era el último beso de Lizzy, que mojó su mejilla con el "rouge". Cerró sus ojos otra vez y quedó así, estático, por un par de horas más.

Por fin Samuel se incorporó para dirigirse al barrio Medina, a donde llegó al amanecer. Al entrar, encontró a Lizzy que lo esperaba. Vestía un camisón

de su mamá y estaba sentada en una esquina de la cama de madera. Tan pronto como lo vio entrar, tambaleante, corrió hacia él llevando una cobija, lo cubrió y soportó su peso para llevarlo hasta la cama.

- Lo siento mucho, de veras -dijo Samuel-.

- Tonto -replicó Lizzy tapando la boca de él con sus dedos, para que no dijera nada-. No es tu culpa que no confíes en mí. Duérmete ahora, más adelante tendremos tiempo para hablar.

Lizzy colocó la cabeza de Samuel sobre la almohada, fue hasta el baño y trajo una toalla mojada. Lentamente quitó la cobija y se deslizó junto a él, mojando su cara y su pecho delicadamente. Lo abrazó fuertemente, Samuel intentó zafarse pero ella lo abrazó más fuerte todavía.

- Espera, espera, eso no es correcto -dijo él empujándola suavemente-.

- Está bien, como quieras -contestó Lizzy, abrazándolo más-.

- ¿Y a usted qué le pasa? -gritó Samuel enojado-

- Tú, mulo obstinado. Deja de resistirte -replicó Lizzy empujándolo-.

- ¿Todavía no entiende? Yo la amo.

- No, tú me amas a mí -insistió ella acercado sus ojos a los de él-.

- Sabe muy bien que estoy loco de ...

- De mí

- ¿Qué es lo que usted quiere? -preguntó Samuel nerviosamente volviendo su cabeza hacia el otro lado-.

- ¡Por Dios! Aunque sea por una sola vez, date la oportunidad. Quiero que mires en el fondo de mis ojos y me digas que no estás enamorado de mí, ni siquiera un poco.

Samuel no replicó, aunque la miró a los ojos. Ella esperaba impaciente la respuesta; pero se resignó cuando observó que él ni parpadeaba. Lizzy bajó su cabeza, suspiró y lentamente se dispuso a salir.

- Siempre haces las cosas de manera muy dolorosa -dijo Lizzy sollozando, mientras sujetaba el manubrio de la puerta-.

- No tengo muchas opciones.

- Ahí tenemos tres cosas en común. Yo te amaba, sabiendo bien que tu corazón pertenecía a otra persona: mi mejor amiga. Y mientras más trataba de dejar de amarte, más he caído bajo el influjo de tus crueles ojos. Me he



engañado con la esperanza de tener aunque sea un beso; pero cada vez que creo que tu cuerpo está cerca a mí, me doy cuenta lo lejos que quieres estar.

- No te vayas -dijo Samuel en voz baja, como si no estuviera seguro-.

La mano de Lizzy abrió la puerta y entonces, Samuel saltó de la cama y corrió hacia ella. La hizo regresar, quedando ella atrapada entre su mano y la puerta. Tiernamente secó las lágrimas que percibió en sus ojos y la besó.

- Yo sé que me arrepentiré -murmuró él besándola otra vez-.

Así permanecieron unidos en un solo beso, hasta que sus cuerpos se unieron frenéticamente. El pedía aliento pero ella no quería soltarlo, haciendo que sus labios se volvieran amoratados por los suaves mordiscos que se daban uno al otro. Hicieron el amor contra la pared, sobre el piso, contra el closet, o simplemente en cualquier lugar que sus cuerpos cupieran. Un clímax, es una palabra muy fría, abstracta, para describir el final de este lazo corporal; pero tenía que terminar en algún momento y cuando llegó, ella todavía no quería soltar sus labios; hasta que él le rogó pidiendo aliento ...

- ¡Ufff! Qué chica tan suertuda es Xiomara. Ella va a tenerte -exclamó Lizzy respirando y besándolo en el sudoroso cuello.

- Eso no es justo, después de lo ocurrido entre nosotros -se lamentó Samuel-.

- ¿No es cierto, pues?

- No estoy seguro que ella quiera hacerlo; pero ese no es el asunto. Hay muchas decisiones que tomar y la opción no es totalmente mía. Yo las amo a las dos de la misma manera, aunque desde distintos extremos.

- ¿De verdad que sí? -preguntó ansiosamente Lizzy, abriendo sus ojos-. ¿De verdad que me amas?

- Acabo de decírtelo ... ¿Cómo le llamas a lo que ha pasado entre nosotros, entonces?

- ¡Sí, señor! -gritó Lizzy sujetando el rostro de Samuel, besándolo una y otra vez-. Te amo, te amo ... te amo, turquito loco.

- Espera, espera ... -pidió Samuel tomándola por las manos- Déjame terminar lo que quise decir.

- ¡Ajá! -bajó la cabeza, ignorándolo- ¿Tú estabas diciendo ...? -le puso la cabeza sobre el pecho y los dedos sobre la boca-.

- ¡Basta! Esto es serio -insistió Samuel-. Dije que las amo a las dos, a ambas. Escúchalo otra vez: dos, una, dos -dijo moviendo sus manos como si las sopesara-.

- Bueno, te aguantaré hasta que decidas amarme sólo a mí -exclamó Lizzy tocando su hombro, en señal de aceptación-.

- Odio decepcionarte pero Xiomara tiene más a su favor; ella va a tener mi bebé ... y yo la amo. Yo quiero amarla. Con ella me siento tranquilo y satisfecho con lo que tengo. Me hace ver la buena persona que puedo ser.

- ¿Y yo, qué? ¿Yo hago que aparezca la mala persona que hay en ti? -preguntó Lizzy tristemente-.

- No, no, no me entiendes. Es muy excitante estar junto a ti, pensar en ti y hasta amarte; contigo me pongo rebelde y me siento muy poderoso. Me llevas a límites a los que pensé que jamás llegaría; pero aún así, me siento el rey del mundo ... ¡Ah! Estoy tan confundido ... Tenías razón, estoy loco.

- Cásate conmigo, cástate conmigo ahora -pidió Lizzy con firmeza y esperanza-.

- ¡No estabas escuchando nada de lo que dije!

- Lo hice y siempre lo hago. Simplemente no me importa. Puedes estar con ella todo el tiempo que quieras; pero cástate conmigo primero.

- Estás loca. Sé razonable. ¿Quién aceptaría ese tipo de vida? Para empezar, no creo que tú tolere verme con ella, en caso que me comprometa contigo.

- En mi situación, aguantaré; pero lo que es justo, es justo; primero pídele que se case contigo, si ella está de acuerdo, desapareceré de tu vida para siempre; pero si no, más te vale casarte conmigo o me moriré.

- Estás seria, ¿no? -dijo Samuel sacudiendo la cabeza con incredulidad-.

- Muy seria.

- ¿Qué te hace pensar que yo quiero casarme ahora? Todavía soy un menor.

- Tienes que hacerlo, de una manera u otra. No puedes dejar las cosas colgando en el aire. Ella va a tener tu bebé y tú no vas a ignorarlo y yo te amo. No te dejaré ir así tan fácilmente. Tienes que decidirte y rápido.

- Hecho, me casaré con Xiomara -dijo Samuel tratando de molestarla-. No

puedo casarme contigo; no viviría para besar a la novia; tu padre se aseguraría de ello.

- Parece que crees que él no te tiene afecto. Yo creo que quiere que nos casemos, quizás mucho más que yo.

- Yo puedo ser tonto, pero no tanto como para creer eso.

- El fue quien me trajo acá esta noche.

- Ah! ¿Sí? Bueno, no estoy seguro que quiera quedarme mirando su cara. La tuya es bonita pero él es feo ...

- Ya basta de molestarme -interrumpió Lizzy nerviosamente-. Esto no es una broma.

- Me estás apurando ... todo el mundo me está apurando. ¿Qué es lo que todos quieren de mí? -se quejó Samuel amargamente-. ¿Por qué no me dejan tranquilo? Quiero estar solo.

- Yo sé lo dura que ha sido la vida contigo; pero te prometo ...

- ¡Shhh! No lo sabes.

- Haré todo lo que esté a mi alcance para compensarte -prometió Lizzy en tono suplicante-.

- Trae de regreso mi niñez ... tráeme el bebé que he perdido hace quince años -pidió Samuel con lágrimas en los ojos-. Quiero los abrazos de mi padre de vuelta ... Quiero sus dulces canciones de cuando me ponía a dormir ... Su sonrisa, su orgullo de mí ... ¡Que Dios te maldiga, padre! -exclamó Samuel mirando hacia arriba-. Mira lo que has hecho de mí ... ¿Por qué, padre? Mira en lo que me he convertido ... No soy un doctor ... Mírame, mírame bien. Regresa acá y devuélveme mis sonrisas ... Regresa para acá, hijo de puta ... Te amaba, ¡maldito! y me hiciste perder mi niñez ... mi vida. Samuel empezaba a derrumbarse.

- ¡Shhh! -pidió Lizzy abrazándolo con ternura-. Todo va a estar bien, no te preocupes. No dejaré que llores otra vez; cuidaré de ti -lo besó y llevó su cabeza hacia la almohada-.

- ¿Para qué quieres casarte con alguien como yo? soy un hombre malo.

- Ya es tiempo que alguien te compense por todo el dolor que has tenido ... No puedo prometer devolverte tu niñez y tampoco quiero casarme con el niño -dijo Lizzy sonriendo y tratando de calmarlo-. Sin embargo, te prometo

un bebé, una niña linda con tus ojos ... Una niña en quien encontrarás tu sonrisa ... O un bebé que te traerá tu niñez y te hará sentir orgulloso.

- Estás cerca ... Pero voy a tener un bebé con Xiomara -recordó Samuel- Gracias, gracias por hacerme decidir.

- ¡Ah! Tengo una boca grande.

- No te preocupes, soy solamente yo.

- Házme un favor.

- No, no, hacerte un favor es más peligroso que saltar de una roca -replicó Samuel-. Es un suicidio. Todavía tengo las marcas de los golpes que he recibido por el último favor que te hice.

- Está bien, burrito. Entonces, házte un favor y véte lejos por algunos días. Relájate, disfruta de ti mismo y piénsalo bien. Una mente clara es lo que necesitas.

- Tienes toda la razón -contestó Samuel bromeando-. Mañana desaparezco y dejaré al mundo dando vueltas, mientras yo me paro esperando que las cosas se resuelvan por sí mismas -replicó cínicamente-.

- Yo sólo deseo que no saltes hacia la decisión equivocada. Te amo; pero primero deseo verte feliz y tal vez sería yo también feliz como resultado.

- Lo siento, está decidido entonces. Mañana hablaré con Xiomara y de ahí veremos.

- Quieres decir hoy ¿no? Ya es de día.

- Cierto, hoy entonces.

- No lo harás; hoy descansas en mis brazos.

La tranquilidad y el tenerla en sus brazos, confundieron todavía más a Samuel. La cara del general, la de Xiomara y la de ella, pasaban por su mente, cansándolo. El, simplemente no podía tomar una decisión lógica y firme; entonces, ni siquiera estaba seguro de si sería suya la decisión.



## CAPITULO XI

### EL SUBE Y BAJA

Durante todo el día, Samuel durmió en los brazos de Lizzy. Sus contusiones, sumadas a lo que ocurrió con ella, hicieron que su rostro se inflamara. Descansó también por la noche ... Solamente cuando los ojos de él estaban cerrados, pues no se atrevía a abrirlos ... Lizzy esperaba a que apenas abriera los ojos, y entonces lo atacaba con otro “round” de besos y haciendo el amor. Ella no quiso dejarlo ir así, tan fácilmente, pues temía no tener otra oportunidad. Pasó otro día y otro y él aún permanecía en la cama; hasta que finalmente encontró mayor piedad en los golpes del padre que en los besos de la hija. La situación era salir o morir, literalmente.

Al fin, Samuel pudo levantarse y vestirse para ir con dirección a la casa de Xiomara. Tocó a la puerta y abrió la madre. La señora Arévalo, nunca antes había estado tan amable, aunque aprendió a respetarlo.

- Quiero ver a Xiomara, señora -pidió cortésmente-.

- Ella no quiere verte, se fue. -La señora lanzó esta respuesta fríamente, cerrando la puerta en su cara-.

Samuel tocó a la puerta otra vez pero en vano. Entonces tocó con más fuerza aún, pero parecía que la casa estaba vacía, sin vida. Decidió esperar, quizás Xiomara aparecería más tarde. Esperó toda la tarde, mirando hacia su ventana; la luz no estaba encendida pero a lo mejor ella estaba jugando con él -pensó-.

- ¡Xiomara! ¡Xiomara! -llamó en voz alta, más y más alta, hasta que la madre abrió la puerta y le espetó:

- Ella no está aquí, ya te dije.

- Está bien, señora, esperaré más.

- Como quieras, pero estás perdiendo tu tiempo y estorbando mi sueño.

- Lo siento, esperaré más callado.

Samuel estaba muy serio, entonces. Esperó toda la noche y todo el día siguiente, hasta que vino nuevamente la noche. Nada iba a hacer cambiar su

decisión, él quería verla y nada lo evitaría, ni el rechazo ni el hambre y ni siquiera, la lluvia de aquella noche ...

Cuando la lluvia se volvió más pertinaz, empapando su ya húmedo cuerpo, la señora Arévalo abrió la puerta y lo hizo pasar. El corrió por toda la casa buscándola, gritando su nombre.

- Tenía que creerle cuando ella me dijo lo obstinado que eres. No está aquí, se fue y no regresará.

- Necesito verla, ¿dónde está?, por favor -rogó a la madre-.

- Me hizo prometer que no te diría y no lo voy a hacer.

- No saldré de esta casa hasta que me lo diga.

- Llamaré a la policía, ahora -amenazó descolgando el teléfono-.

- No me importa y más le vale creer que no saldré de aquí, aunque eso signifique mi vida.

- Exactamente como ella dijo, eres un burro y cabeza dura como ella. Le hablaré y le diré que hable contigo; entonces saldrás.

- Con tal que hable con ella, usted tiene mi palabra.

La señora Arévalo marcó un número, ocultándose para que él no pudiera verlo.

- ¡Hola! Sí, hija ... El todavía está acá y está muy ... mojado. Quiere hablar contigo. Habló la señora y luego colgó.

- ¿Y qué pasó? ¿Por qué colgó?

- Me dijo que coma, primero. Ella llamará en media hora.

- ¿Cierto? -dijo sonriendo Samuel-. ¿Media hora? Regresaré.

- No hagas tonterías, no te vas a ningún lado, tu comida ya está servida desde la mañana. Ve a asearte y quitarte esa ropa antes que te enfermes. Busca alguna camisa de ella. No sólo que los dos tienen cabeza dura, sino que los dos parecen iguales.

- ¿Y eso fue un cumplido?

- Y es un águila, también. ¡Dios tenga piedad de mi hija!

Samuel se sentó a comer luego de asearse; esperaba impaciente que el teléfono sonara. La media hora le pareció más larga que los dos días que había esperado. Por fin, el teléfono timbró y él apresuradamente lo levantó:

- ¡Qué alivio que no me hiciste esperar más! -dijo Samuel-

- Pónme a hablar con mi mami o colgaré -gritó enojada-.

- Por dos días he aguantado tanto dolor y tú quieres hablar con tu mami. Bueno, habla con tu mami -dijo Samuel dejando el aparato y dirigiéndose a la puerta-.

- Espera -pidió la señora Arévalo- ¿No vas a hablar con ella?

- Lo siento si abusé de su hospitalidad, señora. Usted guardó su palabra y ahora que ya hablé con ella, no la molestaré más.

- Sé sensato, Samuel. No puedes hacer las cosas siempre como una pelea. Ven acá y hálale.

- Disculpe señora, usted tiene razón -Samuel regresó para hablar con Xiomara-. ¿Por qué no estás aquí, Xiomara?

- ¿Comiste? ¿Te gustó la comida?

- No me quejo. ¿Por qué no estás aquí?

- Yo sé que estuviste con ella y me siento herida con fuego en el corazónW... Temo que no vayas a ser mío, solamente mío.

-Regresa acá y hablaremos más tranquilos. Hay muchas cosas que quisiera decirte.

- No puedo y no lo haré. No eres el mismo Samuel que conozco.

- Me prometiste tolerancia para mis errores. Tú sabías que un día iba a pasar esto, me preparaste y hasta me empujaste. Ahora estoy acá y quiero verte de regreso inmediatamente.

- Yo confiaba en tu corazón y tú me traicionaste.

- ¿Qué es lo que estás diciendo, Xiomara? No podemos seguir discutiendo sobre esto. Por amor de Dios, tú vas a tener un hijo, regresa acá.

- No tienes que molestar a tu conciencia con el bebé. Yo me arreglaré sola, lo cuidaré y haré que crezca bien. No dejes que el bebé te ate a mí.

- Sabes muy bien que nada me ata a ti, sino yo mismo. Cometí un error y te pido disculpas. Ahora sé cuánto te ha molestado y no lo volveré a hacer. Regresa acá, por favor.

- ¡Ah,sí? -contestó cínicamente Xiomara-. ¿No pudiste saber antes de hacerlo?

- ¿Qué es lo que quieres que haga, Xiomara? Me tiraste al agua y todavía te quejas por haberme mojado. Te dije que lo siento; ¿qué más quieres?

¿Quieres castigarme más? Eres igual a ellos. Vete y castígame ... castiga mi corazón. A mí no me está permitido cometer un error, sin que me maten por él. Yo no tengo derecho a la simpatía. Me prometiste que me levantarías en caso que cayera y todo lo que estoy mirando, es que estás martillándome para que permanezca abajo ... muy abajo. Yo vine acá para rogarte que te casaras conmigo y Dios sabe lo orgulloso que estaba, sabiendo que tú, la persona a quien mi corazón ama, va a tener mi bebé. Ahora sé que estaba equivocado; estoy muy lejos de ser tu tipo perfecto, íntegro. -Samuel dijo esto, colgó el teléfono y se dirigió hacia la puerta-.

- No le dijiste lo que valía más -dijo la señora Arévalo-.

- ¿Qué otra cosa podía decir que no la haya pronunciado con mi dolor, señora Arévalo?

- ¿No sabes, hijo, que solamente una mujer quiebra el corazón de otra mujer? No mencionaste que no amas a Lizzy. Ella hubiera querido escuchar eso.

- ¿Sabe qué, señora? Solamente tengo diecisiete años. No soy un dios y tampoco soy un profeta. Si todo lo que hice no demuestra lo suficiente cuánto amo a Xiomara, entonces, aún si dijera que no amo a Lizzy, no cambiarían las cosas.

Samuel abandonó la casa y caminó de regreso al burdel. En el trayecto, pensaba en las palabras de la señora Arévalo. Una voz gritaba en su pecho, como clamando por otra oportunidad para hablar con Xiomara. Pero entonces, ¿cómo iba él a mentirse a sí mismo, diciendo que no amaba a Lizzy? El quería tener a las dos, por un tiempo al menos, hasta que pudiera decidirse. Y ahora que ya perdió a Xiomara, una gran parte de él mismo se alejó aquel día, sumergiéndolo en un remolino de dudas y agonía. Su corazón no podía dejar a ninguna de las dos.



## CAPITULO XII

### ¡HA CAIDO ... HA CAIDO BABILONIA LA GRANDE!

“Y ellos vivieron felices para siempre”.

Cuando un niño, la mejor parte de una novela para mí, era: el príncipe besaba a la princesa y ellos vivían felices, para siempre. Este es el epílogo feliz con el que terminan los cuentos y que fascina a la gente. Para algunos es un beso, para otros, puede ser el matrimonio; pero en esta novela, es: un millón persigue a un millón y la miseria está perseguida por la agonía.

Si alguien ha pensado antes ¿por qué la sonrisa, el gozo, la felicidad, jamás traen más de lo mismo? Yo tengo una explicación simple: la felicidad es otra palabra para definir el caso de un poco menos de miseria y un poco más de anticipación y capacidad para retrasar la llegada de la miseria por un tiempo.

Lizzy estaba allí, junto a él, cuando Samuel se sintió solo después que Xiomara se fuera y decidiera no volver. Lizzy brindó a Samuel una vida que él siempre había soñado tener y de la manera en que él la pidió. Ella también se embarazó y con la bendición de su padre -o realmente su persistencia-, se casaron.

En realidad, Lizzy era una buena esposa, amaba a Samuel y pedía su opinión antes de tomar una decisión. El también la amaba mucho; pero aún así, no era feliz ... lo suficientemente feliz. Algunas veces, los recuerdos de Xiomara martillaban su cabeza y una gran parte de él insistía en buscarla; pero tenía muy en mente el orgullo de Lizzy y no quiso perderla por el mismo error. Samuel guardó muy adentro su agonía. Sin embargo, Lizzy percibía que él no era completamente feliz, pero se lo calló, esperando que algún día él se olvidara de Xiomara y su corazón fuera sólo de ella.

Transcurrió año y medio desde la última vez que Samuel habló con Xiomara. Ella había dado a luz a una niña, a quien llamó Fiona Elizabeth. Lizzy también dio a luz a una niña, como lo había prometido y Samuel la llamó Fiona Marielle. ¿Rara coincidencia? Realmente no. Fiona era el nombre que gustaba a Xiomara y había dicho a Samuel que así la llamaría, si es que nacía

una niña. En otras palabras, nada había olvidado, aunque él trató de demostrar lo contrario. Aún vivía en su secreta agonía. Tenía la mejor esposa y la más bella niña para ser feliz; pero su corazón estaba atrapado entre Lizzy y Fiona Marielle, por una parte y Xiomara y Fiona Elizabeth, por otra.

Octubre 16, 1971. Xiomara regresó a San Pedro Sula, a visitar a su madre. Lizzy lo sabía y también Samuel, aunque él nada dijera a su esposa sobre esto, ni una sola palabra ... Lizzy se sentía nerviosa por este silencio y torturada por su incapacidad para decirle que tenía deseos de ver a Xiomara y a su hija.

Por tres días después de la llegada de Xiomara, Samuel se tornó absolutamente comunicativo. Sus palabras se limitaban a respuestas; sus gestos, aun con buenas intenciones para el orgullo de Lizzy, resultaban falsos como la piel del camaleón. Ella no pudo tolerar más esta indecisión y explotó en la cara de Samuel, llorando.

- No estás siendo justo conmigo ni con Fiona y tampoco contigo. No soportaré un día más esta situación.

- ¿Y qué fue lo que hice?

- ¿No ves que yo puedo sentirlo? Lo sentí desde el día que nos casamos. Trataba de convencerme que ibas a olvidarte de ella y por eso no dije nada; pero no, tú la amabas más y más. Yo esperaba que te abrieras y compartieras tu dolor conmigo; pero por lo egoísta que eres, creíste que no te entendería. Pues, te entiendo y siempre lo hice. Tú lo hiciste aparecer malo cuando pudo ser perfectamente bueno, con tal que te quedaras conmigo. Nosotros hemos vivido juntos pero en dos mundos diferentes y no permitiré que nuestro matrimonio fracase. No toleraré más los medios besos, los medios pensamientos y tu medio corazón; yo quiero todo.

- Cómo quisiera que fuera tan fácil -contestó Samuel, dejándola que llorara sola-.

Durante algunos días, Samuel pasó por la casa de la señora Arévalo; esperaba afuera, escondiéndose detrás de los árboles, para ver a Xiomara y a la niña; aunque jamás se animó a hablarle.

Lizzy sabía lo que Samuel hacía; pero no se atrevió a reclamarle, luego de la última vez que él la dejó sola, llorando. Ella simplemente lo aguardó un día tras otro, hasta que decidió actuar y fue a hablar con Xiomara.

Samuel vio a Lizzy entrando al jardín de Xiomara y se escondió aún más. Lizzy percibió su presencia. Caminó hacia él, que permanecía detrás de los árboles y lo sorprendió.

- Te dije que no estaba mal que quisieras verlas. ¿Para qué te escondes? ¿Hay algo por qué esconderse?

- Yo mismo -dijo Samuel bajando la cabeza-.

- Vete a la casa, ahora -ordenó Lizzy en tono duro-. Yo iré arriba para hablar con ella.

- ¿Qué vas a decirle? -preguntó ansiosamente él-. No, no te vayas, por favor.

- Ya es suficiente, Samuel. No regresaré a la casa hasta que todo esté arreglado de una vez por todas. Ya es tiempo que tomes una decisión. Te he dado suficiente tiempo para que tomaras una determinación por ti mismo; pero, aparentemente, alguien tiene que hacerlo por ti. No aguantaré más este juego de niños. Voy a proteger a mi familia como sea necesario. -Lizzy corrió hacia arriba-.

Samuel permaneció allí para observar lo que ocurriera. Lizzy tenía razón, él no pudo hacer nada; simplemente observó y escuchó.

- Lizzy, ¡qué sorpresa! -exclamó Xiomara- ¡Qué bueno verte!

- Lamento ser ruda, Xiomara; pero no vine para visitarte.

- Adelante, pasa. ¿Estás bien?

- ¿Sabías que está escondido en tu jardín?

- Sí, pero te juro que no he hablado con él. ¿Cómo podría hacerlo, sabiendo que es tu marido?

- Quiero que vengas conmigo, que le enseñes tu hija y le digas que todo terminó entre ustedes. No aguantaré más esta vida ... no puedo soportar.

- No haré tal cosa. Eso no cambiará nada. No puedo decirle que no me ame. El tendría que sentir eso por sí mismo. -Xiomara dijo esto y todavía se sentía traicionada, pues Lizzy la había robado a su hombre-.

- ¿Qué es lo que estás diciendo? Tienes que hacer algo ... por favor.

- No es mi culpa ni responsabilidad que tú no puedas guardar a tu hombre.

- Por favor, Xiomara, por favor -rogó Lizzy insistentemente, tragando su orgullo-. El te escuchará ... Tú siempre pudiste comunicarte bien con él. Tiene

que saber que no puede tenernos a las dos y yo me moriré si él me deja.

- ¡Cálmate Lizzy! Yo sé lo que estás tratando de hacer; pero no está en mis manos el cambiar su corazón y tú lo sabes. Además, él es el padre de Fiona Elizabeth.

- Aléjate de aquí, Xiomara -rogó Lizzy-. Te daré todo el dinero que necesites; pero por favor, desaparece de nuestras vidas hasta que todo mejore.

- No eres sensata, Lizzy. No haré tal cosa y jamás trataré de forzarlo a cambiar su corazón ... No voy a discutir esto más -dijo Xiomara, abriendo la puerta, indicando así que su presencia ya no era bienvenida-.

Aquel mismo día, llegó hasta el general la noticia de los sufrimientos de Lizzy con Samuel. El no podía tragarse el dolor y la humillación de su hija. Quería ver a su dulce ángel, feliz. Pero la única manera que él conocía para asegurar esa felicidad, era: eliminar la causa del dolor.

Dos días más tarde, Xiomara, su madre y la sirvienta, aparecieron muertas en la casa de la señora Arévalo. El destino de Fiona Elizabeth ... -déjenme ponerlo en esta forma-: fue mandada lejos. El resultado de la investigación de la policía, fue: caso de robo. Asaltante no conocido. Y se cerró.

Samuel se sintió loco de dolor y furia cuando lo supo. Una gran parte de sí mismo murió en ese instante “maldito el día en que conocí a los hijos de puta del general y su hija ... los convertiré en comida de perros, moliendo sus huesos” pensaba. Nada podía calmar su furor. El sabía que tenía que ser uno de los dos, o los dos juntos, con Lizzy siendo el motivo y la cómplice del secreto. Ya era tiempo de pagarlo ... tiempo de venganza.

Samuel desapareció por una semana en las montañas de Comayagua. Quiso estar solo, lejos de todos. Sobrevivió como un animal salvaje, alimentándose de frutas silvestres, bebiendo agua de los arroyos, integrándose a la naturaleza; se sentía como un puro animal. Fue una semana de meditación, enojo y viejos recuerdos; pero, por sobre todo, fue una semana de planificación.

Regresó a San Pedro Sula para cazar al general. No quería simplemente que muriera de un disparo, sino que quería darle el sabor de su propia medicina. Sabía que el general pasaba al restaurante para recoger el dinero, después del trabajo y entonces, se escondió detrás de las luminarias, hasta que



su carro se parqueó en el jardín, en frente del establecimiento. El general iba acompañado de dos soldados.

Cuando el carro se detuvo completamente, Samuel corrió hacia él apuntando con su pistola -era la misma con la que mató a César Antonio- y amenazó al general, diciendo:

- Tenemos algunos asuntos que aclarar -dijo gritando-.

Los soldados trataron de levantar sus rifles cuando el general les detuvo, diciendo:

- Por supuesto, hijo, lo que tú quieras -dijo, al tiempo que hacía señas a los soldados para que se alejaran-.

Samuel entró al carro, empuñando su pistola y el general condujo en la dirección que éste le iba indicando. En el trayecto no cruzaron una sola palabra, hasta que llegaron a la aldea El Búfalo, al sur de San Pedro Sula.

- ¿Qué? ¿Vamos a manejar toda la noche así? -preguntó el general, rompiendo el silencio-. Pronto llegaremos al lago Yojoa.

- ¡Deténgase! -ordenó Samuel al general, apretando la pistola contra el pecho-.

El carro se paró y Samuel ordenó al general que saliera. Ambos caminaron por un lado del camino, cuando Samuel, lanzando un grito desgarrador, golpeó al general detrás de la cabeza, con la pistola, haciéndolo caer al piso. La sangre empezó a fluir por la herida pero el general aún no había perdido la conciencia. Samuel levantó su mano lo más alto que pudo, manteniéndola así; cuando los recuerdos de su oscuro pasado obnubilaron su mente. Sujetó temblorosamente la pistola y finalmente, dejó que escapara toda su agonía, llorando, apretando sus dientes y golpeando al general en la sien, hasta que quedó inconsciente. Lo amarró, lo levantó sobre la espalda y lo tiró en el carro. Lo poco que había aprendido de Lizzy para conducir, le permitió llegar hasta una cabaña en las montañas, en Comayagua, a unos ciento cincuenta kilómetros al sur de San Pedro Sula.

Unas horas más tarde, los ojos del general se abrieron para encontrarse en una situación rara. El estaba amarrado y colgado por los pies. Todo cuanto podía ver, era la cara de Samuel muy lejos, como si se tratara de otra dimensión.

- Tú, insano, hijo de puta, bájame ahora -gritó el general sorprendido por su incómoda posición-.

- Con gusto, le digo que no -contestó Samuel sonriendo-. De todos modos, qué bueno que usted quiso unirse a esta diversión.

- Repito esto una sola vez más, ¡bájame!.

- Usted mató a Xiomara ¡No fue así, señor general?

- ¿De qué sirve quejarse ahora, hijo? Bájame y hablaremos.

Samuel giró, abrió una caja de madera y sacó un cordón de fuegos artificiales, lo agitó en frente del general, como si se tratara de un matador enfrentando a un toro.

- ¿Qué es eso?

- Eso -contestó Samuel sacudiendo el cordón- es la imaginación que ha hecho crecer dentro de mí, general.

Samuel sacó un cuchillo, se lo colocó en el cuello; pero en vez de rasgar su piel, lo movió hacia su ropa, cortando la camisa pedazo por pedazo. Luego empezó a entonar rancheras. El general lanzaba gritos de disgusto e insultos, pero los oídos de Samuel ya no escuchaban nada. Al terminar la canción, el cuerpo del general estaba completamente desnudo. Samuel, sin prestar atención a las súplicas del general, lanzó lejos el cuchillo y sacó una hoja de afeitar. En ese momento, parecía que Samuel se había vuelto sordo. Sordo para escuchar los gritos, sordo para sus propios recuerdos martirizantes; sordo para todo cuanto estaba a su alrededor; pero no sordo para imaginar el rostro de Xiomara clamando por ayuda. Era tiempo de vacíos, ausencia de sentimientos y adormecimiento eterno de su cerebro.

La sangre empezó a fluir de la primera rasgadura de la nalga del general. Otra línea estaba por aparecer, cuando Samuel decidió escribir su nombre en la espalda de su víctima.

- Ss...-gritó Samuel apretando su lengua sobre la “ese” y haciendo que la hoja penetrara más profundamente en la espalda del general. Le tomó casi un minuto completar la primera letra, cuando de repente, explotó temblando convulsivamente y, como un maníaco, esculpió el resto de su nombre en menos de cinco segundos. Los lamentos del general todavía no eran escuchados por Samuel, quien estaba fuera de sí.

- Samuel ... terminó de esculpir. Ahora, Mubarak ...

Samuel empezó a tatuar al general y dijo:

-¿Escuchaste esto, padre? -dijo Samuel mirando hacia el techo-. Mubarak, tú, hijo de puta ... Mubarak, escúchalo: Mubarak. ¡Maldito!

Samuel sacudió su cabeza, lanzó un grito mezclado con carcajadas; haló el cordón de fuegos artificiales, lo amarró alrededor del cuerpo desnudo del general, asegurándose que estuviera colocado por sus pies, sus rodillas, pasando por sus nalgas, alrededor de su pecho y, finalmente, se uniera en el cuello. Entonces, lanzó al aire una moneda para ver cómo debía empezar.

- ¡Maldito! Escudo -Samuel sonreía frenéticamente- Empezaré con los pies -se dijo y se alejó para encender la radio-.

Cuando sonó la ranchera, él lanzó un ¡Ayayay! dando vueltas y zumbando, hasta llegar a los pies del general. Giró con más lentitud, encendiendo un fósforo, pues sus pasos indicaban la proximidad de la sinfonía del dolor. Al escuchar el primer fuego ¡Buumm! ¡trac! ¡trac! Samuel chasqueó los dedos acompañando la música, señalando con sus dedos los fuegos y de ahí, a la boca del general, quien gritaba más y más con cada quemadura. En cuestión de segundos, los fuegos ya no se escucharon, pero Samuel, todavía movía sus dedos al compás de la música y los gritos.

- Bueno, ¿le gustó, tanto como a mí? -dijo Samuel agarrando el rostro del general- Tengo más, si quiere. Déjeme hacerlo otra vez.

- Ten piedad de mí, por amor a Lizzy -suplicó el general-. Mátame ya y acaba con esta agonía.

- ¿Lizzy ...? ¿Lizzy ...? Eso era lo que más valía -gritó Samuel-. Parece que todo el mundo fue creado alrededor de Lizzy. Y Xiomara, ¿nada? Y a mi hija ¿nada? Ellas no tuvieron ninguna oportunidad, ninguna oportunidad; ni yo ni nadie. No tenía que matarlas.

- Lo hice por tu propio bien -lloró el general- y un día lo vas a entender.

- Apuesto que lo hizo por eso. Lo apuesto.

Samuel sacó la pistola, apuntándola cerca de la mano derecha del general. ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! Haló el gatillo y le vació la pistola en la mano, separándola del brazo ...

- ¡Ayy! -dijo Samuel mordiendo sus dedos-. Se me olvidó que era zurdo.

Esa tiene que ser la mano que mató a Xiomara ¿no? -agregó con un grito feroz; sintiendo un calofrío que lo hizo mover sus hombros; corrió hacia el otro extremo del cuarto. Segundos después regresaba, también corriendo, sujetando en sus manos un hacha, sudando y en ese instante de furor, levantó el hacha y la dejó caer cortando la mano. Levantó nuevamente el hacha y cortó la soga, haciendo que el general cayera pesadamente.

El general todavía no estaba muerto. No quiso morir ... por lo menos no en aquel momento. Se arrastró, hasta llegar a los pies de Samuel, mientras la sangre le brotaba a borbotones. Su piel estaba despellejándose, su cuerpo perdía las últimas gotas de sangre y su corazón, aún latía tan fuertemente que hasta Samuel pudo escucharlo. El general apretó sus dientes tratando de hacer acopio de todas las fuerzas que le restaban para sentarse.

- Confíe en ti de todo corazón, turco -apenas murmuró el general-.
- Otra vez, general, lo considero como un cumplido.
- Así fue -el general bajó su cabeza ya exánime-.
- Hizo pedazos mi espalda, general. Y yo lo quería y aún lo quiero.

Simplemente odio lo que me ha hecho. No tenía que matarlas. No tenía que matarlas.

Samuel cargó nuevamente su pistola, atrajo al general como en un abrazo, colocó el arma bajo la garganta del general y murmuró:

- No va a sufrir más. -Apretó el gatillo y la bala le hizo estallar el cerebro en mil pedazos-.

Samuel levantó lo que quedó de la cabeza del general y dijo:

- Usted vivió orgullosamente y murió orgullosamente.

Condujo el carro a San Pedro Sula y se dirigió a su casa. Lizzy lo esperaba en la sala. Cuando él lentamente caminó hacia ella, con su ropa empapada de sangre, ella le apuntaba con una pistola, pues estaba segura que él había matado a su padre. El siguió caminando, se abrazó a su cuerpo casi inerte y la besó en la frente, antes de besarla en la boca. Lizzy lo mordió tan fuertemente, que la sangre empezó a fluir por los labios de Samuel.

- Ya todo acabó.

- Seguro que sí -contestó Lizzy fríamente-.

En un segundo de vacío y silencio mortal, en el que afluyeron buenos y



malos recuerdos, Lizzy giró la pistola sobre sí misma y la colocó en su boca. Antes que él pudiera pestañear siquiera, todo había concluido. No había ninguna emoción más. Solamente, el cuerpo de Lizzy cayendo y la sangre fluyendo de la nuca. Era una sensación como de anestesia. Samuel se dio vuelta, limpió su rostro y tranquilamente se alejó. Minutos después, se rindió a las autoridades.



## EPÍLOGO

Conocí a Samuel en la cárcel, en 1991. Fui arrestado por haber girado algunos cheques que “rebotaron” y me detuvieron por quince días, hasta que un amigo me sacó.

En 1986, Samuel salió de la cárcel y en 1991, regresó a ella. En ese período, entre otros, dos coroneles, cuatro capitanes y dieciocho soldados, fueron reportados muertos. Además una sirvienta llamada Suyapa Iris Borja, fue encontrada muerta en las afueras de San Pedro Sula. Había sido conocida también como Fiona Elizabeth Mubarak Arévalo.

Antes de concluir esta novela, deseo mandar una pequeña carta escrita a Samuel, por su hija, pues prometí que lo haría:

“Querido Samuel ... Padre,

Los nombres se cambiaron, las fechas se modificaron y los lugares se reubicaron, sólo para que nadie te hostigara. Yo sólo quise hostigarte por mí misma, con esta novela, para el caso que la leyeras. Esa es mi mejor manera de vengarme; esa venganza que no pude tener cuando estuve cerca de ti. No pude dispararte y terminar, pues la muerte resultaría piadosa para ti y hacerte vivir en tu miseria, es la mejor venganza que puedo tener ...

Una cosa más, Carlos Iván, mi hijo, te manda besos; él se parece a ti que eres su propio padre-. También estoy cuidando de Raúl, ya que Nadia, tu prima, la madre de tu hijo, se suicidó ... Espero que estés sufriendo por cada una de las palabras de esta carta.

firmado:) Tu hija y la madre de tu propio hijo.

Fiona Marielle Mubarak Barrientos ... (también conocida por ti como Mayra Elia Barahona)

P.S.: Pensando en esto, especialmente después de lo que pasó con Fiona Elizabeth (Suyapa), no me sorprendería descubrir que, desde siempre, hubieras sabido que ambas éramos tus hijas.



3 9001 03352 5802

EPLOO

Conoció a Gabriel en la cárcel en 1941. Era un chico muy guapo  
algunos chicos que "botaron" y me dejaron por guapos, hasta que  
un amigo me dijo:

En 1942, cuando vino el primer año de la guerra, me fui a  
trabajar a la cárcel, como carcelero y como soldado. Me  
regañaban mucho. Además me daban la mala vida. Los  
carceleros querían en las cárceles de San Pedro de Macoris, que  
también era el Pío Elías (Pío Elías, Pío Elías).

Además cuando vino la guerra, me fui a la guerra. Me  
daban por ser hijo que prometí que lo haría.  
"Quiero ser un Pío Elías".

Los primeros se llamaban los hijos se llamaban y los hijos se  
llamaban solo por que nadie se los dio. Yo solo que trabajaba por mi  
misma, con esta idea, para el caso que la guerra, se lo dio a mi  
de trabajar, me enseñaron que no podía tener cuando estaré con él.  
Quise después de trabajar, pues la guerra le dio a mi y a mi  
vivir en la guerra, se la mejor guerra que he visto.

Una cosa más, Pío Elías, mi hijo, se llama Pío Elías, se llama a mi que  
era un chico guapo. También está el hijo de Pío Elías, que se llama  
Pío Elías, mi hijo, se llama Pío Elías, se llama a mi que  
una de las palabras de esta casa.

Entonces, lo hizo y se llama de su propio hijo.  
Pío Elías, mi hijo, se llama Pío Elías, se llama a mi que  
Pío Elías, mi hijo, se llama Pío Elías, se llama a mi que.

P. S. Pío Elías, mi hijo, se llama Pío Elías, se llama a mi que  
Pío Elías, mi hijo, se llama Pío Elías, se llama a mi que.  
Pío Elías, mi hijo, se llama Pío Elías, se llama a mi que.





Una mujer violada cuando apenas tenía once años y un hombre que trata de subsanar esa vejación sin conseguirlo, forman la pareja de la cual nace Samuel Mubarak, EL REPROBO Carente de afecto, Samuel crece solitario signado por la tragedia en medio de los conflictos cada vez más agudos entre sus padres.

En un ambiente de violencia y descomposición social, su apariencia de humildad y sumisión esconde un monstruo capaz de ejecutar los hechos más aberrantes.

Con un particular estilo, el autor penetra en la naturaleza humana, indaga en sus perfiles psicológico y social desnudando los extremos, siempre oscilantes, entre el amor y el odio, entre el bien y el mal.

